EDGAR WALLACE

LA MELODÍA DE LA MUERTE

Sobre esta edición

Obra original: *The melody of death* – Edgar Wallace, 1927.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público en todo el mundo.
La portada de esta edición ha sido realizada parcialmente mediante IA.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

CAPÍTULO I

EL AFICIONADO ROMPECAJAS

La noche del 27 de mayo de 1925, la oficina de Gilderheim, Pascoe y Compañía, comerciantes de diamantes de Little Hatton Garden, no presentó nada fuera de lo común para el agente de policía que patrullaba la zona y que examinó la cerradura y probó la puerta en el curso ordinario de su deber. Hasta las nueve de la noche la oficina había estado ocupada por el señor Gilderheim y su principal empleado, y un oficial de paisano, cuya labor consistía en investigar sucesos inusuales, consideró que la luz encendida en la ventana del primer piso entraba dentro de sus atribuciones y subió para descubrir la razón de aquella presencia. El día 27 había caído en sábado, y era habitual que las oficinas de Hatton Garden quedaran vacías de empleados y propietarios a más tardar a las tres de la tarde.

El señor Gilderheim, un caballero afable, se sintió aliviado al descubrir que el golpe en la puerta que lo había hecho acudir, aferrando un revólver en el bolsillo por si ocurría algún accidente, no producía aventura más alarmante que una conversación con un oficial de policía a quien conocía. Explicó que aquel día había recibido un cargamento de diamantes procedente de una casa de Ámsterdam y que estaba clasificando las piedras antes de retirarse por la noche; y, tras algunas bromas sobre la tentación que sesenta mil libras en diamantes ofrecían al inescrupuloso “hijo de las tinieblas”, el oficial se marchó.

A las nueve cuarenta, el señor Gilderheim guardó las joyas en su gran caja fuerte, ante la cual ardía día y noche una lámpara eléctrica, y acompañado de su empleado abandonó el número 93 de Little Hatton Garden y caminó en dirección a Holborn.

El agente de servicio les deseó buenas noches, y el detective de paisano, que se encontraba entonces en el extremo de Holborn de la calle, intercambió unas palabras con ellos.

—¿Estará de servicio toda la noche? —preguntó el señor Gilderheim mientras su empleado detenía un taxi.

—Sí, señor —respondió el oficial.

—¡Excelente! —dijo el comerciante—. Me gustaría que vigilara especialmente mi oficina. Estoy algo nervioso por dejar una suma tan grande en la caja fuerte.

El oficial sonrió.

—No creo que deba preocuparse, señor —dijo; y, después de que el taxi que llevaba al señor Gilderheim se alejara, regresó caminando hacia el número 93.

Pero en aquel breve intervalo entre la partida del comerciante de diamantes y el regreso del detective, habían ocurrido muchas cosas. Apenas Gilderheim alcanzó al detective, dos hombres caminaron apresuradamente por la calle desde el extremo opuesto. Sin vacilar, el primero entró en el número 93, abrió la puerta con una llave y pasó al interior. El segundo hombre lo siguió. No hubo vacilación ni furtividad en sus movimientos. Podrían haber sido inquilinos de toda la vida de la casa, tan seguros eran todos sus actos.

Ni medio minuto después de que el segundo hombre hubiera entrado, un tercero apareció desde la misma dirección, dobló hacia el edificio, abrió la puerta con aquella misma calma confiada que había distinguido al primero y entró.

Tres minutos más tarde, dos de los tres estaban arriba.

Con extraordinaria rapidez, uno de ellos había sacado de sus bolsillos dos pequeños cilindros de hierro y había ajustado hábilmente los tubos de goma y el diminuto soplete de su lámpara, mientras el segundo extendía sobre el suelo un pequeño estuche de herramientas de delicado temple y magnífico acabado.

Ninguno de los hombres habló. Permanecían tendidos en el suelo, sin hacer el menor intento por apagar la luz que brillaba frente a la caja fuerte. Trabajaron en silencio durante un rato; luego el más corpulento de los dos comentó, levantando la vista hacia el espejo reflector fijado en ángulo contra el techo y que permitía ver la parte superior de la caja fuerte a cualquier transeúnte desde la calle:

—Supongo que ni siquiera los espejos nos delatan.

El segundo ladrón era un hombre joven y delgado, con una mata de cabello que hacía pensar en un músico.

Sacudió la cabeza.

—A menos que todas las leyes de la óptica hayan sido especialmente invertidas para la ocasión —dijo con apenas un leve acento extranjero—, es imposible que nos vean.

—Eso me tranquiliza —respondió el primero.

Silbó y tarareó para sí una pequeña melodía mientras aplicaba la llama siseante sobre la puerta de acero.

Quemaba cuidadosamente la cerradura y no tenía duda alguna de que tendría éxito, pues la caja fuerte era de un modelo anticuado.

Durante media hora no intercambiaron otra palabra. El hombre del soplete continuó trabajando; el otro observaba con silencioso interés, listo para intervenir cuando la operación hubiera avanzado lo suficiente.

Al cabo de media hora, el mayor de los dos se secó la frente empapada con el dorso de la mano, pues el calor que la llama devolvía desde la puerta de acero resultaba bastante sofocante.

—¿Por qué hiciste tanto ruido al cerrar la puerta? —preguntó—. Normalmente no eres tan descuidado, Calli.

El otro lo miró con suave asombro.

—No hice ningún ruido, mi querido George —dijo—. Aunque hubieras estado en el pasillo no habrías oído nada; de hecho, cerré la puerta tan silenciosamente como la abrí.

El hombre sudoroso sonrió.

—Eso debió de ser bastante silencioso —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el otro.

—Porque yo no la cerré. Tú entraste después de mí.

Algo en el silencio que siguió a sus palabras hizo que levantara la vista. Había una expresión de desconcierto en el rostro de su compañero.

—Yo mismo abrí la puerta con mi llave —dijo lentamente el hombre más joven.

—¿Tú abriste…? —El hombre llamado George frunció el ceño—. No te entiendo, Callidino. Dejé la puerta abierta y tú entraste detrás de mí; subí directamente las escaleras y tú me seguiste.

Callidino lo miró y negó con la cabeza.

—Yo mismo abrí la puerta con la llave —dijo tranquilamente—. Si alguien entró después de ti… bueno, George, nos corresponde averiguar quién es.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir —dijo el pequeño italiano— que sería extremadamente incómodo que hubiera un tercer caballero presente en esta inoportuna ocasión.

—Sin duda lo sería —respondió el otro.

—¿Por qué?

Ambos hombres se volvieron sobresaltados, pues la voz que había formulado la pregunta sin el menor rastro de emoción pertenecía a un tercer hombre, y éste se hallaba en el umbral, oculto de toda posible observación desde la ventana gracias al ángulo de la habitación.

Vestía traje de noche y llevaba un ligero abrigo sobre el brazo.

Qué clase de hombre era y cuál era su aspecto, no tenían medio de juzgarlo, pues desde la barbilla hasta la frente su rostro estaba cubierto por una máscara negra.

—Por favor, no se muevan —dijo—, y no consideren el revólver que sostengo como una amenaza. Lo llevo únicamente por defensa personal, y admitirán que, dadas las circunstancias y conociendo la extrema delicadeza de mi situación, estoy bastante justificado al tomar esta precaución.

George Wallis soltó una breve risa entre dientes.

—Señor —dijo, sin alterar su posición—, puede que sea usted un hombre de mi misma naturaleza, pero lo sabré mejor cuando me diga exactamente qué desea.

—Deseo aprender —respondió el desconocido.

Permanecía allí observando a la pareja con evidente interés. Los ojos que brillaban a través de los orificios de la máscara eran vivos y agudos.

—Continúen con su trabajo, por favor —dijo—. Me disgustaría interrumpirlos.

George Wallis recogió nuevamente el soplete y volvió a concentrarse en la puerta de la caja fuerte. Era un hombre extraordinariamente adaptable, y la situación capaz de desconcertarlo aún no había llegado.

—Puesto que —dijo— da exactamente lo mismo que me detenga o continúe, si usted es representante de la ley y el orden, bien puedo seguir trabajando, porque si no lo es, al menos quizá pueda salvar la mitad del botín con usted.

—Puede conservarlo todo —dijo el hombre secamente—. No deseo participar en el producto de su robo; únicamente quiero saber cómo lo hacen, nada más.

—Lo aprenderá —dijo George Wallis, el más célebre de los ladrones—, y de manos de un experto, créame.

—Eso ya lo sé —replicó tranquilamente el otro.

Wallis prosiguió su tarea aparentemente imperturbable ante aquella extraordinaria interrupción. Las manos del pequeño italiano se habían crispado nerviosamente, y allí podría haber surgido un problema, pero la fortaleza del otro hombre —evidentemente el líder de los dos— y su sangre fría habían animado a su compañero a aceptar cualesquiera consecuencias que la presencia de aquel individuo pudiera traer consigo.

Fue el desconocido enmascarado quien rompió el silencio.

—Es algo extraordinario —dijo— que, mientras existen escuelas técnicas para enseñar toda clase de oficios, artes y habilidades, no haya ninguna dedicada a enseñar el arte de la destrucción. Créanme, estoy muy

agradecido de haber tenido la oportunidad de sentarme a los pies de un maestro.

Su voz no era desagradable, aunque poseía cierta dureza que desentonaba con el tono ligero y casi burlón que empleaba.

El hombre tendido en el suelo continuó trabajando un momento más y luego dijo, sin volver la cabeza:

—Tengo mucha curiosidad por saber exactamente cómo entró usted.

—Los seguí muy de cerca —respondió el hombre enmascarado—. Sabía que habría un intervalo razonable entre ustedes dos. Verá —continuó—, han estado vigilando esta oficina durante la mayor parte de la semana; uno de ustedes ha permanecido prácticamente todas las noches de guardia. Alquilaron una pequeña oficina más arriba de esta calle desde donde podían observar este edificio. Deduje que eligieron esta noche porque trajeron el gas esta misma mañana. Estaban esperando en el oscuro vestíbulo del edificio donde se encuentra su oficina; uno vigilaba hasta que la luz se apagara y el señor Gilderheim se marchara. Cuando él se fue, usted, señor —dijo dirigiéndose al hombre del suelo— salió inmediatamente; su compañero tardó un poco más en seguirlo. Además, se detuvo a recoger un pequeño montón de cartas que, al parecer, alguna persona descuidada había dejado caer y, puesto que entre esas cartas había dos paquetes sellados como los que los comerciantes de Hatton Garden envían a sus clientes, pude evitar ser visto por el segundo hombre y mantenerme razonablemente cerca de ustedes.

Callidino soltó una risa suave.

—Es cierto —dijo, asintiendo hacia el hombre del suelo—. Muy ingenioso. Supongo que usted dejó caer los paquetes.

El hombre enmascarado inclinó la cabeza.

—Por favor, continúe —dijo—. No permita que lo interrumpa.

—¿Y qué ocurrirá cuando termine? —preguntó George, sin apartar el rostro de la caja fuerte.

—Por mi parte, nada. Tan pronto como hayan concluido su trabajo y extraído el botín que haya que extraer, me retiraré.

—Supongo que quiere su parte.

—En absoluto —respondió el otro con calma—. No deseo ninguna parte del botín. No tengo derecho a ello. Mi posición en la sociedad me impide descender más por la resbaladiza pendiente que supone ser cómplice de su robo.

—Delito grave —corrigió el hombre del suelo.

—Delito grave —aceptó el otro.

Esperó hasta que, sin un solo sonido, la pesada puerta de la caja fuerte se abrió y George introdujo la mano para sacar el contenido. Entonces, sin pronunciar palabra, atravesó la puerta y la cerró tras de sí.

Los dos hombres se incorporaron tensamente y escucharon. No oyeron nada más hasta que el suave golpe de la puerta exterior les indicó que su extraordinario visitante había partido.

Intercambiaron miradas: interés en un rostro, diversión en el otro.

—Ese es un hombre extraordinario —dijo Callidino.

El otro asintió.

—Muy extraordinario —respondió—, aunque todavía será más extraordinario si logramos salir esta noche de Hatton Garden con el botín.

Y parecería que ocurrió precisamente lo “más que extraordinario”, pues nadie vio partir a los ladrones de joyas, y el saqueo de la caja fuerte de Gilderheim proporcionó un excelente tema de conversación alternativo a las apuestas sobre Sunstar para el Derby.

CAPÍTULO II

EL DERBY DE SUNSTAR

¡Allí estaba otra vez!

Por encima de la babel de sonidos, del rumor grave de voces, suave y melancólica, ora audible, ora perdida, una errante hebra de oro atrapada en la gris trama de la vida miserable brillaba y desaparecía… Gilbert Standerton permanecía sentado, tenso, esforzándose por localizar aquel sonido.

Era la *"Melodía en Fa"* la que el músico invisible interpretaba.

—Va a estallar una tormenta.

Gilbert no oyó la voz. Permanecía sentado en el pescante del carruaje, abrazándose las rodillas, mientras el sudor corría por su rostro.

Había algo trágico, algo vagamente aterrador en su postura. El perfil vuelto hacia su exasperado amigo era perfecto: la frente alta y bien formada, la nariz quizá un poco larga, el mentón fuerte y decidido.

Leslie Frankfort, observando al soñador inconsciente, recordó al Dante convencional, aunque Dante jamás llevó sombrero de copa ni encontró tan absorbente a una multitud del Día del Derby.

—Va a estallar una tormenta.

Leslie subió la pequeña escalerilla y se dejó caer en el asiento junto a Gilbert.

El otro despertó sobresaltado de su ensimismamiento.

—¿Sí? —preguntó, secándose la frente.

Pero al mirar alrededor no fueron las nubes oscuras que se acumulaban sobre Banstead lo que captó su atención, sino aquella masa compacta de hombres y mujeres, aquellos coloridos carteles que proclamaban ruidosamente la honestidad y tradición de "la vieja firma", las barracas en la colina, la larga sucesión de pantallas de lona levantadas para anunciar cierto

whisky, las tribunas de aspecto endeble al otro lado del hipódromo, el bullicio, el pandemonio y la vitalidad de aquella inmensa e incontable multitud, que hacían de las tormentas de junio algo insignificante.

—Si supieras cuánto te compadecen los de frente estrecha —dijo Leslie Frankfort con irritación amistosa— dejarías de posar como “El jugador arruinado”. Querido amigo, sentado aquí arriba con esa cara larga y lúgubre, pareces el modelo perfecto para la ilustración en color del número navideño de la *Gaceta Antiapuestas*. Supongo que existe una revista así.

Gilbert rió levemente.

—Esta gente me interesa —dijo, obligándose a hablar—. ¿No comprendes lo que todos ellos representan? Cada uno con una individualidad distinta y separada; cada uno aferrando una esperanza o un temor en el pecho; cada uno con capacidad de amar, odiar o sufrir. ¡Mira a ese hombre! —añadió, señalando con su largo y nervioso dedo.

El hombre que indicaba se encontraba en un pequeño oasis de césped. La multitud había dirigido sus movimientos de tal manera que había quedado un espacio libre y, en el centro, se hallaba un hombre de mediana estatura, con un bombín negro echado hacia atrás y un largo cigarro delgado entre sus dientes blancos y regulares. Estaba demasiado lejos para que Leslie distinguiera esos detalles, pero la imaginación de Gilbert Standerton suplía las deficiencias de la vista, pues ya había visto antes a aquel hombre.

Como si hubiese advertido que lo observaban, el individuo se volvió y caminó lentamente hacia la barandilla junto a la cual estaba el carruaje. Se quitó el cigarro de la boca y sonrió al reconocer al ocupante del pescante.

—¿Cómo está usted, señor?

Su voz sonaba aguda y débil, como si una distancia inconmensurable los separara, aunque evidentemente gritaba para hacerse oír por encima del rugido de la multitud. Gilbert saludó con la mano y sonrió; el hombre respondió levantándose el sombrero y fue tragado enseguida por un remolino de gente.

—Un ladrón —dijo Gilbert—, y de cierta importancia. Se llama Wallis; aquí hay muchos Wallis. Una multitud es un espectáculo terrible para quien piensa —añadió medio para sí mismo.

El otro lo observó atentamente.

—Las tormentas son terribles para atravesarlas en coche —dijo con sentido práctico—. Propongo que vayamos a reclamar el automóvil.

Gilbert asintió.

Se levantó rígidamente, como un hombre acalambrado, y descendió lentamente la pequeña escalerilla hasta el suelo. Cruzaron la barrera y atravesaron el hipódromo; pasaron el pequeño recinto donde se desensillaban los caballos y luego los largos corredores donde periodistas, jinetes y comisarios se empujaban continuamente en los días de carreras, hasta llegar finalmente a la carretera.

En el garaje cercado por cuerdas encontraron su automóvil y, más notable aún, a su chófer.

El primer destello azul del relámpago había rasgado dos veces los Downs, y el estruendo precursor del trueno había retumbado por el aire cargado, cuando el automóvil comenzó a abrirse paso entre el tráfico rumbo a Londres.

La tormenta, que se había estado formando toda la tarde, estalló sobre Epsom con terrible violencia. Los relámpagos eran incesantes; la lluvia caía como un muro casi sólido de agua, y trueno tras trueno los ensordecía.

La inmensa multitud sobre la colina se disolvía como si fuera algo soluble; sus bordes se deshilachaban en largas corrientes negras de personas apresuradas que se dirigían hacia las tres estaciones ferroviarias. Hacía falta más que habilidad ordinaria para sacar el automóvil del caos de autobuses y taxis en que se hallaba atrapado.

Standerton se había sentado junto al conductor, aunque el coche era cerrado. Era un hombre de rápida observación y, al segundo relámpago, había visto palidecer el rostro del chófer y temblar sus labios.

Una oscuridad casi nocturna cubría el cielo. El horizonte estaba rodeado por una neblina anaranjada, opaca y amenazante; desde hacía muchos años no se veía en Inglaterra una tormenta tan aterradora.

La lluvia caía a torrentes, pero el joven junto al chófer no le prestaba atención. Observaba las manos nerviosas del hombre, que giraban de un lado a otro mientras el automóvil daba rodeos para evitar la carretera congestionada.

De pronto, una dentellada de luz brilló frente al coche y Standerton quedó ensordecido por una explosión más espantosa que cualquiera de los truenos anteriores.

El chófer se encogió instintivamente; su rostro estaba blanco y contraído. Las manos temblorosas abandonaron el volante y el pie soltó el pedal. El coche se habría detenido de no encontrarse en la cima de una pendiente.

—¡Dios mío! —gimió—. Es horrible. No puedo seguir, señor.

La mano de Gilbert Standerton ya estaba sobre el volante y su elegante zapato había presionado el freno.

—¡Muévase! —murmuró—. ¡Pásese aquí, rápido!

El hombre obedeció. Tiritando, se deslizó al asiento de su amo, cubriéndose el rostro con las manos; Standerton ocupó el puesto del conductor y accionó el embrague.

Fue afortunado que fuese un conductor extraordinariamente hábil, pues necesitó toda su pericia al dirigir el automóvil hacia la pendiente que llevaba a los accidentados Downs. Mientras avanzaban dando tumbos, el aguacero aumentó; el terreno corría cubierto de agua como si hubiera sido inundado recientemente. Las ruedas resbalaban y derrapaban sobre la superficie fangosa, pero el hombre al volante conservó la calma y, finalmente, consiguió bajar deslizándose por una pequeña pendiente hasta volver al camino principal.

La carretera estaba llena de personas que avanzaban apresuradamente a pie. Continuó lentamente, tocando el claxon sin cesar, y de pronto el automóvil se detuvo bruscamente.

—¿Qué ocurre?

Leslie Frankfort había abierto la ventanilla que separaba el asiento del conductor del interior del coche.

—Hay un anciano ahí fuera —dijo Gilbert, hablando por encima del hombro—. ¿Le importaría hacerlo subir al coche? Luego le explicaré por qué.

Señaló dos figuras desdichadas junto al borde del camino. Eran un anciano y una muchacha; Leslie no distinguía claramente sus rostros. Permanecían de espaldas a la tormenta, cubiertos ambos por un mismo abrigo delgado.

Gilbert gritó algo, y al oír su voz el anciano se volvió. Tenía un rostro hermoso, delgado, refinado, intelectual: el rostro de un artista. El cabello gris le caía sobre el cuello y, bajo el abrigo, sujetaba algo cuya protección parecía preocuparle más que defenderse del despiadado aguacero.

La muchacha a su lado tendría unos diecisiete años, una niña solemne, de grandes ojos intrépidos que observaban gravemente a los ocupantes del automóvil.

El anciano vaciló ante la invitación de Gilbert, pero, cuando éste le hizo una seña impaciente, condujo a la joven hasta el coche y Leslie abrió la puerta.

—Suban rápido —dijo—. ¡Por Dios, están empapados!

Cerró la puerta tras ellos y se sentaron frente a él.

Estaban en un estado lamentable; el vestido de la muchacha chorreaba agua y su rostro parecía recién salido de un baño.

—Quítese ese abrigo —dijo Leslie bruscamente—. Tengo un par de pañuelos secos, aunque me temo que necesitarán una toalla.

Ella sonrió.

—Es muy amable de su parte —dijo—. Vamos a arruinar su automóvil.

—Oh, no importa —respondió Leslie alegremente—. No es mi automóvil. Además —añadió—, cuando el señor Standerton entre, lo dejará mucho peor.

Mientras hablaba, se preguntaba qué caprichoso impulso había llevado a Standerton a ofrecer refugio en su lujosa limusina a aquellas dos personas.

El anciano sonrió y sus primeras palabras fueron una explicación.

—El señor Standerton siempre ha sido muy bondadoso conmigo —dijo suavemente, casi con humildad.

Tenía una voz suave y bien modulada. Leslie Frankfort reconoció enseguida la voz de un hombre educado. Sonrió. Estaba demasiado acostumbrado a los amigos de Standerton como para sorprenderse por aquel músico callejero empapado por la tormenta, pues eso dedujo al ver el mástil del violín que sobresalía del abrigo mojado.

—¿Lo conoce? —preguntó.

El anciano asintió.

—Lo conozco muy bien —respondió.

Sacó de debajo del abrigo aquello que había protegido y Leslie Frankfort vio que era un viejo violín. El anciano lo examinó ansiosamente y luego, con un suspiro de alivio, lo colocó sobre sus rodillas.

—Espero que no se haya dañado —dijo Leslie.

—No, señor —respondió el otro—. Temía mucho que éste fuera un desafortunado final para lo que había sido un día próspero.

Habían estado tocando en los Downs y habían obtenido buenas ganancias.

—Mi nieta también toca —dijo el anciano—. Por regla general no nos agradan estas grandes multitudes, pero invariablemente significan dinero —sonrió— y no estamos en situación de rechazar ninguna oportunidad que se presente.

Ahora ya habían dejado atrás la tormenta. Habían pasado Sutton y alcanzado una zona donde las carreteras seguían secas cuando Gilbert detuvo el automóvil y devolvió el volante al avergonzado chófer.

—Lo siento mucho, señor —comenzó el hombre.

—Oh, no se preocupe —sonrió su patrón—. A nadie se le puede culpar por acobardarse ante una tormenta. Yo solía ser igual hasta que lo superé… hay cosas peores —añadió, medio para sí.

El hombre le dio las gracias en voz baja, y Gilbert abrió la puerta del coche y entró. Saludó con una inclinación de cabeza al anciano y dirigió una rápida sonrisa a la muchacha.

—Pensé que lo había reconocido —dijo—. Éste es el señor Springs —añadió, volviéndose hacia Leslie—. Es un viejo amigo mío. Estoy seguro de que, cuando ha cenado en St. John's Wood, habrá oído el violín de Springs bajo la ventana del comedor. Era casi una orden permanente, ¿verdad, señor Springs? —dijo. Luego preguntó de pronto—: Por cierto… ¿estaba usted tocando…?

Se interrumpió, y el anciano, interpretando mal el sentido de la pregunta, asintió.

—Después de todo —dijo Gilbert, cambiando bruscamente de tono—, habría sido poco humano dejar que mi banda privada se ahogara en los Downs de Epsom, sin mencionar la posibilidad de que lo alcanzara un rayo.

—¿Había realmente peligro? —preguntó Leslie sorprendido.

Gilbert asintió.

—Vi a un pobre diablo alcanzado por un rayo mientras salía de los Downs —dijo—; había mucha gente a su alrededor, así que no me detuve. Fue una experiencia aterradora.

Miró hacia atrás por la pequeña ventana ovalada.

—Esta noche volveremos a tener tormenta en Londres —dijo—, pero las tormentas no parecen tan peligrosas en la ciudad como en el campo. No resultan tan alarmantes. Los tejados son muy misericordiosos con los nerviosos.

Se despidieron del anciano y de su nieta en Balham, y cuando el automóvil reanudó la marcha, Leslie se volvió hacia su compañero con expresión desconcertada.

—Eres un hombre extraordinario, Gilbert —dijo—. No logro entenderte. Esta misma mañana te describías como un manojo de nervios…

—¿Dije eso? —preguntó el otro secamente.

—Bueno, no lo admitiste abiertamente —replicó Leslie con aire ofendido —, pero era una descripción que te encajaba a la perfección. Y, sin embargo, frente a esta tormenta —que confieso me dejó bastante descompuesto— tomas el puesto del chófer y atraviesas el temporal conduciendo el coche. Además, conservas suficiente serenidad como para recoger a un anciano, cuando tenías todas las excusas del mundo para abandonarlo a su miserable destino.

Durante un momento Gilbert no respondió; luego dejó escapar una risa amarga.

—Hay una docena de maneras de ser nervioso —dijo—, y ésa no es precisamente la mía. El anciano es un factor importante en mi vida, aunque él no lo sabe… el mismísimo instrumento del destino.

Bajó la voz casi solemnemente. Luego pareció recordar la mirada curiosa de su amigo.

—No sé de dónde sacaste la idea de que soy un manojo de nervios —dijo brevemente—. No es precisamente la condición ideal para un hombre que va a casarse esta semana.

—Puede que ésa sea la causa, querido amigo —dijo el otro reflexivamente —. Conozco a mucha gente que se altera monstruosamente ante esa perspectiva. Ahí tienes a Tuppy Jones, que literalmente salió huyendo… perdió la memoria o alguna de esas tretas periodísticas.

Gilbert sonrió.

—Yo hice casi lo mismo que huir —dijo con cierta melancolía—. Quería aplazar la boda.

—¿Pero por qué? —preguntó el otro—. Pensaba preguntártelo esta mañana durante el viaje, pero se me olvidó. La señora Cathcart me dijo que ni siquiera quiso oír hablar del asunto.

Gilbert no le dio pie para continuar, pero el locuaz joven siguió hablando.

—Acepta lo que los dioses te ofrecen, muchacho —dijo—. Ahí estás tú, con un puesto en el Foreign Office, una subsecretaría asomando en el futuro cercano, una novia encantadora y bellísima, rica…

—Ojalá no dijeras eso —interrumpió Gilbert bruscamente—. Esa idea se ha extendido por todo Londres. Más allá de mi sueldo, no tengo dinero alguno. Este automóvil —añadió, viendo la expresión interrogativa de Leslie— sí es mío; o mejor dicho, fue un regalo de mi tío, y supongo que no querrá que se lo devuelva antes de que lo venda. Gracias a Dios eso no cambia nada para ti —continuó con aquella dureza persistente en la voz—, pero empiezo a pensar que dos tercios de las amistades que tengo y toda la amabilidad que se me muestra de vez en cuando se basan en esa ilusión de riqueza. La gente cree que soy el heredero de mi tío.

—¿Pero no lo eres? —exclamó el otro.

Gilbert negó con la cabeza.

—Mi tío expresó recientemente su intención de dejar toda su fortuna a esa admirable institución que presta tan excelentes servicios al mundo canino: el Refugio de Perros de Battersea.

El jovial rostro de Leslie Frankfort adoptó una expresión de trágico desconcierto.

—¿Le has dicho esto a la señora Cathcart? —preguntó.

—¿A la señora Cathcart? —repitió Gilbert sorprendido—. No, no se lo he dicho. No creo que sea necesario. Después de todo —añadió con una sonrisa—, Edith no se casa conmigo por dinero; ella misma es bastante rica, ¿no? Aunque eso da igual —dijo apresuradamente—, sea rica o pobre.

Ninguno de los dos volvió a hablar durante el resto del trayecto y, al llegar a la esquina de St. James’s Street, Gilbert dejó allí a su amigo.

Continuó su camino hacia la pequeña casa amueblada que había alquilado un año antes, cuando el matrimonio parecía la posibilidad más remota y sus perspectivas materiales parecían mucho más brillantes de lo que eran ahora.

Gilbert Standerton pertenecía a una de esas peculiares familias que parecen compuestas enteramente de sobrinos. Su tío, un excéntrico viejo angloindio,

se había encargado del futuro del muchacho y había sido principalmente responsable de conseguirle el puesto que Gilbert ocupaba entonces. Más aún: lo había convertido en su heredero y, como era un hombre incapaz de guardar secretos y bastante inclinado a la locuacidad, la noticia de la buena fortuna de Gilbert se había difundido de un extremo de Inglaterra al otro.

Entonces, un mes antes de comenzar esta historia, cayó como una bomba una escueta notificación de su pariente informándole que había considerado aconsejable modificar los términos de su testamento y que Gilbert no debía esperar más que las mil libras a las que, junto con innumerables sobrinos más, tenía derecho.

No fue un golpe demasiado duro para Gilbert, salvo por el temor de haber ofendido de algún modo a su temperamental tío. Apreciaba demasiado la bondad que el anciano había tenido con él como para resentir aquella excentricidad que lo convertía en un hombre relativamente pobre.

Aquello habría alterado considerablemente el curso de su vida si hubiese comunicado a, al menos, una persona el cambio en sus perspectivas.

CAPÍTULO III

GILBERT SE MARCHA APRESURADAMENTE

Gilbert se estaba vistiendo para la cena cuando la tormenta cayó sobre Londres. No había perdido nada de su intensidad ni de su fuerza. Durante una hora la calle se iluminó intermitentemente con los relámpagos azulados de las descargas eléctricas, y la casa tembló bajo estruendo tras estruendo de truenos.

Él mismo estaba en sintonía con los elementos, pues en su corazón rugía una tormenta capaz de sacudir los cimientos mismos de su vida. Exteriormente no había señal alguna de angustia. El rostro que veía en el espejo de afeitar era una máscara, inmóvil e inexpresiva.

Envió a su criado a llamar un taxi. La tormenta ya había pasado sobre Londres y sólo el lejano retumbar de los truenos podía oírse cuando salió a las calles lavadas por la lluvia. Algunos jirones de nubes desgarradas por el viento cruzaban el cielo a toda velocidad, rezagados que parecían esforzarse frenéticamente por alcanzar al grueso de la tormenta.

Descendió del taxi ante el número 274 de Portland Square lenta y reluctamente. Tenía una tarea desagradable que cumplir, desagradable para él y, de hecho, más desagradable incluso de lo que podría serlo para su futura suegra.

No dudaba de que la sospecha sembrada en su mente por Leslie era injusta e indigna.

Lo hicieron pasar al salón y se encontró como único ocupante. Miró su reloj.

—¿He llegado demasiado temprano, Cole? —preguntó al mayordomo.

—Un poco temprano, señor —respondió el hombre—, pero avisaré a la señorita Cathcart de que está aquí.

Gilbert asintió. Caminó hasta la ventana y permaneció allí, con las manos entrelazadas a la espalda, observando la calle mojada. Permaneció así durante cinco minutos, la cabeza inclinada sobre el pecho, absorto en sus

pensamientos. La apertura de la puerta lo sacó de su ensimismamiento y se volvió para encontrarse con la muchacha que acababa de entrar.

Edith Cathcart era una de las mujeres más hermosas de Londres, aunque "mujer" quizá fuera una palabra demasiado seria para aplicarla a aquella esbelta joven que apenas había dejado atrás los días de escuela.

En algunos ojos grises de peculiar suavidad parece aguardarse siempre una furtiva aprensión: un miedo y una súplica al mismo tiempo. Así eran los ojos de Edith Cathcart. Siempre estaban en guardia y, aun mientras atraían, mantenían al buscador demasiado entusiasta de amistad a prudente distancia. La nariz era apenas un poco respingada; los labios sensibles parecían sostener aquellos ojos temerosos. Llevaba el cabello bajo sobre la frente, oscuro casi hasta el negro. Vestía un sencillo vestido de satén verde mar, sin apenas joyas ni adornos.

Él caminó hacia ella rápidamente y tomó ambas manos entre las suyas; sus ojos hambrientos recorrieron ansiosamente su rostro.

—Esta noche estás preciosa, Edith —dijo en una voz apenas superior a un susurro.

Ella retiró suavemente las manos con una sombra de sonrisa que compensó sutilmente el gesto.

—¿Disfrutaste el Derby? —preguntó.

—Fue enormemente interesante —respondió—. Es extraño que nunca hubiera ido antes.

—No pudiste escoger un peor día. ¿Te atrapó la tormenta? Aquí tuvimos una terrible.

Hablaba deprisa, con una leve nota interrogativa al final de cada frase. Daba la impresión de desear agradar a su prometido, de sentir cierto temor hacia él. Era como una niña ansiosa por recitar bien una lección; y de vez en cuando transmitía una sensación de alivio, como quien ha superado otro obstáculo más.

Gilbert siempre era consciente de la tensión que marcaba su relación. Una docena de veces al día se decía que era increíble que semejante tensión

existiera. Pero encontraba una excusa fácil para la timidez de ella y para aquel miedo furtivo que iba y venía en sus ojos como sombras sobre el mar. Era joven, mucho más joven de lo que indicaban sus años. Aquella hermosa flor aún no se había abierto, y su compromiso había estado maldito por un exceso de formalidad.

La había conocido convencionalmente en un baile. Su madre se los había presentado; luego, también de manera convencional, había bailado con ella, había permanecido sentado a su lado, la había llevado en barca por el río, la había llevado en automóvil a ella y a su madre a Ascot. Todo había sido muy ordinario y común. Faltaba algo. Gilbert jamás dudó de eso.

Él mismo se culpaba de todas las carencias, aunque tenía algo de romántico, pese al frío formalismo de su compromiso. Ella siempre lo mantenía a distancia, igual que al resto del mundo, con aquellos ojos implorantes. Estaba a distancia incluso cuando le propuso matrimonio, en un discurso cuya fluidez revelaba precisamente la ausencia de cualquier verdadero arrebato emocional. Y ella aceptó con una palabra murmurada, ofreciendo una mejilla fría para su beso, antes de revolotear fuera de sus brazos como un pájaro cautivo que busca libertad y escapar de aquel convencional invernadero con sus horribles palmeras y sus falsas estatuillas de Tanagra.

Gilbert enamorado tenía algo de muchacho; era un idealista, un soñador. Otros hombres adultos han compartido esa debilidad: existen pozos insospechados de romanticismo incluso en los hombres más prácticos. Así que él se contentaba con sus sueños, tejiendo en lo más íntimo de su corazón historias de dulce rendición. La amaba por completo, absorbentemente. Para él, ella era algo divino y fragante.

Había vuelto a tomar su mano entre las suyas y percibió, con un dolor suavizado por cierta ironía que lo hacía soportable, que ella intentaba soltarse cuando la señora Cathcart entró en la habitación.

Era una mujer alta, todavía hermosa, aunque la edad le había dado cierta angulosidad. Los estragos del tiempo la habían obligado a recurrir a ayudas artificiales para reforzar sus encantos. Su boca era fina, recta e inflexible; el mentón demasiado huesudo para resultar bello. Sonrió mientras cruzaba la

habitación con un suave roce de telas y ofrecía su mano enguantada al joven.

—Llegas temprano, Gilbert —dijo.

—Sí —respondió él con torpeza.

Allí estaba la oportunidad que había estado buscando y, sin embargo, experimentó cierta reluctancia a aprovecharla.

Había soltado la mano de Edith al abrirse la puerta, y la muchacha había dado instintivamente un paso atrás, quedándose con las manos a la espalda mientras lo observaba grave e intensamente.

—En realidad —dijo él—, quería verla.

—¿Verme a mí? —preguntó la señora Cathcart con tono juguetón—. No, seguramente no a mí.

Su sonrisa abarcó tanto a la muchacha como al joven. Por alguna razón que Gilbert no lograba comprender en aquel momento, se sintió incómodo.

—Sí, era a usted a quien quería ver —dijo—, aunque no es algo extraño en una época como ésta.

Sonrió otra vez.

Ella levantó un dedo en gesto de advertencia.

—No debe preocuparse por ninguno de los preparativos. Quiero que me deje todo eso enteramente a mí. Verá que no tendrá motivo alguno de queja.

—Oh, no era eso —dijo él apresuradamente—. Era algo más… más…

Vaciló. Quería transmitirle la gravedad del asunto que llevaba entre manos. Y mientras se acercaba al tema de aquella conversación, comenzó a darse cuenta vagamente de la dificultad de su posición. ¿Cómo podía insinuarle a aquella mujer, que siempre había sido toda amabilidad y dulzura con él, que sospechaba de motivos que no dejaban bien ni a su inteligencia ni a su corazón? ¿Cómo sacar el tema de su pobreza con alguien que no una sino cien veces le había confesado que sus expectativas económicas y la cuestión de su futura fortuna eran los únicos defectos de lo que ella describía como un matrimonio ideal por amor?

—Casi desearía que fueras pobre, Gilbert —le había dicho ella—. Creo que la riqueza es una desventaja terrible para jóvenes en la situación en que tú y Edith estarán.

Ella había insinuado más de una vez aquella sospecha sobre su riqueza. Y aun así, por una observación casual de Leslie, él había puesto en duda la pureza de sus motivos. Recordó, con una irritación creciente, que había sido la señora Cathcart quien había hecho posible el matrimonio; las personas de mentalidad vulgar incluso podrían haber ido más lejos y sugerir que prácticamente le había arrojado a Edith a los brazos. Había bastante fundamento para la sospecha de Leslie, pensó mientras observaba a la alta y elegante mujer frente a él. Solo que ahora se sentía avergonzado de haber prestado atención a aquella insinuación maliciosa.

—¿Podría concederme un cuarto de hora…? —se detuvo. Iba a decir "antes de la cena", pero pensó que quizá una conversación después de la comida tendría menos posibilidades de ser interrumpida.

—…¿después de cenar?

—Con mucho gusto —sonrió ella—. ¿Qué vas a hacer? ¿Confesar alguna irregularidad de tu juventud?

Él negó con la cabeza, haciendo una pequeña mueca.

—Puede estar segura de que jamás le contaré esas cosas —dijo.

—Entonces te veré después de la cena —asintió ella—. Vendrá mucha gente esta noche y estoy completamente ocupada. Ustedes, los novios —le dio unas palmaditas en el hombro con el abanico en tono de reproche— no tienen idea del caos que provocan en la vida doméstica de sus pobres futuros familiares.

Edith permanecía apartada, en la misma postura que había adoptado cuando él soltó sus manos: observadora, curiosa, presente en la escena pero no realmente parte de ella. Era un efecto que la presencia de la señora Cathcart producía invariablemente en su hija. No era exactamente una desaparición ni un eclipse, como Gilbert había notado muchas veces con desconcierto. Era como si la entrada de un personaje en una obra provocara inmediatamente la salida de quien ocupaba antes el escenario. Imaginaba a

Edith esperando entre bastidores una señal que la devolviera a la vida activa, y esa señal era siempre la retirada de su madre.

—Vendrán varias personas agradables esta noche, Gilbert —dijo la señora Cathcart, mirando una hoja de papel que sostenía en la mano—. Hay algunas que no conoces y otras que deseo muchísimo que conozcas. Estoy segura de que te agradará el querido doctor Cassylis…

Una exclamación ahogada llamó su atención y levantó la vista con rapidez. El rostro de Gilbert estaba rígido; había perdido toda expresión. La muchacha vio aquella máscara y se preguntó qué ocurría.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Cathcart.

—Nada —respondió Gilbert con serenidad—. Estaba hablando de sus invitados.

—Decía que debes conocer al doctor Barclay-Seymour; es un hombre encantador. No creo que lo conozcas.

Gilbert negó con la cabeza.

—Pues deberías —continuó ella—. Es un querido amigo mío, y no tengo la menor idea de por qué ejerce en Leeds en lugar de tener una consulta en Harley Street. Los hombres son imposibles de entender. Luego está…

Comenzó a enumerar nombres, algunos de los cuales Gilbert conocía.

—¿Qué hora es? —preguntó de pronto.

Gilbert miró su reloj.

—¿Las siete y cuarto? Debo irme —dijo ella—. Te veré inmediatamente después de la cena.

Se volvió de nuevo antes de salir, vacilante.

—Supongo que no vas a cambiar ese absurdo plan tuyo —preguntó esperanzada.

Gilbert ya había recuperado la compostura.

—No sé a cuál de mis absurdos planes se refiere —dijo.

—A pasar la luna de miel en la ciudad —respondió ella.

—No creo que Gilbert deba preocuparse por eso.

Fue la muchacha quien habló, interviniendo por primera vez en la conversación. Su madre la miró con severidad.

—En este caso, querida —dijo fríamente—, es un asunto que me concierne más a mí que a ti.

Gilbert se apresuró a librar a la joven del peso de la tormenta. La señora Cathcart no tardaba en enfurecerse, y aunque él nunca había sido blanco de aquella lengua mordaz, sospechaba firmemente que su futura esposa sí lo había sido en más de una ocasión.

—Es absolutamente necesario que permanezca en la ciudad durante los días que mencioné —dijo—. Le he pedido…

—¿Posponer la boda? —interrumpió la señora Cathcart—. Querido muchacho, no podía hacer eso. No era una petición razonable, ¿verdad?

Le sonrió con toda la dulzura que le permitía su irritación interior.

—Supongo que no —admitió él dubitativo.

No añadió nada más y esperó a que la puerta se cerrara detrás de ella. Entonces se volvió rápidamente hacia la joven.

—Edith —dijo con rapidez—, quiero pedirte un favor.

—¿Quieres que haga algo? —preguntó sorprendida.

—Sí, querida. Tengo que marcharme ahora mismo. Quiero que inventes alguna excusa para tu madre. He recordado un asunto importantísimo que no he atendido…

Hablaba vacilante, porque no era hábil para mentir.

—¿Irte?

Él notó que en su voz había más sorpresa que decepción, y aquello lo irritó justificadamente.

—No puedes irte ahora —dijo ella, y aquel destello de miedo reapareció en sus ojos—. Mamá se enfadará muchísimo. Los invitados ya están llegando.

Desde donde se encontraba, él había visto detenerse frente a la casa tres automóviles casi al mismo tiempo.

—Tengo que irme —dijo desesperado—. ¿No puedes ayudarme a salir sin que se note? No quiero ver a toda esa gente; tengo muy buenas razones.

Ella dudó un instante.

—¿Dónde están tu sombrero y tu abrigo? —preguntó.

—En el vestíbulo… aún tienes tiempo —dijo él.

La muchacha salió y regresó con el abrigo, lo condujo hasta el extremo más alejado del salón y atravesaron una puerta que comunicaba con la pequeña biblioteca. Desde allí había salida al garaje y a las cocheras traseras.

Observó la figura alta y apresurada alejarse con mirada inquieta; luego, cuando desapareció de su vista, cerró la puerta de la biblioteca y regresó al salón justo a tiempo para encontrarse con su madre.

—¿Dónde está Gilbert? —preguntó la señora Cathcart.

—Se fue —respondió la muchacha.

—¿Se fue?

Edith asintió lentamente.

—Recordó algo muy importante y tuvo que regresar a su casa.

—Pero por supuesto volverá, ¿verdad?

—No lo creo, madre —dijo con calma—. Tengo la impresión de que ese “algo” era extremadamente urgente.

—¡Esto es absurdo! —la señora Cathcart golpeó el suelo con el pie—. ¡He invitado especialmente a toda esta gente para que lo conozcan! ¡Es vergonzoso!

—Pero, madre…

—¡No me vengas con “pero, madre”, por el amor de Dios! —exclamó la señora Cathcart.

Estaban solas; los invitados se reunían en el gran salón y no había necesidad de que la mujer mayor disimulara sus sentimientos.

—Supongo que tú lo convenciste de marcharse —dijo—. No lo culpo. ¿Cómo esperas mantener a un hombre a tu lado si lo tratas como si fuera un tendero que viene a tomar pedidos?

La muchacha escuchó cansadamente y no levantó la vista de la alfombra.

—Hago lo mejor que puedo —dijo en voz baja.

—¡Tu peor debe ser espantoso si eso es lo mejor que sabes hacer! Después de que he agotado todos mis esfuerzos para conseguirte a uno de los jóvenes más ricos de Londres, al menos podrías fingir que su presencia te agrada; pero aunque fuera el mismísimo diablo, no podrías mostrar mayor incomodidad al verlo ni mayor alivio cuando se marcha.

—¡Madre! —dijo la muchacha, con lágrimas llenando sus ojos.

—¡No me llames “madre”, por favor! —replicó deliberadamente la señora Cathcart—. Estoy harta de tus manías y de tus prejuicios. ¿Qué demonios quieres? ¿Qué se supone que debo darte?

Extendió los brazos con exasperación desesperada.

—No quiero casarme —dijo la joven en voz baja—. Mi padre jamás me habría obligado.

Era algo audaz de decir, una muestra de valentía mucho mayor de la que había demostrado antes frente a su madre. Pero últimamente había surgido en ella un nuevo valor. Aquella desesperación que antes la dejaba muda comenzaba ahora a transformarse en ira; las brasas de la rebelión ardían en su corazón y, aunque sus manifestaciones de resistencia seguían siendo escasas, el coraje aumentaba cada vez que se atrevía a desafiarla.

—¡Tu padre! —exclamó la señora Cathcart, blanca de rabia—. ¿Ahora vas a echarme a tu padre en cara? ¡Tu padre era un idiota! ¡Un idiota!

Casi escupió la palabra.

—Me arruinó igual que te arruinó a ti porque no tenía suficiente juicio para conservar el dinero que heredó. Durante veinte años pensé que era un

hombre inteligente. Lo admiré como la encarnación de todo lo sabio, amable y generoso, y durante esos veinte años estuvo desperdiciando su fortuna en cada proyecto disparatado que los aventureros financieros arruinados le proponían. ¿Que no te habría obligado? ¡Claro que no! —rió amargamente—. Te habría casado hasta con el chófer si tu corazón así lo hubiera querido. Era pura amabilidad e incompetencia, pura bondad e inutilidad. ¡Odio a tu padre!

Sus ojos azules estaban abiertos al máximo y en ellos brillaba verdaderamente aquel odio helado que hacía retroceder a la muchacha.

—Lo odio cada vez que tengo que entretener a algún corredor de bolsa sospechoso esperando sacar ventaja de sus conocimientos del mercado; lo odio por cada economía que debo hacer; lo odio cada vez que recibo mis miserables dividendos y veo cómo desaparecen por culpa de su estupidez. No hagas que también te odie a ti —dijo, señalándola con un dedo amenazante.

Edith se había encogido bajo aquella avalancha de palabras, pero las calumnias contra su padre muerto despertaron algo en su interior, apartando todo temor a las consecuencias, aunque esas consecuencias significaran una nueva explosión de aquella ira que tanto temía.

Ahora permanecía erguida frente a la mujer a la que llamaba madre, pálida, pero con el mentón ligeramente levantado en gesto desafiante.

“Puedes decir lo que quieras sobre mí, madre,” dijo con calma, “pero no permitiré que difames a mi padre. He hecho todo lo que me has pedido: voy a casarme con un hombre que, aunque sé que es amable y encantador, no significa más para mí que el primer individuo que pudiera encontrarme esta noche en la calle. Estoy haciendo este sacrificio por ti; no me pidas también que renuncie a la fe que tengo en el hombre que es el único recuerdo verdaderamente querido de mi vida.”

Su voz se quebró un poco y sus ojos brillaron llenos de lágrimas.

Fuera lo que fuera que la señora Cathcart estuviera a punto de decir —y había muchas cosas que podría haber dicho—, se vio interrumpida por la entrada de un sirviente.

Durante unos instantes permanecieron una frente a la otra, madre e hija, en silencio. Luego, sin añadir una palabra más, la señora Cathcart se dio media vuelta y salió de la habitación.

La muchacha esperó un momento y después regresó a la biblioteca por donde Gilbert había pasado. Cerró la puerta tras ella y encendió una de las lámparas, pues comenzaba a oscurecer. Temblaba de pies a cabeza bajo el peso de todas aquellas emociones contenidas. Habría podido llorar, pero de rabia y de vergüenza. Por primera vez en su vida, su madre le había mostrado el corazón. Toda la amargura concentrada de años había brotado sin freno, sin que la compasión ni la prudencia la contuvieran. Había revelado el odio que durante tanto tiempo había roído su alma; había revelado, en un instante, la verdadera relación entre su padre y su madre, algo que Edith jamás había sospechado.

Sabía que no habían vivido en los términos más afectuosos, pero su breve experiencia en el mundo donde se movían la había acostumbrado a la frialdad que caracterizaba las relaciones entre muchos esposos. Había visto decenas de hogares semejantes, donde marido y mujer apenas eran algo más que conocidos cordiales, y había aceptado aquello como algo normal. Aquello siempre le había producido una irritación vaga y dolorosa: aun siendo tan joven, sentía que faltaba algo. Pero también eso la había reconciliado con la idea de casarse con Gilbert Standerton. Su vida junto a él no sería peor —y probablemente sería un poco mejor— que la vida matrimonial de la gente con la que convivía diariamente.

Pero en la vehemencia de su madre vislumbró, por primera vez, aquello que faltaba en el matrimonio. Comprendió ahora por qué su bondadoso padre había pasado, de pronto, de ser un hombre alegre y amable, de risa fácil y oído demasiado dispuesto a escuchar a cualquiera que hablara con convicción, a convertirse en una sombra silenciosa: la figura triste y derrotada que conservaba tan vívidamente en la memoria.

Aquello representaba para ella un brusco giro en el camino de la vida: un paisaje inesperado que aparecía de pronto ante sus ojos. La serenó. Le dio firmeza. Durante aquellos pocos minutos de reflexión, allí de pie en la sombría y vulgar biblioteca, mirando a través de los cristales enrejados las

tristes cocheras que se abrían al otro lado de un patio rectangular de ladrillo, experimentó uno de esos cambios profundos y sutiles que transforman a los seres humanos.

Había en ella una nueva manera de ver el mundo, una nueva medida con la cual juzgar a los demás, una filosofía nueva nacida en el espacio de un segundo. Aquella pequeña habitación había sido testigo de una tremenda sacudida de convicciones asentadas.

Ella misma se sorprendió de la calma con que regresó al salón y se reunió con los invitados que empezaban a congregarse. Le produjo una impresión extraña descubrir que observaba a su madre con la mirada serena e imparcial de alguien que no tenía ninguna relación con ella. La señora Cathcart percibió aquella seguridad en la muchacha y sintió una punzada de inquietud.

Le habló de improviso, esperando sorprenderla y hacerla titubear, pero quedó un tanto desconcertada por la facilidad con que Edith sostuvo su mirada y por la tranquilidad con que contradijo cierta observación que la mujer acababa de hacer.

Era una experiencia nueva para la dominante señora Cathcart. La muchacha podía estar resentida, sí, pero aquello era una clase completamente distinta de resentimiento, algo ajeno a toda su experiencia.

Podía estar enfadada, aunque no mostraba señales de ello; herida… debería haber estado llorando. El ojo experto de la señora Cathcart no detectaba ni el menor indicio de lágrimas. Se sentía confundida y un poco alarmada. Pensó que había ido demasiado lejos y que sería mejor reconciliarse que prolongar la disputa hasta que la otra suplicara perdón.

Le irritaba verse en aquella posición, pero antes que nada era una estratega, y habría sido una mala táctica insistir en una situación desfavorable. Más bien intentó regresar al *status quo ante bellum*, aunque descubrió, molesta, que aquello había desaparecido para siempre.

Esperaba que la conversación de aquella noche confundiera a la muchacha hasta el punto de buscar nuevamente su protección; pero, para su asombro,

Edith habló de su matrimonio como jamás lo había hecho antes: sin turbación, sin vacilación, con frialdad, sensatez e inteligencia.

Al final de la velada, Edith dominaba el terreno, y su madre ocupaba la posición de quien ruega.

La señora Cathcart esperó hasta que el último invitado se hubo marchado. Entonces entró en el salón pequeño y encontró a Edith de pie junto a la chimenea, contemplando pensativa un papel que descansaba sobre la repisa.

“¿Qué es eso que te interesa tanto, querida?”

La muchacha volvió la vista, tomó el papel y lo dobló lentamente.

“Nada en especial,” dijo. “Tu doctor Cassylis es un hombre entretenido.”

“Es un hombre muy inteligente,” respondió su madre con sequedad.

Tenía una fe infinita en los médicos y les rendía una admiración casi reservada a lo sobrenatural.

“¿Sí?” dijo la joven con frialdad. “Supongo que lo será. ¿Y por qué vive en Leeds?”

“De verdad, Edith, estás saliendo de tu caparazón,” dijo su madre con una sonrisa forzada de admiración. “Nunca te había visto interesarte tanto por la gente.”

“Voy a interesarme mucho más por las personas,” respondió la muchacha con firmeza. “Me he perdido demasiadas cosas toda mi vida.”

“Creo que te estás comportando de una manera bastante desagradable,” dijo su madre, conteniendo la ira con esfuerzo. “Desde luego estás siendo muy poco amable. Supongo que toda esta tontería ha surgido por mi equivocada confianza.”

La muchacha no respondió.

“Creo que me iré a dormir, madre,” dijo.

“Y mientras decides qué opinión merecen las personas,” dijo la señora Cathcart con una calma amenazadora, “tal vez puedas explicarme la conducta de tu prometido. El doctor Cassylis tenía especial interés en conocerlo.”

“No voy a explicar nada,” respondió Edith.

“No uses ese tono conmigo,” replicó su madre bruscamente.

La muchacha se detuvo a medio camino de la puerta. Apenas se volvió, pero habló por encima del hombro.

“Madre,” dijo, tranquila pero firmemente, “quiero que entiendas algo: si vuelve a haber problemas, o si otra vez me convierto en víctima de tu malhumor, le escribiré a Gilbert y romperé el compromiso.”

“¿Te has vuelto loca?” jadeó la mujer.

Edith negó con la cabeza.

“No,” dijo, “estoy cansada… cansada de muchas cosas.”

Había mucho que la señora Cathcart podría haber dicho, pero con una prudencia tardía se mordió la lengua hasta que la puerta se cerró tras su hija. Entonces, pese a lo avanzado de la hora, mandó llamar a la cocinera y se dispuso con severa satisfacción a disfrutar de media hora de reproches, porque el *vol-au-vent* había sido atroz.

CAPÍTULO IV

LA “MELODÍA EN FA”

Gilbert Standerton se vestía lentamente ante el espejo cuando anunciaron a Leslie. Aquel individuo irradiaba elegancia y satisfacción, como correspondía al padrino de bodas de un viejo amigo.

Leslie Frankfort era uno de esos afortunados que logran combinar un trabajo agradable con el disfrute de una renta privada. Era el socio menor de una importante firma de corredores de bolsa de la City, una firma que operaba únicamente en los mercados financieros más sólidos. Compartía con Gilbert el gusto por la música clásica, y ese había sido el vínculo que originalmente unió a ambos hombres.

Entró en la habitación, dejó cuidadosamente su sombrero de copa sobre una silla y se sentó en el borde de la cama, ofreciendo sugerencias críticas al futuro novio.

—Por cierto —dijo de pronto—, ayer vi a ese viejo amigo tuyo.

Gilbert se volvió.

—¿Te refieres a Springs, el músico?

El otro asintió.

—Estaba tocando para entretener a la fila frente a un teatro… un magnífico anciano.

—Lo es —dijo Gilbert distraídamente.

Interrumpió el acto de vestirse, tomó una carta de la mesa y se la tendió.

—¿Debo leerla? —preguntó Leslie.

Gilbert asintió.

—En realidad no hay mucho que leer —dijo—; es el regalo de bodas de mi tío.

El joven abrió el sobre y extrajo el cheque rosado. Miró la cantidad y soltó un silbido.

—Cien libras —dijo—. ¡Dios santo! Eso no cubrirá ni el mantenimiento de tu coche durante un trimestre. Supongo que se lo dijiste a la señora Cathcart.

Gilbert negó con la cabeza.

—No —respondió secamente—. Tenía intención de decírselo, pero no lo he hecho. Estoy completamente convencido, Leslie, de que estamos siendo injustos con ella. Ha sido demasiado insistente con el asunto del dinero. Y después de todo, no soy un mendigo —añadió con una sonrisa.

—Eres peor que un mendigo —dijo Leslie con seriedad—; un hombre con seiscientas libras al año es la peor clase de mendigo que conozco.

—¿Por qué?

—Porque jamás lograrás reducir tus gustos por debajo de las dos mil, y jamás aumentarás tus ingresos por encima de seiscientas… más tu puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores, claro, que son otras seiscientas.

—Trabajo —dijo el otro.

—¡Trabajo! —replicó Leslie con desprecio—. El dinero no se gana trabajando. Se gana tramando, aventajando al otro. Eres demasiado blando para hacer dinero, hijo mío.

—Tú pareces hacerlo —dijo Gilbert con una leve sonrisa.

Leslie negó vigorosamente con la cabeza.

—No he ganado un penique en mi vida —confesó con evidente satisfacción —. No, tengo unos socios mayores muy sólidos y poco imaginativos que se encargan de ganar el dinero. Yo simplemente cobro dividendos en determinadas épocas del año. Pero tuve suerte. A propósito, ¿cómo está invertido tu dinero?

Gilbert estaba ajustándose la corbata. Levantó la vista con un ligero ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir si está en valores… y si continúa después de tu muerte.

El leve fruncimiento persistió en el rostro del otro.

—No —respondió brevemente—. Después de mi muerte apenas quedará lo suficiente para producir unas ciento cincuenta libras anuales. Solo disfruto del usufructo vitalicio de esta propiedad en particular.

Leslie silbó.

—Bueno, viejo, espero que estés bien asegurado.

El otro no intentó interrumpir mientras Leslie, con gran elocuencia y habilidad, exponía sus opiniones acerca de los deberes y responsabilidades de los jefes de familia, disertando sobre seguros y sobre quienes no los contrataban.

—Hay tipos tan imprudentes —dijo—. Conocí a un hombre…

Se interrumpió de pronto. Había visto el reflejo del rostro de Gilbert en el espejo. Estaba demacrado y tenso; parecía el rostro de un hombre sometido a una agonía mortal. Leslie se levantó de un salto.

—¿Qué demonios te ocurre, querido amigo? —exclamó. Se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Oh, no es nada… nada, Leslie —dijo Gilbert.

Se pasó la mano por delante de los ojos, como si quisiera apartar una visión desagradable.

—Me temo que he sido bastante descuidado. Dependía demasiado del dinero de mi tío. Debería haberme asegurado.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó el otro, sorprendido.

—Me preocupa un poco —dijo Gilbert sombríamente—. Nunca se sabe…

Permaneció pensativo, con las manos hundidas en los bolsillos.

—¡Ojalá se hubiera aplazado esta boda!

Leslie soltó una carcajada.

—Ya era hora de que te casaras —dijo—. Qué nervioso eres.

Miró el reloj.

—Será mejor que te apresures o perderás a tu novia. Después de todo, éste no es un día para la tristeza; es el día de los días, amigo mío.

Vio entonces la expresión suave que apareció en los ojos de Gilbert y se sintió satisfecho de sus palabras.

—Sí… está eso —dijo Gilbert Standerton en voz baja—. Había olvidado todas mis bendiciones. Dios la bendiga —murmuró.

Mientras salían de la casa, Gilbert preguntó:

—Supongo que tienes una lista de los invitados que asistirán.

—Sí —dijo el otro—. La señora Cathcart fue muy diligente.

—¿Estará el doctor Barclay-Seymour? —preguntó Gilbert con aparente indiferencia.

—¿Barclay-Seymour? No, no estará —respondió Leslie—. Es el médico de Leeds, ¿verdad? Regresó anoche desde Londres. ¿Y qué es esa historia de que huiste la otra noche?

—Tenía un compromiso importante —dijo Gilbert apresuradamente—. Debía ver a un hombre; no podía posponerlo…

Leslie comprendió que había formulado una pregunta incómoda y cambió de tema.

—Por cierto —dijo—, yo no mencionaría lo del dinero a la señora Cathcart hasta que vosotros dos estéis instalados.

—No lo haré —respondió Gilbert sombríamente.

Camino a la iglesia repasó todos los problemas que lo acosaban y los enfrentó con franqueza. Tal vez no fuera tan grave como imaginaba. Siempre tendía a exagerar las dificultades y a contemplarlas con preocupación. Había anticipado peligros muchas veces, y otras tantas sus temores habían resultado infundados. Había vivido demasiado tiempo solo. Un hombre debía casarse antes de los treinta y dos. Esa era su edad. Se había vuelto excéntrico. Encontró consuelo en ese análisis poco halagador de sí mismo hasta que llegaron a la iglesia.

La ceremonia fue como un sueño: los bancos repletos, el órgano, el coro vestido de blanco, el rector y sus asistentes; la llegada de Edith, tan hermosa, tan etérea con sus ropas de novia; las respuestas, las genuflexiones y el levantarse… todo parecía irreal.

Había pensado que la música le causaría una impresión imborrable; se había tomado muchas molestias para escogerla y había consultado varias veces con el organista. Pero al final del servicio, cuando empezó a caminar —todavía inmerso en su sueño— hacia la sacristía, no pudo recordar una sola nota. Conservaba apenas una vaga impresión de que sobre el altar había un vitral del que faltaba un pequeño panel, evidentemente roto.

Ahora estaba de nuevo en la casa, sentado ante la mesa adornada con flores, escuchando confusamente los discursos y las explosiones de risa que recibían cada ocurrencia de los oradores; luego estaba de pie, hablando con soltura y sin esfuerzo, aunque ignoraba qué palabras pronunciaba, por qué la gente aplaudía o por qué sonreían.

En cierto momento miró el delicado rostro de la mujer sentada a su lado y encontró aquellos solemnes ojos suyos, menos temerosos aquel día de lo que jamás los había visto. Buscó su mano y la sostuvo entre las suyas… fría y sin respuesta.

—Excelente discurso —dijo Leslie.

Estaban en el salón después del desayuno de bodas.

—Eres todo un orador.

—¿Lo soy? —preguntó Gilbert.

Comenzaba a despertar nuevamente. El salón era real, aquellas personas eran reales, las bromas, las pullas y el ingenio que volaba de lengua en lengua… todo pertenecía a un mundo conocido.

—¡Uf!

Se secó la frente y lanzó un profundo suspiro. Se sentía como un hombre que recupera la conciencia después de una anestesia que no hizo del todo efecto. Una experiencia hermosa y sin dolor, pero perteneciente a otro

mundo, y no era él —así se decía— quien había estado arrodillado ante el altar.

* * * *

Oficialmente la luna de miel iba a pasarse en Harrogate; en realidad, sería en Londres. Mantuvieron la ficción de tomar un tren y se dirigieron a King's Cross.

Durante el trayecto no se pronunciaron palabras. Gilbert percibía la tensión y no intentó desafiarla ni aliviarla. La muchacha era silenciosa por naturaleza. Tenía tantas cosas que decir… en el momento adecuado y en el lugar adecuado. Él vio regresar el antiguo temor a sus ojos y le dolió el encogimiento inconsciente e involuntario cuando su mano rozó la de ella.

Despidieron el carruaje en King's Cross, tomaron un taxi y se dirigieron a la casa de St. John's Wood. Estaba vacía; los sirvientes habían sido enviados de vacaciones, pero era una pequeña mansión perfectamente equipada. Había cocinas eléctricas y todos los aparatos modernos que la imaginación humana pudiera concebir o que un joven con grandes expectativas y escasa noción del valor del dinero pudiera adquirir.

Aquello debía ser una de las alegrías de la luna de miel, se había dicho Gilbert. Ella había aceptado prescindir de su doncella; él estaba dispuesto a ser cocinero y criado, dejando el trabajo pesado a las dos nuevas empleadas de día que había contratado para las mañanas.

Y, sin embargo, no sintió alegría al conducirla de habitación en habitación y mostrarle los tesoros de su hogar. Un sentimiento de inquietud ante algún problema inminente le oprimía la lengua, apagaba su ánimo y lo mantenía cautivo.

La muchacha se mostraba serena. Admiraba, criticaba con amabilidad y se burlaba suavemente de sus inclinaciones domésticas. Pero la tensión seguía allí, todo el tiempo; una sombra se extendía entre ambos.

Ella subió a cambiarse. Habían acordado salir a cenar, y así lo hicieron. Leslie Frankfort los vio en el comedor del Princes y fingió no conocerlos. Eran las diez cuando regresaron a su pequeña casa.

Gilbert fue a su estudio; su esposa había subido a su habitación y prometió bajar para tomar café. Él se puso manos a la obra con toda la habilidad que cabría esperar de un discípulo de Rahbat y preparó dos pequeñas tazas de moka. Las colocó sobre la mesa junto al sofá donde ella se sentaría…

Entonces ella entró.

Había despertado por completo del sueño de la mañana. Ahora estaba vivo. El aturdimiento de aquella ceremonia trascendental se había desvanecido. Se levantó y avanzó un poco hacia ella. Habría querido tomarla entre sus brazos allí mismo, pero esta vez la distancia de un brazo era real. La mano de ella tocó su pecho y el brazo se tensó. Sintió el rechazo en aquel gesto, y le pareció que el corazón se le helaba y que todos los vagos terrores de los días anteriores cristalizaban en una única y terrible verdad concreta. Supo todo lo que ella iba a decir antes de que hablara.

Pasó un tiempo antes de que encontrara las palabras que buscaba; el comienzo era demasiado difícil.

—Gilbert —dijo al fin—, voy a hacer algo cobarde. Solo es cobarde porque no te lo dije antes.

Él le indicó el sofá.

Había tejido una pequeña fantasía para aquel momento, una escena soñada que jamás llegaría a representarse. Y allí estaba el derrumbe.

—No voy a sentarme —dijo ella—. Necesito todas mis fuerzas para decirte lo que tengo que decirte. Si no hubiera sido una cobarde absoluta, te lo habría dicho anoche. Pensaba decírtelo —añadió—, pero no viniste.

Él asintió.

—Lo sé —dijo, casi con impaciencia—. No pude venir. No quería… no podía venir —repitió.

—¿Sabes lo que voy a decirte?

Sus ojos permanecían fijos en los de él.

—Gilbert, no te amo.

Él volvió a asentir.

—Ahora lo sé —dijo.

—Nunca te he amado —continuó ella con voz desesperada—; jamás hubo un momento en que te viera como algo más que un querido amigo. Pero…

Quiso decirle por qué, pero un sentimiento de lealtad hacia su madre la mantuvo en silencio. Cargaría con toda la culpa, pues ¿acaso no era culpable? Al menos ella era dueña de su propia alma; si hubiese querido, podría haber tomado un camino de mayor resistencia que el que había seguido.

—Me casé contigo —prosiguió lentamente— porque… porque eres… rico… porque serás rico.

Su voz descendió en la última palabra hasta volverse ronca. Libraba una dura batalla interior. Deseaba decir la verdad, y sin embargo no quería que él pensara tan mal de ella.

—¿Por mi dinero? —repitió él con asombro.

—Sí… yo… quería casarme con un hombre con dinero. Hemos pasado… tiempos muy difíciles.

La confesión surgía en pequeños jadeos; tenía que construir cada frase antes de pronunciarla.

—No debes culpar a mamá, yo fui igual de culpable; y debí habértelo dicho… quería decírtelo.

—Ya veo —dijo él con calma.

Es asombroso qué reservas de fuerza puede convocar un hombre. En aquella terrible crisis, en aquel instante en que toda la felicidad de su vida se hacía pedazos, cuando el edificio de sus sueños se derrumbaba como una casa de papel, podía mostrarse sereno, casi flemático.

La vio tambalearse y, precipitándose a su lado, la sostuvo.

—Siéntate —dijo en voz baja.

Ella obedeció sin protestar. Él la acomodó en el rincón del sofá, colocó un cojín detrás de ella casi con violencia y volvió caminando hacia la chimenea.

—Así que te casaste conmigo por mi dinero —dijo, y soltó una risa.

La situación no carecía de cierto lado irónico.

—¡Por Dios, qué comedia… qué comedia!

Volvió a reír.

—Pobre muchacha —dijo con una ironía poco habitual en él—, lo siento por ti, porque no has conseguido ni marido ni dinero.

Ella levantó rápidamente la vista.

—¿Ni dinero? —repitió.

Él solo vio interés en sus ojos. Ningún indicio de decepción. Comprendió más verdad de la que ella había confesado: no era ella quien ansiaba una fortuna, sino su madre, aquella mujer dominante y mundana.

—Ni marido ni dinero —repitió él con dureza, pese al deseo casi doloroso que sentía de ahorrarle sufrimiento.

—Y peor aún…

Con dos rápidas zancadas llegó al escritorio que los separaba y se inclinó sobre él, apoyándose pesadamente.

—No solo no tienes marido, y no solo no hay dinero, sino que…

Se interrumpió como si le hubieran disparado.

La muchacha, mirándolo, vio cómo su rostro se tensaba y se volvía gris; vio los ojos desorbitados mirando más allá de ella, la boca abierta en una expresión de trágico espanto. Se levantó rápidamente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —susurró alarmada.

—¡Dios mío!

Su voz estaba quebrada; era la voz de un hombre aterrorizado. Ella inclinó un poco la cabeza para escuchar. Desde algún lugar bajo la ventana ascendían las suaves y melancólicas notas de un violín. La música subía y descendía, sollozando y palpitando de pasión bajo la magia de los dedos del intérprete. Ella se acercó a una ventana y miró hacia afuera. En el borde de la acera una muchacha tocaba el violín, una muchacha cuya pobreza de vestimenta no lograba ocultar su singular belleza.

La luz de una farola caía sobre su rostro pálido, y sus ojos estaban fijos en la ventana donde se encontraba Gilbert.

Edith miró a su esposo. Él temblaba como un hombre consumido por la fiebre.

—La “Melodía en Fa” —susurró—. ¡Dios mío! ¡La “Melodía en Fa”… y el día de mi boda!

CAPÍTULO V.

EL HOMBRE QUE DESEABA LA RIQUEZA

Leslie Frankfort formaba parte de un grupo de tres hombres que se hallaban en la oficina interior de Messrs. Warrell & Bird, frente a una enorme caja fuerte. Había mucho que atraía y retenía su atención, pues el suelo estaba cubierto de herramientas de toda forma y descripción.

La propia caja fuerte mostraba evidencias de un asalto decidido. Un semicírculo de agujeros había sido quemado en la sólida puerta de hierro alrededor de la cerradura.

—Eso lo hicieron con un soplete de oxihidrógeno —dijo uno de los hombres.

Señaló varios cilindros de hierro que yacían en el suelo junto al resto de la parafernalia.

—Hicieron un trabajo minucioso. Me pregunto qué los habrá interrumpido.

El mayor de los hombres negó con la cabeza.

—Supongo que el vigilante nocturno pudo haberlos alarmado —dijo—. ¿Qué opina usted, Frankfort?

—Todavía no supero mi admiración por lo meticulosos que fueron —dijo Leslie—. ¡Caramba, esos tipos debieron usar herramientas por valor de al menos doscientas libras!

Señaló el equipo esparcido en el suelo. La mirada del detective siguió el movimiento de su dedo. Sonrió.

—Sí —dijo con calma—, esta gente es bastante concienzuda. ¿Dice usted que no han perdido nada?

El señor Warrell negó con la cabeza.

—Sí y no —respondió cuidadosamente—. Había allí un collar de diamantes que un cliente nos dejó la semana pasada… eso ha desaparecido. Por el momento preferiría que esta pérdida no se reportara.

El detective lo miró con sorpresa.

—Es una petición bastante curiosa —dijo sonriendo—. Y normalmente no se guardan collares de diamantes en la oficina de un corredor de bolsa, si se me permite hacer esa observación crítica.

El señor Warrell sonrió.

—No es habitual —admitió—, pero una clienta nuestra que salió al extranjero la semana pasada vino apenas veinte minutos antes de que partiera su tren y nos pidió que cuidáramos sus joyeros.

Warrell dijo aquello con despreocupación. No explicó al detective que las joyas estaban retenidas como garantía por una considerable deuda de la clienta; tampoco creyó necesario aclarar que había conservado las joyas en la oficina con la esperanza de que la dama apurada pudiera recuperarlas.

—¿Alguien sabía que estaban allí, aparte de usted y sus socios?

Warrell negó con la cabeza.

—No lo creo. Yo no se lo mencioné a nadie. ¿Y usted, Leslie?

Leslie vaciló.

—Bueno, debo admitir que sí lo hice —confesó—, aunque fue a alguien que no lo repetiría.

—¿Quién fue? —preguntó Warrell.

—Gilbert Standerton. Lo mencioné cuando hablábamos sobre robos de cajas fuertes.

El hombre mayor asintió.

—Difícilmente creo que sea el tipo de persona que se dedicaría a forzar cajas fuertes.

Sonrió.

—Es una coincidencia muy curiosa —dijo Leslie pensativamente— que él y yo estuviéramos hablando precisamente de esta banda apenas un par de días antes de que se casara. Supongo —preguntó de pronto al detective— que no hay duda de que esto es obra de su famoso amigo internacional.

El inspector jefe Goldberg asintió.

—Ninguna duda, señor —respondió—. Solo hay una banda en Inglaterra capaz de hacer esto, y podría ponerles las manos encima hoy mismo, pero habría un millón contra uno de probabilidades de que pudiera conseguir pruebas para condenarlos al mismo tiempo.

Leslie asintió alegremente.

—Eso era exactamente lo que le decía a Gilbert —comentó, volviéndose hacia su socio—. ¿No es extraordinario que estas cosas puedan ocurrir en pleno siglo veinte? Aquí tenemos a tres o cuatro hombres conocidos —usted me dijo sus nombres, inspector, después del último intento— y, sin embargo, la policía no puede demostrar su culpabilidad. Resulta curioso, ¿no le parece?

El inspector Goldberg no parecía divertido, aunque se permitió una sonrisa cortés.

—Hay que recordar lo difícil que es reunir pruebas contra hombres que trabajan a una escala tan grande como estos asaltantes de bancos. Lo que no comprendo —añadió— es qué atractivo puede tener su caja fuerte para ellos. Este segundo intento es mucho más serio que el anterior.

—Sí, esto ya es realmente un robo —dijo el señor Warrell—. La vez pasada no hubo preparativos tan elaborados, aunque fueron mucho más exitosos, ya que consiguieron abrir la caja.

—Supongo que no quieren que esto llegue demasiado a los periódicos —dijo el inspector.

Warrell negó con la cabeza.

—No quiero que salga absolutamente nada hasta haber visto a mi clienta —dijo—, pero estoy en sus manos y deberá hacer los arreglos que considere necesarios.

—Muy bien —respondió el detective—. Por el momento no creo necesario hacer ninguna declaración. Si los reporteros se enteran, será mejor que les diga solo la parte de la verdad que quiera contarles; aunque probablemente

ni siquiera lleguen a saberlo, ya que se comunicó directamente con Scotland Yard.

El oficial de policía pasó media hora recogiendo y tomando notas de todos los datos que pudo obtener. Al final de ese tiempo, la Vieja Judería envió un contingente de agentes de civil para retirar las herramientas.

Los ladrones habían entrado evidentemente en la oficina después del cierre la noche anterior y habían trabajado durante gran parte de la velada, e incluso posiblemente hasta altas horas de la noche, en su exitoso intento de cortar la cerradura de la caja fuerte. Que habían sido interrumpidos era evidente por la presencia de las herramientas. No era su primer robo en la City de Londres. Durante los seis meses anteriores, la City había sido sacudida por una serie de audaces robos, la mayoría exitosos.

Los hombres habían mostrado un conocimiento extraordinario del contenido de las cajas fuertes, y ese hecho había llevado a la policía a limitar su investigación a tres aparentemente inocentes miembros de una firma de corredores externos. Pero por más que lo intentaban, no conseguían ninguna prueba que pudiera relacionarlos siquiera remotamente con los crímenes.

Leslie recordó entonces que, medio en broma, había retado a Gilbert Standerton a hacerse acreedor de la enorme recompensa que al menos dos firmas ofrecían por recuperar sus bienes robados.

—Después de todo —había dicho—, con tu talento y tu ingenio, serías un cazador de ladrones ideal.

—O un ladrón —había respondido Gilbert sombríamente.

Había sido uno de sus malos días, uno de aquellos en que sus perspectivas arruinadas lo atormentaban.

Un telegrama esperaba a Leslie cuando entró en el estrecho portal del Club City Proscenium. Lo tomó con calma, lo abrió y leyó su contenido. Un ceño desconcertado apareció en su frente. Decía:

“Debo verte esta tarde. Encuéntrame en la estación Charing Cross a las cuatro.—Gilbert.”

Con puntualidad exacta, Leslie llegó a la terminal. Encontró a Gilbert caminando de un lado a otro bajo el reloj y se sorprendió por su aspecto.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó.

—¿Qué me ocurre? —replicó el otro secamente—. ¿Qué crees que me ocurre?

—¿Estás en problemas? —preguntó Leslie con preocupación.

Sentía un genuino afecto por aquel amigo suyo.

—¿Problemas? —Gilbert soltó una risa amarga—. Mi querido amigo, siempre estoy en problemas. ¿Acaso no he estado en problemas desde el primer día que me conociste? Quiero que hagas algo por mí —continuó rápidamente—. El otro día hablabas sobre dinero. He comprendido la tragedia de mi propia dependencia. Necesito conseguir dinero, y conseguirlo rápido.

Hablaba con rapidez y en tono práctico, pero Leslie percibió una determinación que nunca antes había formado parte del carácter de su amigo.

—Quiero aprender algo sobre acciones, valores y esas cosas —prosiguió Gilbert—. Tendrás que instruirme. Supongo que tú tampoco sabes demasiado del tema —sonrió, recuperando parte de su antiguo buen humor —, pero lo poco que sepas tendrás que enseñármelo.

—Mi querido amigo —protestó Leslie—, ¿por qué demonios te preocupas por algo así durante tu luna de miel? Por cierto, ¿dónde está tu esposa?

—Oh, está en casa —respondió el otro secamente.

No tenía ganas de hablar de ella, y Leslie, pese a su asombro, tuvo el suficiente tacto para dejar el tema.

—Puedo decirte ahora mismo todo lo que sé, si quieres un consejo —dijo.

—Quiero algo más grande que un consejo: quiero inversiones. Quiero que me digas algo que produzca unas doce mil libras al año.

Leslie se detuvo y lo miró.

—¿Estás completamente…? —empezó.

Gilbert sonrió, una sonrisa torcida.

—¿En mis cabales? —terminó por él—. Oh, sí, estoy perfectamente cuerdo.

—Pero ¿no ves —dijo el otro— que necesitarías más de un cuarto de millón para obtener esa renta?

Gilbert asintió.

—Imaginaba que se requería algo así. Quiero que, entre esta noche y mañana, me prepares una lista de valores en los que pueda invertir, que sean absolutamente seguros y que, como te digo, me garanticen a mí o a mis herederos la suma que he mencionado.

—¿Y me trajiste a este maldito lugar en una calurosa tarde de junio —preguntó Leslie indignado— para tomarme el pelo con tus inversiones soñadas?

Pero algo en el rostro de Gilbert detuvo su humor.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—Completamente en serio.

—Entonces te haré la lista de inmediato. ¿Qué ha pasado? ¿Tu tío se arrepintió?

Gilbert negó con la cabeza.

—No es probable que se arrepienta —dijo—. De hecho, hoy recibí una nota de su secretario informándome que está bastante enfermo. Lo siento muchísimo.

Había una sincera nota de tristeza en su voz.

—Es un buen viejo.

—No hay razón para que entregue toda su fortuna a esos “malditos perros condenados” —citó Leslie indignado—. Pero ¿por qué me hiciste venir aquí, muchacho? Tu club está a la vuelta de la esquina.

Él sonrió con un leve desprecio.

—Bonito lío has armado —dijo ella con dureza—. Tienes a una mujer que no te ama… supongo que lo sabes.

Él inclinó la cabeza.

—Lo sé todo, señora Cathcart —respondió—. Supe lo peor en cuanto lo comprendí. El hecho de que usted organizara este matrimonio tan evidentemente porque creía que yo era el heredero de sir John Standerton no me hiere, porque he conocido a muchas mujeres como usted; solo que —se encogió ligeramente de hombros— debo confesar que creí que era un poco distinta de las demás madres mundanas… perdóneme si vuelvo a usar esa palabra. Pero no es mejor que ellas… quizá sea incluso peor —dijo, clavando en ella sus ojos pensativos.

La observaba con una extraña expresión que la mujer no lograba comprender del todo. Ya había visto aquella mirada en alguna parte y, pese a sí misma, un escalofrío la recorrió. La ira comenzó a apagarse, reemplazada por el miedo.

—Quise que aplazara esta boda —continuó él suavemente—. Tenía una razón especial, una razón que no le diré, pero que le interesará dentro de unos meses. Pero usted temía perder a su rico yerno. Entonces no comprendía que ése era su temor. Ahora me he convencido —realmente no importa cómo —dijo con firmeza— de que usted es más responsable que yo de esta buena alianza.

Era un hombre cambiado. Incluso en medio de su furia tempestuosa, la señora Cathcart podía reconocerlo: había en él un alma nueva, un espíritu nuevo, una nueva determinación y —¡eso era!— una ferocidad nueva y terrible que brillaba en sus ojos y endurecía por momentos su rostro hasta volverlo casi aterrador.

—Su hija se casó conmigo bajo una falsa impresión. Ella le contó todo lo que yo tenía que decir… casi todo —se corrigió—, y yo esperaba esta visita. Si usted no hubiera venido, habría mandado buscarla. Su hija es libre como el aire en lo que a mí respecta. Supongo que su mundanidad incluye cierto conocimiento de la ley. Puede solicitar el divorcio mañana mismo y obtenerlo sin dificultad y con muy poca publicidad.

Un destello de esperanza apareció en el rostro de la mujer.

—No había pensado en eso —murmuró para sí.

Se volvió rápidamente hacia su hija, pues era una mujer de acción.

—Recoge tus cosas y ven conmigo.

Edith no se movió. Permanecía al otro lado de la mesa, medio vuelta hacia su esposo y completamente de frente a su madre.

—Has oído lo que dice el señor Standerton —dijo irritada la señora Cathcart—. Te ha abierto una vía de escape. Lo que dice es cierto. El divorcio puede obtenerse sin dificultad. Ven conmigo. Mandaré luego por tu ropa.

Edith seguía sin moverse.

La señora Cathcart, observándola, vio cómo sus facciones se suavizaban una a una; vio cómo los labios se abrían en una sonrisa y la cabeza se inclinaba hacia atrás mientras una carcajada clara y sonora llenaba la habitación.

—¡Oh, madre!

El infinito desprecio contenido en aquella voz golpeó a la mujer como el latigazo de un látigo.

—¡No me conoces! ¿Volver contigo? ¿Divorciarme de él? ¡Estás loca! Si realmente hubiera sido un hombre rico, quizá lo haría; pero por ahora, aunque no lo amo, y aunque no lo culparía —ni lo culpo— si él no me ama, mi destino está unido al suyo y mi lugar está aquí.

—¡Melodrama! —dijo la mujer mayor con enojo.

—Hay mucha verdad y una enorme cantidad de decencia en el melodrama, señora Cathcart —respondió Gilbert.

Su suegra se quedó lívida de ira y luego, dándose la vuelta, salió furiosa de la habitación; un instante después oyeron el golpe de la puerta principal al cerrarse.

Se miraron el uno al otro, aquella extraña pareja recién casada, durante unos segundos; luego Gilbert extendió la mano.

—Gracias —dijo.

La muchacha bajó los ojos.

—No tiene nada que agradecerme —respondió con cansancio—. Le he hecho demasiado daño para que un pequeño acto pueda borrar todas las consecuencias de mi egoísmo.

CAPÍTULO VI

LA AGENCIA DE CAJAS FUERTES

La City de Londres está llena, como todo el mundo sabe, de negocios prósperos y bien establecidos.

Abundan las empresas que proclaman, ya sea con dignidad o con ostentación, que aquella tienda ocupaba el mismo lugar hacía cien años y que aún sigue en manos de los legítimos descendientes de sus fundadores.

Hay compañías, sindicatos y asociaciones comerciales instalados en edificios ornamentados y elaborados, en lujosas oficinas, que nacen en primavera y desaparecen en invierno sin dejar más rastro que una serie de pequeñas cuentas impagadas y un propietario que solo encuentra consuelo en haber cobrado el alquiler por adelantado.

Las tragedias de la City de Londres se concentran, en gran medida, alrededor de los feos y poco pretenciosos edificios de la Bolsa de Valores, y pueden verse en la desaliñada multitud que deambula sin rumbo por las calles que rodean aquel edificio ennegrecido, como espíritus desencarnados.

Pero el jugador trágico no es exclusivo de la metrópoli, y las fortunas hechas y perdidas en un día o en una hora tienen su equivalente en todas las ciudades del mundo donde se realizan operaciones bursátiles.

Las penas pintorescas de la ciudad suelen representarse, en la imaginación popular, mediante los restos humanos que llenan el Embankment al caer la noche o que avanzan arrastrando los pies por el borde de las aceras, con los ojos bajos, buscando colillas abandonadas. Y eso ya es bastante triste, aunque los desgraciados objetos de nuestra compasión suelen estar mucho más conformes con su suerte de lo que la mayoría imagina.

La verdadera tragedia y la verdadera miseria se encuentran en los cientos de pequeños negocios que nacen llenos de entusiasmo y terminan devorando los ahorros de años de dos o tres optimistas. Los florecientes membretes impresos desde oficinas recién inauguradas, impregnadas de olor a pintura y barniz fresco; los libros impecables exhibidos con solemnidad en estantes nuevos; la masa de correspondencia enviada cada día; los folletos y prospectos; las tablas explicativas y toda la parafernalia del anunciante

inexperto, junto con el lento goteo de respuestas que regresan… todo eso forma parte del triste juego.

Algunas empresas intentan abrirse camino con estrépito, con fanfarrias y trompetas. Otras se deslizan silenciosamente hacia los negocios y, de alguna manera misteriosa, prosperan. Generalmente, cabe suponer, llegan respaldadas por el valioso recurso de una “clientela”, trasladándose desde los suburbios hacia una dirección más prestigiosa.

Uno de los negocios que apareció en Londres en el año 1924 fue una firma registrada en la guía telefónica y en los directorios como “The St. Bride’s Safe Company”. Se dedicaba a la venta de cajas fuertes nuevas y usadas, cámaras acorazadas y toda la ingeniosa maquinaria destinada a la protección.

En su único salón de exhibición se mostraban cajas fuertes de toda marca y tamaño, nuevas y antiguas, rejas, alarmas antirrobo, cofres para dinero, grandes y pequeños, y ejemplos de todo lo que el hierro y el acero podían hacer para resistir los esfuerzos del ladrón profesional.

El propietario del negocio era, al parecer, un caballero de las Midlands, que contrató por anuncio a un personal compuesto por un gerente y un vendedor; entrevistó a los nuevos empleados en las Midlands y puso a disposición del gerente —quien acudía armado con recomendaciones irreprochables— una suma de dinero suficiente para abastecer el establecimiento y mantener el negocio en funcionamiento.

De vez en cuando proporcionaba más suministros además del stock flotante, y aunque los pedidos llegaban muy rara vez, el propietario continuaba pagando alegremente el elevado alquiler y los salarios bastante generosos del personal.

El dueño visitaba ocasionalmente la tienda, por lo general muy entrada la noche, porque, según explicaba, sus negocios en Birmingham requerían toda su atención.

Se inspeccionaban las nuevas existencias; se hacía inventario de las llaves —que normalmente se guardaban en la caja fuerte privada de la empresa—

y el propietario expresaba invariablemente su satisfacción por el progreso del negocio.

El propio gerente nunca llegó a comprender cómo podía ser rentable aquella oficina, pero evidentemente el dueño hacía grandes negocios en provincias, porque mantenía un enorme camión motorizado y un chófer que, de vez en cuando, aparecía en el almacén de Bride Street para descargar una caja fuerte o recoger algún artículo comprado para entregarlo a sus nuevos propietarios.

El gerente, el señor Timmings, respetable miembro de la sociedad de Balham, solo podía imaginar que la sucursal provincial del negocio era bastante extensa. A veces el camión llegaba mostrando claras señales de haber recorrido largas distancias, y daba la impresión de que el negocio prosperaba, al menos en el extremo de Birmingham.

Fue al día siguiente del notable incidente narrado en el capítulo anterior cuando Gilbert Standerton decidió, entre otras cosas, comprar una caja fuerte.

La necesitaba para su casa y existían razones que no es necesario especificar por las cuales aquel mueble le resultaba indispensable. Nunca antes había sentido necesidad de una caja fuerte. Pero, una vez surgida la idea, quiso adquirirla de inmediato. Resultó afortunado —o desafortunado, según se mire— que esa resolución no se le ocurriera hasta una hora en que la mayoría de los comerciantes de aquellas peculiares mercancías ya habían cerrado. Pasaban de las seis cuando llegó a la City.

El señor Timmings se había marchado temprano aquella noche, pero había dejado un sustituto excelente.

El propietario había llegado a Londres un poco antes esa misma tarde, y Gilbert lo vio a través de las puertas acristaladas de la calle… y se quedó mirándolo fijamente.

La puerta estaba cerrada cuando intentó abrirla, y con una sonrisa afable el nuevo propietario avanzó personalmente para descorrer el cerrojo.

—Estamos cerrados —dijo—, y me temo que mi gerente ya se ha ido. ¿Puedo ayudarle en algo?

Gilbert lo miró.

—Sí —respondió lentamente—. Quiero comprar una caja fuerte.

—Entonces quizá pueda servirle de ayuda —dijo el caballero con buen humor—. ¿Quiere pasar?

Gilbert entró y la puerta fue cerrada con cerrojo tras él.

—¿Qué clase de caja fuerte desea? —preguntó el hombre.

—Quiero una pequeña —respondió Gilbert—. Preferiría una Chubb de segunda mano, si tiene alguna.

—Creo que tengo exactamente lo que necesita. Supongo que es para su oficina.

Gilbert negó con la cabeza.

—No, la quiero para mi casa —dijo secamente—, y me gustaría que la entregaran casi de inmediato.

Inspeccionó los distintos receptáculos para objetos de valor y finalmente eligió uno.

Ya se dirigía a la salida cuando vio la enorme caja fuerte situada al fondo del almacén.

Era algo fuera de lo común: medía cerca de ocho pies de altura y casi lo mismo de ancho. Parecía un gigantesco armario de acero. Tres juegos de cerraduras protegían el interior y, además, poseía una pequeña cerradura de combinación.

—Es una caja fuerte muy impresionante —comentó Gilbert.

—¿No le parece? —respondió el otro con indiferencia.

—¿Cuál es el valor de ésa?

—Está vendida —dijo el propietario con cierta brusquedad.

—¿Vendida? Me gustaría ver el interior —dijo Gilbert.

El hombre sonrió mientras se acariciaba pensativamente el bigote levantado.

—Lo siento, no puedo complacerle —respondió—. El caso es que el nuevo propietario se llevó las llaves cuando completó la compra.

—Qué desafortunado —dijo Gilbert—, porque es una de las cajas fuertes más interesantes que he visto en mi vida.

—Es bastante habitual —dijo el otro brevemente. Golpeó los costados con los nudillos en un tono reflexivo—. Es una propiedad bastante cara.

—Parece como si la tuviera aquí de forma permanente.

—Lo parece, ¿verdad? —dijo el otro distraídamente—. Tuve que hacerla cómoda.

Sonrió y luego lo guio hacia otra parte de la tienda.

Gilbert habría pagado con un cheque, pero algo se lo impidió. Buscó en sus bolsillos y encontró las quince libras que le habían pedido por la caja fuerte.

Con las buenas noches de cortesía, lo acompañaron a la salida y la puerta se cerró detrás de él.

—¿En dónde he visto tu rostro antes? —se preguntó el propietario a sí mismo.

Aunque era un hombre muy hábil en más de un sentido, resulta un hecho curioso que jamás logró ubicar a su cliente sino hasta muchos meses después.

CAPÍTULO VII

EL ROMPEBANCOS

Tres hombres estaban sentados en la sala interior de una oficina de la City. La puerta exterior estaba cerrada con llave, y la puerta que comunicaba la oficina exterior con el santuario permanecía completamente abierta.

Los hombres estaban sentados alrededor de una mesa, discutiendo un frugal almuerzo que habían traído de un restaurante cercano y conversando en voz baja.

George Wallis, que hablaba con una autoridad que sugería que ocupaba una posición de liderazgo por encima de los otros, era un hombre de cuarenta años, algo inclinado a la corpulencia, de estatura media y sin rasgos especialmente distintivos, salvo el corto bigote erizado y las cejas negras como el azabache que daban a su rostro una apariencia algo siniestra. Sus ojos eran cansados y perezosos; su mandíbula cuadrada denotaba una inmensa determinación, y las manos con las que jugueteaba distraídamente con una pluma eran pequeñas pero fuertes; eran manos de artista, y en efecto George Wallis, bajo uno u otro nombre, era conocido como un artista en su peculiar profesión en todas las oficinas policiales del continente.

Callidino, el pequeño italiano sentado a su lado, era pulcro y elegante. Su cabello era algo largo; sugería más a un entusiasta de la música que a un hombre de negocios de cabeza fría. Y sin embargo, este refinado italiano era conocido como el más práctico de aquel notable trío que durante años había sido el terror de todos los presidentes de banco de Francia.

El tercero era Persh, un hombre robusto, de rostro agradable y sonrosado, y un bien arreglado bigote de caballería, quien, a pesar de su volumen, poseía una agilidad extraordinaria; su fuga de la Isla del Diablo y su posterior viaje a Australia en una embarcación abierta seguían frescos en la memoria del lector promedio de periódicos.

No ocultaban sus identidades, ni evitaban los interrogatorios francos que les correspondían cuando la Policía de la City olfateaba algo sospechoso y acudía a investigar los asuntos de aquel establecimiento de “corredores externos”. Los miembros de la fuerza policial de la City quedaron un poco

decepcionados al descubrir que se llevaba a cabo un negocio completamente legítimo. No se puede reprochar siquiera a ladrones de bancos convictos si deciden ganarse la vida por un medio que, aunque desacreditado, permanece dentro de la ley; y más allá de advertir a aquellos clientes con los que podían contactar que los directores de aquel singular negocio eran criminales notorios, la policía no tuvo más remedio que observar y esperar, convencida de que tarde o temprano aquellos hombres cometerían un error que los pondría al alcance de la ley.

—Y tendrán que esperar muchísimo tiempo —dijo Wallis.

Miró a su “Consejo” con una sonrisa divertida.

—¿Han venido hoy? —preguntó Callidino.

—Han venido hoy —respondió Wallis solemnemente—. Han registrado nuestros libros, nuestros escritorios y nuestra ropa, e incluso las patas de nuestros taburetes de oficina.

—Un procedimiento poco delicado —comentó Persh alegremente.

—¿Y qué encontraron, George?

George sonrió.

—Encontraron todo lo que había para encontrar —dijo.

—Supongo que el robo en Bond Guarantees del que he leído en los periódicos es lo que los tiene excitados —dijo el italiano con calma.

—Supongo que sí —respondió Wallis con grave indiferencia—. Es bastante terrible tener nombres como los nuestros. Hablando seriamente —continuó —, no temo demasiado a la policía, incluso suponiendo que hubiera algo que encontrar. No me he topado con uno solo que tenga la inteligencia de aquel frío demonio que conocimos en el Foreign Office, cuando tuve que responder algunas preguntas sobre las singulares experiencias de Persh en la Isla del Diablo.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Persh, interesado.

—Algo asociado en mi mente con Sudáfrica… ah, sí, Standerton. Un tipo frío… Lo vi en Epsom el otro día —dijo Wallis—. Está desperdiciado en un

lugar como el Foreign Office. ¿Recuerdas cómo me examinó rápidamente, Persh?

El otro asintió.

—Antes de darme cuenta ya había admitido que estuve en Huntingdonshire la misma semana en que robaron las joyas de Lady Perkinton. Si hubiera tenido otros cinco minutos creo que habría sabido —bajó la voz hasta poco más que un susurro— dónde estaba escondido todo este tesoro oculto que la policía inglesa busca.

Los hombres rieron como si se tratara de un gran chiste.

—Hablando de gente fría —dijo Wallis—, ¿recuerdan a aquel extraño demonio que nos detuvo en Hatton Garden?

—¿Lo has encontrado? —preguntó Callidino.

George negó con la cabeza.

—No —dijo lentamente—, pero le tengo algo de miedo.

Era una confesión notable viniendo de él. Cambió abruptamente de tema.

—Supongo que saben —dijo Wallis— que la policía está particularmente activa en este momento. Tengo motivos para saberlo, porque acaban de concluir un registro exhaustivo de mis pertenencias privadas.

No exageraba. La policía estaba, en efecto, ansiosa por encontrar alguna pista que relacionara a aquellos tres criminales conocidos con los actos del mes anterior.

Media hora después Wallis abandonó el edificio. Se detuvo en el vestíbulo de entrada del gran bloque de oficinas, encendió un cigarro con un aire que revelaba su paz con el mundo y su aprobación de la humanidad.

En cuanto su pie tocó la acera, un hombre alto se colocó a su lado. Wallis levantó rápidamente la vista y asintió levemente.

—Lo necesito a usted —dijo el hombre con frialdad.

—¿De veras? —preguntó Wallis con exagerado interés—. ¿Y para qué podría necesitarme?

—Venga conmigo y menos insolencias —dijo el hombre.

Llamó un taxi y ambos fueron conducidos rápidamente a la estación de policía más cercana de la City. Wallis continuó fumando su cigarro, sin mostrar exteriormente la menor aprensión. Habría conversado alegremente con el oficial que había efectuado su arresto, pero el policía no estaba de humor para bromas.

Fue introducido apresuradamente en la sala de detenciones y llevado ante el escritorio del inspector.

El oficial levantó la vista y asintió. Era más cordial que su captor.

—Bueno, Wallis —dijo con una sonrisa—, queremos cierta información de usted.

—Siempre quieren información de alguien —respondió el hombre con fría insolencia—. ¿Ha habido otro robo?

El inspector asintió.

—¡Tut, tut! —dijo el prisionero con fingida aflicción—. Qué molesto para usted, señor Whitling. Supongo que ya tienen al culpable —preguntó amablemente.

—Por el momento lo tengo a usted —respondió el tranquilo inspector—. Y no me sorprendería tener también al culpable. ¿Puede explicar dónde estuvo anoche?

—Con muchísimo gusto —respondió Wallis—. Estuve cenando con un amigo.

—¿Su nombre?

El otro se encogió de hombros.

—Su nombre es irrelevante. Estuve cenando con un amigo cuyo nombre no importa. Apunte eso, inspector.

—¿Y dónde cenaba con ese amigo desconocido? —preguntó el imperturbable oficial.

Wallis mencionó un restaurante de Wardour Street.

—¿A qué hora cenaban? —preguntó pacientemente el inspector.

—Entre las ocho y las once —respondió el hombre—, como podrá testificar el propietario del restaurante.

El inspector sonrió para sí. Conocía el restaurante y conocía al propietario. Su testimonio no tendría demasiado peso ante un jurado.

—¿Tiene alguna persona respetable —preguntó— que pueda confirmar que estuvo allí, aparte de su amigo desconocido y el signor Villimicci?

Wallis asintió.

—Podría mencionar, con el debido respeto —dijo— al sargento Colebrook, del Departamento Central de Investigación de Scotland Yard.

Resultaba irritantemente amable. El inspector levantó la vista bruscamente.

—¿Va a declarar a su favor? —preguntó.

—Me estuvo vigilando todo el tiempo, disfrazado, creo, de caballero. Al menos llevaba ropa de etiqueta y era bastante distinto de los camareros. Ya sabe, él estaba sentado.

—Ya veo —dijo el inspector.

—Fue bastante divertido ser vigilado por un auténtico detective sargento, de aquel tan impresionante desierto de ladrillos —continuó el hombre—. Me gustó bastante, aunque me temo que el pobre sujeto se aburrió antes que yo.

—Entiendo —dijo el inspector— que estuvo siendo vigilado desde las ocho de anoche hasta…?

Se interrumpió inquisitivamente.

—Hasta cerca de medianoche, imagino. Hasta que nuestro detective vestido de gala, pareciendo trágicamente un detective todo el tiempo, me escoltó hasta la puerta principal de mi apartamento.

—Puedo verificar eso en un minuto —dijo el inspector—. Pase a la sala contigua.

Wallis entró despreocupadamente en la habitación interior mientras el inspector manipulaba el teléfono.

Cinco minutos después hicieron llamar al prisionero.

—Está limpio —dijo el inspector—. Expediente impecable para usted, Wallis.

—Me alegra oírlo —dijo Wallis—. ¡Muy aliviado, en verdad!

Suspiró profundamente.

—Ahora que me he embarcado en lo que podría llamar una forma legalizada de robarle al público, me resulta especialmente agradable saber que mis acciones cuentan con la aprobación de la policía.

—No aprobamos todo lo que hace —dijo el inspector.

Era un hombre irritante, pensó Wallis; no perdía la calma ni se mostraba grosero.

—Puede irse ya. Lamento haberlo molestado.

—No tiene importancia —respondió el hombre cortésmente con una pequeña reverencia.

—Por cierto, antes de irse —dijo el inspector—, venga un momento a mi despacho privado, ¿quiere?

Wallis lo siguió. El inspector cerró la puerta detrás de ellos. Estaban solos.

—Wallis, ¿sabe que hay una recompensa de unas doce mil libras por capturar a los hombres involucrados en estos robos?

—Me sorprende —dijo el señor Wallis levantando las cejas.

—No lo sorprendo —replicó el inspector—; de hecho, usted sabe mucho más al respecto que yo. Y le digo esto: estamos dispuestos a llegar a cualquier extremo para rastrear a esta banda o, al menos, poner fin a sus operaciones. Escuche, George —golpeó el pecho del otro con su fuerte y nudoso dedo—, ¿es una farsa?

—¿Una farsa? —el señor Wallis parecía la inocencia personificada.

—¿Va a delatar a sus compañeros? —preguntó secamente el inspector.

—Sería sumamente feliz de hacerlo —dijo Wallis, encogiéndose de hombros con impotencia—, pero ¿cómo podría delatar a otros sobre un

asunto del cual estoy absolutamente desinformado? La recompensa es monstruosamente tentadora. Si tuviera compañeros en el crimen, necesitaría muy poca persuasión. Mi conciencia es una cuestión de ajuste constante. Es más bien como la regla plegable que usan los zapateros para medir los pies de sus clientes: terriblemente ajustable. Tiene una escala corrediza que sube y baja.

—No quiero oír más sobre su conciencia —dijo cansadamente el oficial—. ¿Va a cantar o no?

—No voy a cantar —respondió el señor Wallis con énfasis.

El inspector hizo un movimiento de cabeza hacia un lado y, con la reverencia que la invitación había interrumpido, el señor Wallis salió a la calle.

Sabía, mejor que nadie, cuán completamente vigilaban cada uno de sus movimientos. Sabía, incluso mientras abandonaba la comisaría, que el aparentemente ocioso vagabundo de la esquina lo había tomado bajo seguimiento y que lo seguiría hasta entregarlo a otro agente de paisano para continuar la vigilancia. De tramo en tramo, de un extremo de la City al otro, aquellos ojos vigilantes jamás lo perderían de vista; mientras durmiera, las puertas delantera y trasera de su alojamiento estarían bajo observación. No podía moverse sin que todo Londres —todo el Londres que importaba en lo concerniente a él— supiera cada detalle de aquel movimiento.

Su hogar ocupaba la parte superior de una casa sobre una tabaquería en una pequeña calle cercana a Charing Cross Road. Y hacia su pequeño apartamento se dirigió con calma, sin apresurar el paso pese a saber que, a un lado de la calle, un inocente viajante de comercio, y al otro, un hombre anuncio que aparentemente regresaba a casa arrastrando su cartel, lo mantenían bajo observación. Se detuvo a comprar cigarros en Charing Cross Road, cruzó cerca del Alhambra y, diez minutos después, estaba abriendo la puerta del estrecho pasadizo que corría junto a la tienda y le daba acceso privado a las habitaciones superiores.

Era una estancia confortablemente amueblada y que evidenciaba cierto gusto. Grandes sillones-diván constituían una característica del mobiliario y los grabados, aunque pocos, resultaban interesantes por su evidente rareza.

No se molestó en examinar la habitación ni el resto del apartamento que alquilaba. Si la policía había estado allí, había estado. Y si no, no importaba. No podían encontrar nada. Tenía la conciencia tranquila, hasta donde puede estarlo la conciencia de un hombre que teme menos las consecuencias de sus actos que las consecuencias aparentes, evidentes y descubribles.

Tocó una campanilla y, tras una pequeña demora, una anciana respondió al llamado.

—Prepáreme un poco de té, señora Skard —dijo—. ¿Ha venido alguien?

La anciana miró al techo en busca de inspiración.

—Solo el hombre del gas —dijo.

—¿Solo el hombre del gas? —repitió George Wallis admirativamente—. ¿No se sorprendió muchísimo al descubrir que aquí no usamos gas en absoluto?

La anciana lo miró con cierto asombro.

—Dijo que venía a revisar el gas —respondió—, y luego, cuando descubrió que no teníamos gas, dijo “electricidad”. Un joven muy distraído.

—Son así, señora Skard —dijo su patrón tolerante—; se enamoran por estas fechas del año, ¿sabe?, y cuando sus mentes se ocupan de pensamientos más agradables que las lámparas de gas y las luces incandescentes, se vuelven un poco confusos. Supongo que no la molestó… le dijo que no hacía falta que esperara, ¿verdad? —sugirió.

—Exactamente, señor —respondió la señora Skard—. Dijo que haría todo lo necesario sin ayuda.

—Y apostaría a que lo hizo —dijo George Wallis con jovial buen humor.

Sin perturbarse por el conocimiento de que sus habitaciones habían sido registradas por un diligente detective, pasó una hora leyendo una revista americana. A las seis en punto un taxi entró en la calle y se detuvo frente a la entrada de su apartamento. El conductor, un hombre algo corpulento y con barba, miró desconcertado de un lado a otro buscando un número, y uno de los dos detectives que vigilaban la casa cruzó la calle casualmente hacia él.

—¿Busca algún número, amigo? —preguntó.

—Busco el número 43 —respondió el taxista.

—Es este —dijo el agente.

Vio al conductor tocar el timbre y, tras observar que entraba y que la puerta se cerraba detrás de él, regresó junto a su compañero.

—George va a dar un pequeño paseo en taxi —dijo—; veremos adónde va.

El hombre que aguardaba al otro lado de la calle asintió.

—No creo que vaya a ningún sitio que merezca seguimiento, pero tengo el coche esperando en la esquina.

—Yo lo seguiré en coche —dijo amargamente el segundo hombre—. ¿Escuchaste lo que le dijo al inspector Whitling de la Policía de la City sobre mí anoche?

El primer detective mostró gran interés.

—No; me gustaría oírlo.

—Bueno… —comenzó el hombre, y luego lo pensó mejor.

No era precisamente algo que hablara bien de él que hubiera vigilado a un hombre durante tres horas y que la presa hubiese sabido todo el tiempo que estaba siendo observada.

—¡Eh! —dijo cuando se abrió la puerta del número 43—. Aquí viene nuestro hombre.

Lanzó una rápida mirada calle abajo y vio que el automóvil alquilado dispuesto para su uso estaba esperando.

—Aquí viene —dijo, pero no era el hombre que esperaba. El chófer barbudo salió solo, hizo un gesto de despedida a alguien en el vestíbulo a quien ellos no podían ver y, tras poner el motor en marcha con gran deliberación, subió a su asiento y el taxi arrancó lentamente.

—George no va —dijo el detective—. Eso significa que tendremos que quedarnos aquí otras dos o tres horas… ahí está su luz.

Durante cuatro largas horas mantuvieron la vigilancia, y ni una sola vez apartaron la vista de la única puerta por la cual George Wallis podía salir. No había otra manera de abandonar el lugar, de eso estaban seguros.

Detrás de la casa había un muro alto y, a menos que el hombre estuviera en complicidad con la mitad de los respetables vecinos, no solo de aquella calle sino también de Charing Cross Road, no existía posibilidad alguna de que pudiera abandonar el apartamento.

A las diez y media el taxi que habían visto regresó frente a la puerta del apartamento y el conductor fue admitido. Evidentemente no esperaba permanecer mucho tiempo, pues ni siquiera apagó el motor; de hecho, estuvo ausente menos de treinta segundos. Volvió casi inmediatamente, subió a su asiento y se marchó.

—Me pregunto cuál será el juego —dijo uno de los detectives, algo desconcertado.

—Fue a llevar algún mensaje —respondió el otro—. Creo que deberíamos haberlo averiguado.

Diez minutos más tarde el inspector Goldberg, de Scotland Yard, entró en la calle en su automóvil y saltó del vehículo frente a los hombres.

—¿Wallis ha regresado? —preguntó rápidamente.

—¿Regresado? —repitió el detective desconcertado—. Todavía no ha salido.

—¿No ha salido? —repitió el inspector jadeando—. Un hombre que responde a su descripción fue visto abandonando la sucursal de la Guild of Goldsmiths de la City hace media hora. La caja fuerte ha sido forzada y se han robado joyas por valor de veinte mil libras.

Hubo un breve silencio.

—Bueno, señor —dijo obstinadamente el subordinado—, una cosa juraré: George Wallis no ha salido de esta casa esta noche.

—Es cierto, señor —añadió el segundo hombre—. El sargento y yo no nos hemos movido de aquí desde que Wallis entró.

—Pero —dijo el desconcertado inspector detective—, tenía que ser Wallis; ningún otro hombre podría haber hecho el trabajo de la manera en que fue hecho.

—No pudo haber sido él, señor —insistió el vigilante.

—Entonces, en nombre del cielo, ¿quién hizo el trabajo? —espetó el inspector.

Sus subordinados, prudentemente, no ofrecieron ninguna solución.

CAPÍTULO VIII

LA ESPOSA QUE NO AMABA

El señor Warrell, de la firma Warrell & Bird, se enorgullecía de ser un hombre de mundo, y acostumbraba admitir, con ese leve espíritu jactancioso en el que incluso los caballeros respetables y de mediana edad caen ocasionalmente, que se había visto en algunas situaciones muy comprometidas. También daba a entender que había salido de ellas con bastante crédito para sí mismo.

Todo corredor de bolsa que maneja un negocio amplio y popular se enfrenta tarde o temprano a la delicada tarea de explicarle a un especulador imprudente y temerario exactamente cuán imprudentemente y con cuánta temeridad ha invertido su dinero.

El señor Warrell ya había tenido ocasión de comunicar, tan suavemente como era posible hacerlo, noticias desagradables sobre los fracasos financieros de la señora Cathcart. Pero nunca antes se había encontrado frente a una situación tan llena de posibilidades desagradables como la que ahora le esperaba.

El impasible Cole lo hizo pasar, y el rostro de Cole se ensombreció, pues conocía el significado de aquellas visitas, habiendo aprendido, de esa misteriosa manera que tienen los sirvientes de descubrir los secretos íntimos de sus amos, que la llegada del señor Warrell solía ir seguida de un período de recortes, economía y reformas.

—La señora lo recibirá enseguida —fue el mensaje con el que regresó.

Pocos minutos después, la señora Cathcart entró majestuosamente en el salón. Su rostro parecía más duro de lo habitual, pensó Warrell, preguntándose por qué.

—Bueno, Warrell —dijo con brusquedad—, ¿qué maquinación del diablo lo trae por aquí? Siéntese, ¿quiere?

Él se sentó deliberadamente. Colocó el sombrero en el suelo y, quitándose los guantes, los depositó con innecesario cuidado en el interior forrado de satén.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Cathcart con impaciencia—. ¿Las Canadian Pacific volvieron a bajar?

—Han subido un poco —respondió el señor Warrell con una sonrisa destinada tanto a conciliar como a halagar—. Creo que su opinión sobre las Canadian Pacific es muy acertada.

Sabía que, en circunstancias normales, a la señora Cathcart nada le agradaba más que un tributo a su juicio; pero esta vez ella desechó el cumplido, comprendiendo que él no había venido desde Throgmorton Street únicamente para decir cosas agradables sobre su perspicacia.

—Diré todo lo que tengo en mente —continuó el señor Warrell, escogiendo cuidadosamente sus palabras y tratando, mediante una sonrisa dolorida, de expresar de forma tangible su franqueza—. Nos debe unas setecientas libras, señora Cathcart.

Ella asintió.

—Tiene garantías de sobra —dijo.

—Eso lo comprendo —convino él, mirando al techo—; pero la cuestión es si está dispuesta a cubrir en efectivo las diferencias que nos adeuda.

—No hay ninguna cuestión al respecto —respondió bruscamente—. En lo que a mí respecta, no puedo reunir ni setecientos chelines.

—Supongamos —sugirió el señor Warrell, aún con los ojos elevados—, supongamos que pudiera encontrar a alguien dispuesto a comprar su collar… creo que ese era el artículo que nos dejó en depósito… por mil libras.

—Vale considerablemente más que eso —dijo secamente la señora Cathcart.

—Posiblemente —respondió el otro—, pero deseo mantener esto fuera de los periódicos.

Había lanzado su bomba.

—¿Qué significa exactamente eso? —exigió ella, poniéndose de pie. Permaneció mirándolo fijamente.

—No me malinterprete —dijo él apresuradamente—. Lo explicaré en una frase. Su collar de diamantes ha sido robado de mi caja fuerte.

—¿Robado?

Ella palideció.

—Robado —repitió el señor Warrell— por una banda de ladrones que ha estado operando en la City de Londres durante los últimos doce meses. Verá, mi querida señora Cathcart —continuó—, que esta es una situación muy embarazosa para ambos. Yo no deseo que mis clientes sepan que acepto joyas de damas como garantía colateral contra diferencias bursátiles, y usted —tuvo incluso la descortesía de señalarla para enfatizar sus palabras — no desea, imagino, que sus amistades sepan que necesitaba empeñar esas joyas.

Se encogió de hombros.

—Naturalmente, podría haber informado del asunto a la policía, difundido una descripción del collar y posiblemente recuperar la pérdida mediante una compañía de seguros, pero no deseo hacerlo.

Podría haber añadido, este buen hombre de negocios, que su póliza de seguros no cubría semejante pérdida, pues las primas ajustadas para cubrir el riesgo de una oficina bursátil normalmente no contemplan la posibilidad de un robo de joyas.

—Estoy dispuesto a asumir la pérdida personalmente —continuó—, es decir, estoy dispuesto a cubrir una cantidad razonable de mi propio bolsillo, tanto por su bien como por el mío. Por otro lado, si no acepta mi sugerencia, no me quedará más alternativa que informar del asunto muy, muy detalladamente… muy detalladamente —repitió con énfasis— a la policía y a la prensa. Ahora bien, ¿qué opina?

La señora Cathcart podría haber dicho con sinceridad que no sabía qué pensar.

El collar era valioso, y además existían otras consideraciones.

El señor Warrell parecía pensar en su valor sentimental, porque añadió:

—De no ser porque joyas de este tipo suelen tener asociaciones afectivas, podría sugerir que su nuevo yerno quizá reemplazara la pérdida.

Ella se volvió hacia él con una sonrisa dura.

—¿Mi nuevo yerno? —se burló—. ¡Dios santo!

Warrell conocía a Standerton y lo consideraba uno de los favoritos de la Fortuna, sin albergar la menor duda respecto a su estabilidad financiera.

El desprecio en el tono de la mujer lo escandalizó tanto como solo un hombre de la City puede escandalizarse ante un rumor contra el crédito de un valor de primera categoría.

Por un momento olvidó el propósito de su visita.

Le habría gustado pedir una explicación, pero comprendió que no correspondía al corredor de bolsa de la señora Cathcart exigir información sobre asuntos domésticos.

—En el bonito lío que me ha metido, Warrell —dijo ella, levantándose.

Él se puso de pie también, recogió el sombrero y recuperó sus guantes cuidadosamente guardados.

—Es una situación verdaderamente incómoda —dijo—; tremendamente incómoda para usted y tremendamente incómoda para mí, mi querida señora Cathcart. Estoy seguro de que compadecerá mi apuro.

—Estoy demasiado ocupada compadeciéndome a mí misma —respondió secamente.

Permaneció sola en el salón después de la partida del corredor.

¿Qué debía hacer?

Porque lo que Warrell ignoraba era que el collar no le pertenecía. Había sido uno que el viejo coronel había mandado rehacer para su hija y que había sido legado a la muchacha en el testamento de su padre.

Un círculo familiar compuesto únicamente por madre e hija ejerce ciertos derechos comunales sobre la propiedad que podrían parecer curiosos a familias más numerosas. Aunque Edith sabía que la joya le pertenecía,

nunca protestó cuando su madre la usaba, ni siquiera insinuó que preferiría incluirla entre el escaso conjunto de joyas de su propio joyero.

Y sin embargo, siempre se le conocía como “el collar de Edith”.

La misma señora Cathcart se había referido a él de ese modo, y una de las características incómodas de su distanciamiento había sido precisamente la cuestión del collar y el hecho de que permaneciera retenido por el corredor.

La señora Cathcart se encogió de hombros. No había nada que hacer; tendría que confiar en la suerte. No podía imaginar que Edith llegara alguna vez a necesitar la joya; y aun si su esposo era pobre, y aun si estaba obsesionada con aquel absurdo sentido de lealtad hacia el hombre que la había engañado, apenas existía una remota posibilidad de que, movida por un deseo quijotesco de ayudarlo, preguntara por el paradero del collar.

Edith no era así, pensó la señora Cathcart.

Fue un pensamiento reconfortante mientras subía las escaleras hacia su habitación.

Se detuvo a mitad del trayecto para permitir que la doncella la alcanzara con las cartas que acababan de llegar. Con un pequeño sobresalto reconoció en la primera la letra de su hija y rasgó el sobre.

La carta era breve:

> “Querida madre:
>
> ¿Serías tan amable de arreglar para que me entreguen el collar que padre me dejó? Siento ahora que debo hacer alguna clase de demostración, aunque solo sea por el bien de mi esposo.”

La carta cayó de la mano de la señora Cathcart.

Permaneció inmóvil en las escaleras, como petrificada.

* * * *

Edith Standerton estaba supervisando el arreglo de la mesa del almuerzo cuando su esposo entró. La vida se había vuelto curiosamente sistemática en la casa de St. John's Wood.

A ninguno de los dos jóvenes le había parecido posible que pudieran vivir juntos como ahora lo hacían, en perfecta armonía, en simpatía mutua, y sin embargo aparentemente sin señal alguna de amor ni demostración de afecto por ninguna de las dos partes.

Compararlos con hermano y hermana difícilmente habría descrito su relación. Carecían del conocimiento mutuo de las cosas y de los intereses comunes que tendrían un hermano y una hermana. También les faltaba esa comprensión de los defectos y virtudes del otro.

Eran extraños, y cada día le enseñaba a cada uno algo nuevo acerca del otro. Gilbert aprendió que aquella muchacha tranquila, cuyos tristes ojos grises insinuaban tragedia, poseía sentido del humor, podía reír con poca provocación y era inmensamente perspicaz al juzgar a la humanidad.

Ella, por su parte, había descubierto una fuerza con la que no había contado, una vitalidad y una tenacidad de propósito que jamás había visto antes del matrimonio. También podía ser entretenido, en los raros intervalos en que estaban solos. Había viajado mucho; había visitado Persia, Arabia y los países menos conocidos del Asia oriental.

Ella nunca volvió a mencionar los acontecimientos de aquella terrible noche de bodas. Quizá allí su juicio fallaba. Había visto a una violinista de extraordinaria belleza y tal vez había prestado demasiada atención a aquella circunstancia menor. En alguna parte del corazón de su esposo había un secreto; cuál era ese secreto, solo podía adivinarlo. Supuso que estaba relacionado de algún modo con una mujer; allí hablaba la mujer que había en ella.

No sentía resentimiento ni hacia su esposo ni hacia la desconocida que había enviado un mensaje a través de las trémulas cuerdas de su violín aquella noche de bodas.

Solo que, se decía a sí misma, era "curioso". Quería saber de qué se trataba todo aquello. Poseía la sana curiosidad de la juventud. La revelación podía

escandalizarla, podía llenarla de un desprecio eterno hacia el hombre cuyo nombre llevaba, pero quería saber.

Después de un tiempo también le irritó que él tuviera secretos para ella; un estado mental extraño, considerando la notable relación que existía entre ambos, y sin embargo perfectamente comprensible.

Aunque no habían alcanzado esa peculiar y amistosa relación de marido y mujer, entre ellos había surgido una amistad que la muchacha se decía a sí misma —y hacía todo lo posible por creer— que era más duradera que la que el matrimonio como matrimonio podía producir. Era un compañerismo en el que muchas cosas se daban por sentadas; ella daba por sentado que él la amaba y que había entrado en el matrimonio sin otro propósito. Esa era una base reconfortante para la amistad con cualquier mujer.

Por su parte, él daba por sentado que ella poseía un alma incapaz de engaño, que era franca incluso cuando su franqueza casi lo hería de muerte. Detectaba en ello un respeto poco común hacia sí mismo, aunque en sus momentos más lógicos argumentaba que ella habría actuado con igual honor hacia cualquier hombre.

Ella misma tejía en aquella amistad una peculiar variedad de romance desprovista de sensualidad; desprovista de sensualidad porque creía ver en ella un ideal consumado hacia el cual la juventud de todas las épocas había aspirado sin éxito notable.

No existe hombre ni mujer en el mundo que no crea que la posibilidad entre un millón puede ser la suya; no existe criatura humana tan tímida que no imagine que, en su favor, ha sido creada una excepción a las reglas evidentes y universales.

Platón pudo haberse detenido en seco en el desarrollo de otras amistades; sus filosofías pudieron haberse marchitado desesperada e inútilmente y evaporarse como vapor tenue ante el fuego del amor natural. Mil testigos pueden levantarse para testificar sobre la inutilidad de la amistad entre dos personas de sexo opuesto, pero siempre existen el “tú” y el “yo” en el mundo, que desafían la experiencia y llegan con sublime fe para demostrar cuán diferente será el resultado respecto al de todos los experimentos anteriores.

Como se decía a sí misma, si hubiese existido la más mínima chispa de amor en su pecho por aquel joven que había llegado a su vida tan repentinamente y que, en cierto sentido, había salido de ella de manera tan violenta solo para regresar bajo otra apariencia, si hubiese existido siquiera la más pequeña brasa humeante de eso llamado amor en su corazón, habría sentido celos, aunque solo un poco, de los asuntos que lo alejaban de ella cada noche y que a menudo lo hacían regresar cuando el amanecer gris comenzaba a teñir de azul el Oriente.

Una vez lo observó desde la ventana y se preguntó vagamente qué encontraba para hacer por las noches.

¿Buscaba distracción de una situación intolerable? Él jamás le daba la impresión de que aquella situación fuese intolerable. Había consuelo en ese pensamiento.

¿Existía… alguien más?

Aquella era una pregunta capaz de hacer fruncir el ceño a aquella esposa sin amor.

Una vez se encontró, para su intenso asombro, al borde de las lágrimas ante ese pensamiento. Atravesó todas las etapas de duda y decisión, de ira y arrepentimiento, que una joven esposa más felizmente situada podría haber experimentado.

¿Quién era la violinista de hermoso rostro? ¿Qué papel había desempeñado en la vida de Gilbert?

Una cosa sí sabía: su esposo estaba especulando en la Bolsa. Al principio no comprendió que pudiera ser tan vulgarmente común. Siempre lo había considerado un hombre para quien la codicia vulgar del dinero sería repugnante. Había abandonado su puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores; ahora estaba ocupado en algún negocio del cual ninguno hablaba. Pensó muchas cosas, pero hasta que descubrió la nota contractual de un corredor sobre su escritorio nunca sospechó que el éxito en la Bolsa fuese la meta de su ambición.

Aquella operación le pareció enorme.

En la nota figuraban decenas de miles de acciones. Sabía muy poco sobre la Bolsa, excepto que había mañanas en que su madre se volvía insoportable debido a sus pérdidas. Entonces se le ocurrió que, si él estaba en los negocios —un término vago que podía significar cualquier cosa—, quizá ella pudiera hacer algo más que quedarse en casa dirigiendo a los sirvientes.

También podría ayudarlo de otra manera. Los hombres de negocios ofrecen cenas convenientes, organizan prudentes salidas al teatro. Y muchos hombres han triunfado porque tienen esposas sabias para tratar con el mundo.

Era una buena idea. Hizo una gran revisión de su guardarropa y envió la carta que destruyó tan completamente la paz mental de su madre.

Gilbert había estado fuera toda la mañana y regresó de la City con aspecto cansado.

El intercambio de sonrisas —un poco tensas y duras de un lado, un poco melancólicas y tristes del otro— se había convertido en el saludo convencional entre ambos; también la pregunta “¿Dormiste bien?”, que pertenecía legítimamente a quien primero recordara aquella original cortesía.

Estaban a mitad del almuerzo cuando ella preguntó de pronto:

—¿Te gustaría que ofreciera una cena?

Él levantó la vista sobresaltado.

—¿Una cena? —dijo con incredulidad; luego, viendo que el rostro de ella se apagaba y comprendiendo algo del sacrificio que quizá estaba haciendo, añadió—: Me parece una idea excelente. ¿A quién te gustaría invitar?

—A cualquier amigo que tengas —dijo ella—; ese hombre tan agradable, el señor Frankfort, y… ¿quién más? —preguntó.

Él sonrió con cierta amargura.

—Creo que ese hombre tan agradable, el señor Frankfort, agota prácticamente la suma total de mis amistades —dijo con una pequeña risa —. Podríamos invitar a Warrell.

—¿Quién es Warrell? Oh, ya recuerdo —dijo rápidamente—, es el corredor de mamá.

Él la miró con curiosidad.

—¿El corredor de tu madre? —repitió lentamente—. ¿De verdad?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué qué? —evadió él.

—¿Por qué lo dijiste de manera tan extraña?

—No sabía que lo hubiera hecho —respondió despreocupadamente—; solo que, de algún modo, uno no asocia a tu madre con un corredor de bolsa. Aunque supongo que hoy en día encuentra necesario tener un agente. Verás, él también es mi corredor.

—¿Quién más? —preguntó ella.

—Por mi lado de la familia —dijo él con solemne ironía— no se me ocurre nadie. ¿Y tu madre?

—Podría invitar a una o dos personas agradables —continuó ella, ignorando la sugerencia.

—¿Y tu madre? —repitió él.

Ella levantó la mirada, con los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, no seas cruel —dijo—. Sabes que eso es imposible.

—En absoluto —respondió alegremente—. Hice la sugerencia de buena fe; me parece una buena idea. Después de todo, no hay razón para que esta absurda disputa continúe. Admito que estuve muy resentido con ella; pero también lo estuve contigo.

La miró sin dureza.

—El resentimiento se está desvaneciendo poco a poco —dijo.

Hablaba casi para sí mismo, aunque miraba a la muchacha. A ella le pareció que intentaba convencerse de algo en lo que no creía del todo.

—Es extraordinario —dijo— cómo las pequeñas cosas, las pequeñas preocupaciones y las causas insignificantes de infelicidad desaparecen frente a un verdadero gran problema.

—¿Cuál es tu gran problema? —preguntó ella rápidamente, aprovechando la ventaja que él le había dado en aquel momento de descuido.

—Ninguno —dijo él. Su tono fue un poco más alto de lo habitual, casi desafiante—. Hablo hipotéticamente.

—No tengo más problemas que los problemas evidentes de la vida —continuó—. Tú fuiste un problema para mí durante un tiempo, pero ya no lo eres.

—Me alegra que hayas dicho eso —dijo ella suavemente—. Quiero ser muy buena amiga tuya, Gilbert… quiero serte de verdad una buena amiga. Me temo que he arruinado bastante tu vida.

Se había levantado de la mesa y permanecía de pie, mirándolo desde arriba.

Él negó con la cabeza.

—No creo que lo hayas hecho —dijo—, no en la medida que imaginas. Otras circunstancias se han confabulado para desfigurar lo que parecía un porvenir agradable. Es una lástima que nuestro matrimonio no haya resultado ser todo lo que soñé que sería, aunque los sueños son cimientos muy inestables para la construcción de la vida. No pensarías que yo fuera un soñador, ¿verdad? —añadió rápidamente con aquella sonrisa fácil suya, con aquellos ojos que se arrugaban en pequeñas líneas en las comisuras—. No me imaginarías como un romántico, aunque me temo que lo era.

—Quieres decir que lo eres —lo corrigió ella.

Él no respondió a eso.

La cuestión de la cena volvió a surgir más tarde, cuando él se preparaba para salir.

—Supongo que no te gustaría quedarte y hablarlo —sugirió ella con cierta timidez.

Él vaciló.

—No hay nada que me gustaría más —dijo—, pero… —miró su reloj.

Ella apretó los labios y, por un instante, sintió una oleada de ira irracional atravesarla. Era absurdo, por supuesto; él siempre salía a esa hora, y en realidad no había razón para que se quedara.

—Podemos discutirlo en otro momento —dijo fríamente, y lo dejó sin añadir una palabra más.

Él esperó hasta oír cerrarse la puerta de la habitación de ella en el piso de arriba y entonces salió con una leve sonrisa en la que casi había lágrimas, aunque ninguna alegría.

Abandonó la casa en un momento providencial; de haber esperado cinco minutos más se habría encontrado con su suegra.

La señora Cathcart había decidido “confesarlo todo” y había ido en persona a hacer la confesión. Era una providencia misericordiosa, se dijo a sí misma, la que había apartado a Gilbert de su camino; descubrió que había salido antes de llevar cuatro minutos en la casa, y lo descubrió mediante el sencillísimo procedimiento de preguntar al criado de Gilbert si su amo estaba en casa.

Edith recibió la noticia de la llegada de su madre sin sorpresa. Supuso que la señora Cathcart había venido a entregar el collar a su legítima dueña. Sintió un pequeño remordimiento de conciencia mientras bajaba las escaleras para reunirse con ella; ¿no había sido innecesariamente brusca en su exigencia? Era un alma sensible y sentía un afecto natural y sincero por aquella mujer mayor. El temor de haber herido sus sentimientos, y de que ese dolor pudiera manifestarse durante la entrevista, le produjo cierta inquietud al abrir la puerta del salón.

La señora Cathcart estaba perfectamente serena. Cualquiera habría pensado que jamás había ocurrido entre aquellas dos mujeres escena alguna digna de recordarse con resentimiento. No se hizo referencia al pasado, y Edith se alegró de ello.

No deseaba vivir en malos términos con su madre. La comprendía demasiado bien, lo cual era desafortunado para ambas, y todo sería más fácil si pudieran mantener siquiera una apariencia de amistad.

La señora Cathcart fue directamente al asunto.

—Supongo que sabes por qué he venido —dijo, tras los saludos iniciales.

—Supongo que has traído el collar —dijo la muchacha con una sonrisa—. No creerás que soy horrible por pedirlo, pero siento que debo hacer algo por Gilbert.

—Creo que podrías haber escogido otro tema para tu primera carta —dijo la mujer mayor sombríamente—, pero en fin…

Edith no respondió. Era inútil discutir con su madre. La señora Cathcart poseía una cualidad nada rara entre las posesiones humanas: la capacidad de hacer quedar a los demás como culpables.

—Lamento aún más todo esto —continuó la señora Cathcart— porque no estoy en condiciones de darte tu collar.

La muchacha miró a su madre con asombro.

—¡Pero… qué quieres decir, mamá? —preguntó.

La señora Cathcart evitó cuidadosamente su mirada.

—He tenido pérdidas en la Bolsa —dijo—. Supongo que sabes que tu padre nos dejó apenas lo suficiente para no morirnos de hambre, y que cualquier lujo o comodidad que hayas tenido se ha debido a mis propios esfuerzos. He perdido mucho dinero con las Canadian Pacifics —añadió secamente.

—¿Y bien? —preguntó la muchacha, preguntándose qué venía ahora y temiendo lo peor.

—Perdí setecientas libras con una firma de corredores de bolsa —continuó la señora Cathcart—, y dejé tu collar como garantía.

La muchacha soltó un jadeo.

—Naturalmente pensaba recuperarlo, pero ocurrió algo desafortunado: forzaron la caja fuerte y el collar fue robado.

Edith Standerton se quedó mirando a la otra.

La cuestión del collar no le preocupaba demasiado, y aun así comprendió entonces que había contado con él más de lo que imaginaba. Era una

pequeña reserva para tiempos difíciles, que, si Gilbert decía la verdad, podían llegar en cualquier momento.

—No puede evitarse —dijo.

No criticó a su madre ni expresó opinión alguna sobre la impropiedad de ofrecer como garantía de una deuda objetos pertenecientes a otra persona.

Semejante crítica habría sido inútil, y el esfuerzo completamente superfluo.

—Bueno —preguntó la señora Cathcart—, ¿qué tienes que decir?

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir, mamá? El asunto está perdido y se acabó. ¿La firma ofrece alguna compensación?

Hizo la pregunta inocentemente; se le ocurrió vagamente que quizá pudiera salvarse algo del desastre.

La señora Cathcart le lanzó una rápida mirada.

¿Aquel condenado Warrell habría hablado con ella? Sabía que Warrell era amigo del marido de Edith. Sería una infamia si lo hubiera hecho.

—Han ofrecido cierta compensación —respondió despreocupadamente—, bastante inadecuada; el asunto aún no está resuelto, pero te haré saber cómo evoluciona.

—¿Qué compensación ofrecen? —preguntó Edith.

La señora Cathcart vaciló.

—Mil libras —dijo a regañadientes.

—¡Mil libras!

La muchacha se sorprendió; no tenía idea de que el collar valiera tanto.

—Eso significa, naturalmente —se apresuró a explicar la señora Cathcart —, setecientas libras de mi bolsillo y trescientas del corredor.

La muchacha sonrió para sí. “Setecientas libras de mi bolsillo” significaba: “si exiges el valor completo, me estarás robando”.

—Y aún faltan trescientas libras. Creo que debería quedármelas.

—Espera un poco —dijo la señora Cathcart—; quizá recuperen el collar después de todo. Quieren que dé una descripción. ¿Qué opinas?

La muchacha negó con la cabeza.

—No creo que me gustaría eso —dijo tranquilamente—. Podrían hacerse preguntas, y no me gustaría que la gente supiera ni que el collar era mío ni que mi madre lo había dejado como garantía de sus deudas.

Aquella era la nueva Edith en toda su fuerza. La señora Cathcart la miró fijamente.

—Edith —dijo severamente—, eso suena un poco impertinente.

—Supongo que sí, mamá —respondió la muchacha—, pero ¿qué quieres que haga? ¿Qué quieres que diga? Los hechos son bastante evidentes para ti y para mí: el collar ha sido robado y quizá jamás aparezca, y no pienso exponer ni mi pérdida ni tu debilidad por la remota posibilidad de recuperar una joya que probablemente ya esté fundida y con las piedras dispersas.

—Sabes mucho sobre joyas y ladrones de joyas —dijo su madre con una pequeña mueca burlona—. ¿Gilbert ha ampliado tu educación?

—Curiosamente, sí —dijo su hija con calma—; hablamos de muchas cosas extrañas.

—Debéis de pasar veladas muy agradables —dijo secamente la mujer mayor.

Se levantó para marcharse mientras consultaba su reloj.

—Lamento no poder quedarme —dijo—, pero voy a cenar con unas personas. Supongo que no te gustaría venir. Es algo muy informal; de hecho, la invitación te incluía.

—¿Y Gilbert? —preguntó la muchacha.

La mujer sonrió.

—No, no incluía exactamente a Gilbert —dijo—. He dejado bastante claro que las invitaciones para mí son aceptables sólo mientras no incluyan a tu marido.

La muchacha se irguió rígidamente, y la mujer mayor vio cómo se acumulaba una tormenta en sus ojos.

—No te entiendo del todo. ¿Quieres decir que has ido por Londres hablando mal de mi marido?

—Por supuesto que sí —dijo virtuosamente la señora Cathcart—. No diría que he ido “por todo Londres”, pero sí se lo he contado a aquellas personas íntimas amigas mías y naturalmente interesadas en mis asuntos.

—No tienes derecho a hablar —dijo la muchacha furiosa—. Es vergonzoso por tu parte. Tú cometiste tu error y debes aceptar las consecuencias. Yo también cometí un error y acepto mi suerte de buen grado. Si te duele que esté casada con un hombre que me desprecia, ¿cuánto más crees que me duele a mí?

La señora Cathcart se echó a reír.

—Te aseguro —sonrió— que, aunque muchas ideas perturban mis noches, la idea de que tu marido no siente especial amor por ti no es una de ellas; lo que sí me despierta con una sensación horrible es saber que, lejos de ser el hombre rico que yo creía, está prácticamente sin un centavo. ¿Qué locura lo llevó a abandonar su trabajo en el Foreign Office?

—Será mejor que se lo preguntes a él —dijo la muchacha con malicia—; llegará en unos momentos.

Sólo eso bastó para apresurar la partida de la señora Cathcart, y Edith quedó sola.

* * * *

Edith cenó sola aquella noche.

Al principio había recibido aquellas cenas solitarias con una sensación de infinito alivio. Era una mujer de considerable inteligencia y había afrontado el futuro sin ilusiones.

Comprendía que podía llegar un tiempo en que ella y Gilbert vivieran juntos en perfecta armonía, aunque sin las simpatías esenciales que marido y mujer deberían compartir mutuamente. Estaba dispuesta a soportar los años de prueba, y todo resultaba mucho más fácil si los negocios o las distracciones los mantenían separados durante aquellas embarazosas horas entre la cena y el momento de acostarse.

Pero aquella noche, por primera vez, se sintió sola.

Sentía necesidad de él, deseaba su compañía, el ánimo y la vitalidad que irradiaba.

Había momentos en que él se mostraba brillante, alegre y despreocupado, como ella lo había conocido en sus mejores días. Había también otros momentos, terribles y deprimentes, en los que apenas lo veía, cuando se encerraba en su estudio y ella sólo alcanzaba a vislumbrar su rostro por casualidad.

Pasó la cena alternando entre leer y pensar.

Había un libro sobre la mesa, junto a ella, pero no pasó ni una sola página. La criada estaba retirando el plato principal cuando Edith Standerton levantó la cabeza sobresaltada.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Qué cosa, señora? —dijo la muchacha.

Fuera de la ventana Edith pudo oír el sonido de una música, una cadencia suave y delicada, un pequeño lamento de melodiosa tragedia.

Se levantó de la mesa, cruzó hasta la ventana y apartó las persianas. Afuera, una muchacha tocaba el violín. Bajo la luz que proyectaba una farola, Edith reconoció a la intérprete de la “Melody in F”.

CAPÍTULO IX

EDITH CONOCE A LA VIOLINISTA

Edith se volvió hacia la criada que la atendía.

—Sal y trae a esa muchacha de inmediato —dijo con calma.

—¿Qué muchacha, señora? —preguntó la sirvienta, desconcertada.

—La que está tocando —respondió Edith—. Date prisa, por favor, antes de que se vaya.

La invadió una repentina determinación de desentrañar aquel misterio. Tal vez estuviera actuando deslealmente con su marido, pero calmó cualquier temor pensando que quizá también estuviera ayudándolo.

La criada regresó pocos minutos después y condujo al salón a una joven.

Sí, era la muchacha que había visto la noche de su boda. Permanecía ahora enmarcada en la puerta, observando a su anfitriona con una curiosidad franca.

—¿No quieres pasar? —preguntó Edith—. ¿Ya has cenado?

—Muchas gracias —respondió la joven—, nosotros no cenamos, pero tomé un muy buen té.

—¿Quieres sentarte un rato?

Con una elegante inclinación de cabeza, la muchacha aceptó la invitación.

Su voz no tenía el acento extranjero que Edith esperaba. Era indudablemente inglesa, y había en su tono una refinación que Edith no había imaginado encontrar.

—Supongo que te preguntas por qué te mandé llamar —dijo Edith Standerton.

La joven mostró dos hileras de dientes blancos y parejos al sonreír.

—Cuando la gente me manda llamar —dijo con modestia—, suele ser para pagarme por mi música… o para sobornarme para que deje de tocar.

Había una alegría sincera en sus ojos; la sonrisa iluminó su rostro y transformó por completo su expresión.

—Estoy haciendo ambas cosas —dijo Edith—, y además quiero preguntarte algo. ¿Conoces a mi esposo?

—¿El señor Standerton? —preguntó la joven, asintiendo—. Sí, lo he visto, y he tocado para él.

—¿Recuerdas una noche de junio —preguntó Edith, sintiendo que el corazón le latía más rápido al recordarlo— en la que viniste bajo esta ventana y tocaste…? —vaciló— cierta melodía.

La muchacha asintió.

—Claro que sí —dijo sorprendida—. Recuerdo esa noche mejor que ninguna otra.

—¿Por qué “mejor que ninguna otra”? —preguntó Edith rápidamente.

—Bueno, verá, normalmente mi abuelo toca para el señor Standerton, pero aquella noche estaba enfermo. Se resfrió mucho el día del Derby; nos empapamos durante la tormenta mientras tocábamos en Epsom. Así que tuve que venir yo a reemplazarlo. La verdad es que no quería salir esa noche —confesó con una risa amarga— y además odio esa melodía; pero todo parecía tan misterioso y tan romántico.

—Dime exactamente qué tenía de “misterioso” y qué tenía de “romántico” —dijo Edith.

En ese momento trajeron el café y ella sirvió una taza para su visitante.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—May Wing —respondió la joven.

—Ahora cuéntamelo todo, May —dijo Edith mientras le ofrecía el café—, y por favor créeme cuando te digo que no pregunto por simple curiosidad.

—Le contaré todo —dijo la muchacha, asintiendo—. Recuerdo especialmente ese día porque había ido a la Academia de Música a tomar mi clase. No imaginaría usted que podemos permitirnos eso, pero mi abuela

insiste absolutamente en ello. Regresé a casa bastante cansada. Mi abuelo estaba acostado en el sofá. Vivimos en Hoxton. Parecía preocupado.

»“May”, me dijo, “quiero que hagas algo por mí esta noche”. Por supuesto, yo estaba completamente dispuesta y feliz de hacerlo.

La muchacha se interrumpió de pronto.

—¡Qué extraño! —exclamó—. Creo que llevo en el bolsillo la prueba de todo lo que estoy diciendo.

Llevaba colgado de la cintura un pequeño bolso del mismo material que su vestido, y comenzó a buscar dentro.

Sacó un sobre.

—Todavía no se lo mostraré —dijo—, pero le contaré lo que pasó. Como decía, mi abuelo estaba muy preocupado y me pidió que hiciera algo por él, sabiendo naturalmente que yo aceptaría.

»“He recibido una carta de la que no entiendo nada”, me dijo, y me enseñó esta carta.

La joven le tendió el sobre.

Edith lo tomó y sacó la tarjeta que había dentro.

—¡Pero esta es la letra de mi marido! —exclamó.

—Sí —asintió la muchacha.

Llevaba matasellos de Doncaster, y el mensaje era breve. Estaba dirigido al viejo músico y decía:

> “Adjunto encontrará un giro postal por una libra. En cuanto lo reciba, vaya a la casa del señor Standerton entre las siete y media y las ocho de la noche y toque la ‘Melodía en Fa’ de Rubinstein. Averigüe si él está en casa y, si no lo está, vuelva la noche siguiente y toque la misma pieza a la misma hora.”

Eso era todo.

—No lo entiendo —dijo Edith, confundida—. ¿Qué significa?

La violinista sonrió.

—A mí también me gustaría saberlo. Verá, soy tan curiosa como usted, y creo que es un defecto que compartimos todas las mujeres.

—¿Y no sabes por qué se envió esto?

—No.

—¿Ni qué significa?

La joven volvió a negar con la cabeza.

Edith observó el sobre y examinó el matasellos.

Estaba fechado el veinticuatro de mayo.

—Veinticuatro de mayo… —repitió para sí misma—. Espera un momento.

Subió corriendo las escaleras hasta su dormitorio.

Con nerviosismo abrió su escritorio y sacó el diario de tapas rojas donde había anotado los pequeños acontecimientos de su vida en Portland Square. Buscó la fecha del veinticuatro de mayo. Sólo había dos anotaciones. La primera hablaba de la llegada de un vestido nuevo, pero la segunda estaba escrita con especial énfasis:

> “G. S. vino a las siete y se quedó a cenar. Estaba muy distraído y aparentemente preocupado. Se fue a las diez. Pasé una velada deprimente.”

Miró otra vez el sobre.

“Doncaster, 7:30”, decía.

Así que la carta había sido enviada desde una ciudad a casi trescientos kilómetros de distancia media hora después de que él hubiera llegado a Portland Square.

Regresó al comedor desconcertada, aunque controló su agitación delante de la muchacha.

—Definitivamente debería convertirme en mecenas de alguna de las artes —sonrió.

Sacó media libra de su bolso y se la entregó a May.

—Oh, de verdad… —protestó la pequeña violinista.

—No, por favor, tómala. Me has dado mucho en qué pensar. ¿El señor Standerton ha vuelto a mencionar este asunto alguna vez?

—Nunca —dijo la joven—. No lo he vuelto a ver desde entonces, excepto una vez cuando yo iba en la parte superior de un ómnibus.

Pocos minutos después, la muchacha se marchó.

Aquello era alimento suficiente para la imaginación, pensó Edith.

—¿Qué significaba todo esto? —se preguntó—. ¿Qué misterio había detrás?

Ahora que recordaba las circunstancias, comprendió que Gilbert había estado terriblemente distraído aquella noche; se veía nervioso, había notado que le temblaba la mano y hasta se lo había comentado a su madre.

Y si él esperaba que el músico apareciera, y si había sido él mismo quien eligió la melodía, ¿por qué escucharla le produjo un efecto tan terrible?

Gilbert no era un hombre teatral.

No había nada afectado en su carácter.

Era músico, y amaba la música como no amaba ninguna otra cosa en el mundo… salvo a ella.

Pensó en esa última reserva con cierta ternura.

Él la había amado entonces; fueran cuales fueran sus sentimientos ahora, el amor de un hombre fuerte no se evapora fácilmente ni se destruye por una sola palabra.

Desde el matrimonio, el piano no había vuelto a abrirse. Gilbert había sido abonado de casi todos los grandes eventos musicales de Londres, y sin embargo no había asistido a un solo concierto ni visitado la ópera una sola vez.

A Edith le parecía que con la interpretación de la “Melodía en Fa” había terminado una etapa preciosa de su vida.

Una vez ella sugirió ir juntos a un concierto al que asistía todo el Londres musical.

—Quizá a ti te gustaría ir —había respondido él brevemente—. Me temo que estaré bastante ocupado esa noche.

Y eso después de haberle dicho no una, sino decenas de veces, que la música expresaba para él cada emoción y cada mensaje con mayor claridad que las palabras impresas.

¿Qué significaba todo aquello?

Una energía repentina se apoderó de ella, un deseo súbito de conocer la verdad. Quería compartir una parte mayor de la vida de Gilbert.

¿Qué relación tenía esa melodía con el cambio tan brusco que se había producido en él? ¿Qué conexión guardaba con la vida intensa que llevaba últimamente? ¿Qué tenía que ver con su renuncia al Foreign Office y a sus clubes?

Estaba segura de que existía una relación, y estaba decidida a descubrirla.

Mientras permaneciera en la oscuridad, no podría ayudarlo.

Instintivamente sabía que preguntarle serviría de poco. Gilbert era del tipo de hombres que prefieren jugar solos.

Ella era su esposa. Le debía algo. Había llevado infelicidad a su vida, y lo menos que podía hacer era esforzarse por ayudarlo.

Necesitaría dinero.

Se sentó y escribió una breve nota a su madre. Aceptaría las trescientas libras que el corredor debía entregarle; incluso insinuó que, si el asunto no se resolvía pronto, ella misma visitaría al señor Warrell y concluiría las negociaciones.

Esa mañana había leído en el periódico el anuncio de una agencia privada de detectives, y durante un momento pensó en contratar a uno.

Pero ¿qué cualidades especiales tenía un detective privado que ella misma no poseyera?

No se necesitaba entrenamiento especial para usar el cerebro y ejercitar la lógica.

Había encontrado una misión en la vida: resolver el misterio que rodeaba a su marido como una nube.

Y se descubrió sintiéndose animada ante la perspectiva de la tarea que acababa de imponerse.

—Deberías buscarte una ocupación —le había dicho Gilbert con su manera vacilante.

Ella sonrió, preguntándose qué pensaría él si supiera la ocupación que había encontrado.

* * * *

La pequeña casa de Hoxton que daba refugio a May y a su abuelo se encontraba en una calle modesta y respetable, habitada principalmente por familias de la clase obrera. Aunque la vivienda era pequeña y humilde, estaba amueblada con un gusto impecable. Los muebles eran antiguos en el sentido más valioso y atractivo de la palabra.

El viejo Wing, recostado en su sillón, estaba sentado junto a un pequeño fuego en la habitación que servía a la vez de cocina y comedor. May trabajaba en su costura.

—Querida —dijo el anciano con su voz suave—, no creo que debas salir otra vez esta noche.

—¿Por qué no, abuelo? —preguntó la muchacha sin levantar la vista de su labor.

—Bueno, quizá sea egoísmo de mi parte —dijo él—, pero de algún modo no quiero quedarme solo. Espero una visita.

—¿Una visita?

Las visitas eran algo poco común en el número 9 de Pexton Street, Hoxton. La única visita que conocían era la del cobrador del alquiler, que aparecía con monótona regularidad cada lunes por la mañana.

—Sí —dijo su abuelo vacilando—. Creo que recuerdas al caballero; lo viste hace algún tiempo.

—¿No será el señor Standerton?

El anciano negó con la cabeza.

—No, no el señor Standerton —respondió—, pero recordarás que en Epsom, después de una carrera, un hombre bastante amable te ayudó a salir de entre la multitud.

—Lo recuerdo —dijo ella.

—Se llama Wallis —explicó el viejo—, y hoy me lo encontré por casualidad mientras hacía unas compras.

—Wallis… —repitió ella.

El anciano Wing permaneció callado un momento y luego preguntó:

—¿Crees, querida, que podríamos recibir un huésped?

—¡Oh, no! —protestó la muchacha—. ¡Por favor, no!

—Encuentro el alquiler bastante pesado —dijo su abuelo moviendo la cabeza—, y este señor Wallis es una persona tranquila y poco dada a causar problemas.

Pero la joven seguía sin convencerse.

—Preferiría que no —dijo—. Estoy segura de que podemos ganar lo suficiente para mantener la casa sin recurrir a eso. Los huéspedes son una molestia. No creo que a la señora Gamage le agradara.

La señora Gamage era la vecina apagada y descolorida que acudía cada mañana a ayudar con la casa.

La muchacha vio cómo el rostro del anciano se ensombrecía y se acercó a él, rodeándole los hombros con el brazo.

—No se preocupe, querido abuelo —dijo—. Si quiere un huésped, lo tendrá. Supongo que sería agradable que hubiera alguien en la casa que pudiera conversar con usted cuando yo salga.

Llamaron a la puerta.

—Debe de ser nuestra visita —dijo ella, y fue a abrir.

Reconoció al hombre que estaba en el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó él—. Quería ver a su abuelo por un asunto de negocios. Supongo que usted es la señorita Wing.

Ella asintió.

—Pase —dijo, conduciéndolo hasta la cocina.

—No les quitaré mucho tiempo —dijo el señor Wallis—. No, gracias, prefiero quedarme de pie. Quiero encontrar alojamiento tranquilo para un amigo mío. O mejor dicho —continuó—, es un hombre en quien tengo cierto interés; un individuo muy callado y serio que estará fuera la mayor parte del día, y posiblemente también la mayor parte de la noche.

Sonrió.

—Es un… —vaciló—. Es conductor de taxi, para ser exactos —dijo—, aunque no desea que eso se sepa demasiado porque ha conocido… eh… tiempos mejores.

—Sólo tenemos una habitación muy pequeña para ofrecerle a su amigo —dijo May—. Tal vez quiera verla.

Lo condujo al pequeño cuarto de huéspedes que utilizaban en rarísimas ocasiones para alojar a los pocos visitantes que habían tenido. La habitación estaba limpia y ordenada, y George Wallis asintió con aprobación.

—No podría desear nada mejor para mí mismo —dijo.

Él mismo ofreció pagar más de lo que ella había pedido, e insistió en adelantar un mes de renta.

—Le he dicho al hombre que venga; ya debería estar aquí. Si no les molesta, esperaré por él.

La espera no fue larga, porque pocos minutos después llegó el nuevo huésped. Era un hombre corpulento, con una espesa barba negra recortada muy corta, y el hecho de que fuera taciturno y parco en palabras parecía aumentar más que disminuir su valor como inquilino.

Wallis se despidió del anciano y de su nieta y, acompañado por el hombre, cuyo nombre había sido presentado poco prometedoramente como Smith, caminó hasta el final de la calle.

Tenía algo que decir, y aquello era importante.

—Te conseguí este lugar, Smithy —dijo mientras avanzaban lentamente hacia Hoxton High Street— porque es tranquilo y bastante seguro. La gente es respetable y nadie te molestará.

—No es probable que me den problemas, ¿verdad? —preguntó el hombre llamado Smith.

—Por ahora no —respondió el otro—, pero no sé exactamente cómo van a desarrollarse las cosas. Estoy preocupado.

—¿Y qué te preocupa?

George Wallis soltó una pequeña risa impotente.

—¿Por qué haces preguntas tan tontas? —dijo con irritación amistosa—. ¿No te das cuenta de lo que ha ocurrido? Alguien conoce nuestro juego.

—Bueno, ¿y por qué no dejarlo? —preguntó el otro con calma.

—¿Cómo vamos a dejarlo? Mi querido amigo, aunque en doce meses hemos acumulado un botín de bienes transportables lo bastante valioso para retirarnos todos, ninguno de nosotros está dispuesto a abandonar ahora mismo… Nos llevaría doce meses deshacernos del botín —dijo pensativamente.

—La verdad es que yo no sé exactamente dónde está —dijo Smith con una ligera sonrisa.

—Nadie lo sabe excepto yo —respondió Wallis frunciendo un poco el ceño —, y esa es precisamente la parte preocupante. Siento todo el peso de la responsabilidad sobre mí. Smithy, realmente nos están vigilando.

El otro sonrió.

—Eso no es nada nuevo —dijo.

Pero Wallis hablaba muy en serio.

—¿A quién sospechas? —preguntó.

El otro no respondió de inmediato.

—No sospecho; lo sé —dijo—. Hace unos meses, cuando Calli y yo estábamos haciendo un trabajo en Hatton Garden, nos interrumpió la llegada de un misterioso caballero que me observó abrir la caja fuerte y desapareció inmediatamente después. En ese momento no parecía especialmente hostil ni tener motivos ocultos. Ahora, por alguna razón que sólo él conoce, está trabajando contra nosotros. Ese es el hombre que tenemos que encontrar.

—¿Pero cómo?

—Pon un anuncio en el periódico —dijo el otro sarcásticamente—: "¿Quiere el caballero que sigue al señor Wallis revelar amablemente su identidad? No se tomará ninguna otra medida."

—Pero hablando en serio… —insistió el otro.

—Tenemos que descubrir quién es. Debe de haber alguna forma de tenderle una trampa. Pero lo único que podemos hacer —y debo hacerlo por mi propia seguridad— es reunirnos todos y repartir. Será mejor que nos encontremos.

Smith asintió.

—¿Cuándo?

—Esta noche —dijo Wallis—. Reúnete conmigo en…

Mencionó el nombre de un restaurante cerca de Regent Street.

Curiosamente, era el mismo restaurante donde Gilbert Standerton cenaba siempre solo.

CAPÍTULO X

EL COLLAR

La señora Cathcart se sorprendió bastante al recibir la invitación para la cena. Aquella misma mañana le había enviado a su hija un cheque por trescientas libras que había recibido de su corredor de bolsa, pero como las cartas se habían cruzado, un hecho no tenía relación con el otro.

No decidió inmediatamente aceptar la invitación. No estaba segura de en qué términos deseaba mantenerse con su nuevo yerno.

Sin embargo, fuera cuales fueran sus defectos, era una buena estratega, y nada ganaría rechazando la invitación, mientras que aceptarla podía traerle alguna ventaja.

Se sorprendió al encontrarse con el señor Warrell; sorprendida y un poco incómoda. Pero ahora que su hija sabía toda la verdad, no existía razón alguna para sentirse avergonzada.

Como era su costumbre, tomó el control del señor Warrell desde el momento mismo en que se encontraron en el pequeño salón de la casa de St. John’s Wood.

Fue una cena agradable. Gilbert se comportó como un anfitrión perfecto; parecía haber recuperado algo de su antiguo espíritu alegre. Warrell, recordando todo lo que la señora Cathcart le había contado, estaba atento para descubrir alguna señal de discordia entre marido y mujer, tanto más ansioso cuanto que, ante todo, era un hombre de negocios y deseaba hallar alguna justificación para la insinuación de la señora Cathcart de que las cosas no marchaban bien con Gilbert.

Leslie Frankfort, uno de los invitados, había sido interrogado por su socio sin que el hombre mayor consiguiera obtener información alguna que disipara las dudas que tenía en mente.

Leslie Frankfort, aquel joven jovial, estaba tan a oscuras como su socio. Le produjo cierta satisfacción descubrir que, al menos, no existía una perspectiva inmediata de ruina en el hogar de su amigo.

La cena fue perfecta. La comida era refinada y escogida por un auténtico gourmet, cosa que en efecto era, pues Gilbert había ayudado a su esposa a preparar el menú.

La conversación derivó perezosamente, como ocurre en esa clase de cenas, hacia los temas que hombres y mujeres discutían en miles de mesas de Inglaterra, y de manera natural terminó recayendo sobre la sorprendente serie de robos que recientemente se habían cometido en Londres.

Que el tema tomara esa dirección era quizá aún más natural porque la propia señora Cathcart había introducido con mucha audacia el asunto mencionando el robo en las oficinas de Warrell.

—No, en verdad —dijo el señor Warrell moviendo la cabeza—, lamento decir que no tenemos ninguna pista. La policía se ocupa del asunto, pero me temo que jamás encontraremos al hombre… o a los hombres… que cometieron el crimen.

—No supongo que les sirvieran de mucho aunque los encontraran —dijo Gilbert tranquilamente.

—No lo sé —replicó el otro—. Tal vez podríamos recuperar las joyas.

Gilbert Standerton soltó una risa, aunque se detuvo a la mitad.

—¿Joyas? —preguntó.

—¿No recuerdas, Gilbert? —intervino Leslie—. Te dije que teníamos un collar en la caja fuerte, propiedad de una clienta, una de esas damas aficionadas a especular que hacen negocios con nosotros.

Una mirada de advertencia de su socio lo hizo callar. La dama especuladora en cuestión se había puesto bastante roja y lanzó una mirada malévola al indiscreto joven.

—El collar era mío —dijo con acidez.

—¡Oh! —dijo Leslie, y decidió que la conversación ya no le interesaba demasiado.

Gilbert no sonrió ante el embarazo de su amigo.

—¿Un collar? —repitió—. Qué curioso… ¿suyo?

—Mío —repitió la señora Cathcart—. Lo dejé con Warrell como garantía. Magnífica garantía resultó ser —añadió.

Warrell se deshizo en disculpas. Estaba incómodo por más de una razón. Estaba muy molesto con aquel joven indiscreto que debía su posición predominante en la firma más a las acciones heredadas de su difunto padre que a su inteligencia o utilidad.

—¿Qué clase de collar era exactamente? —continuó Gilbert—. No vi ninguna descripción.

—No se publicó ninguna descripción —dijo el señor Warrell, acudiendo en ayuda de su clienta, de quien sabía, por señales infalibles, que estaba perdiendo la paciencia.

—Queríamos mantener el asunto en secreto para evitar que apareciera en los periódicos.

Edith desvió la conversación con tacto, y pocos minutos después todos estaban profundamente enfrascados en una cuestión que jamás deja de despertar gran interés: el problema abstracto de la Iglesia.

Conviene mencionar de paso que la señora Cathcart era una mujer muy destacada dentro de ciertos círculos religiosos y una ritualista extrema. Si a eso se añadía el amplio inconformismo protestante del señor Warrell y el franco escepticismo de Leslie, estaban reunidos todos los ingredientes para una discusión que, en círculos menos refinados, podría haber terminado casi en derramamiento de sangre.

Edith, al menos, se sintió aliviada. Por drástico que fuera el remedio, estaba completamente dispuesta a desestablecer la Iglesia de Gales o, si era necesario, la Iglesia de Inglaterra, antes que ver expuesta la imprudencia de su madre.

A pesar de las discusiones, del dogmatismo de la señora Cathcart, de las diatribas de Leslie y de la tolerancia bonachona del señor Warrell —actitud especialmente irritante para sus adversarios—, la cena terminó agradablemente y todos subieron al pequeño salón del piso superior.

—Me temo que tendré que dejarlos —dijo Gilbert.

Eran casi las diez y ya había advertido a su esposa que tenía un compromiso para más tarde.

—Creo que el viejo Gilbert se ha vuelto periodista —dijo Leslie—. Te vi la otra noche en Fleet Street, ¿verdad?

—No —respondió Gilbert secamente.

—Entonces debía de ser tu doble —dijo el otro.

Edith no había subido con los invitados. Justo antes de cenar, Gilbert le había pedido, algo vacilante, que le preparara unos emparedados.

—Puede que esté fuera gran parte de la noche —había dicho—. Un hombre quiere que vayamos en automóvil a Brighton para encontrarnos con alguien.

—¿Estarás fuera toda la noche? —preguntó ella, algo alarmada.

Él negó con la cabeza.

—No, volveré hacia las cuatro.

Tal vez pudiera haber pensado que aquella era una hora extraña para reunirse con alguien, pero no hizo comentario alguno.

Cuando los invitados subieron, recordó los emparedados y bajó a la cocina para comprobar si la cocinera ya los había preparado.

Los envolvió cuidadosamente y los guardó en una pequeña caja plana para sándwiches. Luego regresó al vestíbulo.

El abrigo de Gilbert colgaba en un perchero, y ella tuvo que meter la caja en uno de los bolsillos. Había un periódico estorbando; lo sacó, y notó que había algo más dentro, algo suelto e irregular.

Sonrió ante el desorden de él y metió la mano para retirar los objetos.

Entonces su rostro cambió.

¿Qué era aquello?

Sus dedos se cerraron sobre el objeto que estaba en el fondo del bolsillo y lo sacó.

Allí, claramente iluminado por la lámpara eléctrica sobre su cabeza, brillaba en la palma de su mano… ¡su collar de diamantes!

Por un momento el pequeño vestíbulo pareció balancearse a su alrededor, pero se sostuvo con esfuerzo.

¡Su collar!

No había duda. Lo giró con dedos temblorosos.

¿Cómo lo había conseguido? ¿De dónde había salido?

Un pensamiento cruzó su mente, pero era demasiado horrible para formularlo.

¿Gilbert… ladrón?

Era absurdo.

Intentó sonreír, pero no pudo.

Casi todas las noches él había salido. Todas las noches de la semana en que se había cometido el robo.

Escuchó pasos en la escalera y escondió el collar dentro del escote de su vestido.

Era Gilbert. Él no advirtió inmediatamente su expresión.

—Gilbert… —dijo ella, y algo en su voz lo alertó.

Él se volvió y la observó con atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Quieres venir un momento al comedor? —dijo ella.

Su voz le sonó lejana.

Sentía que no era ella quien hablaba, sino una tercera persona.

Él abrió la puerta del comedor y entró. La mesa seguía cubierta con los restos de la cena recién terminada. La cálida luz rosada de la lámpara caía sobre un hermoso caos de flores, plata y cristal.

Cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Esto —respondió ella con calma, sacando el collar de su vestido.

Él lo miró. Ni un músculo de su rostro se movió.

—¿Eso? —preguntó—. Bueno… ¿qué es eso?

—¡Mi collar!

—¿Tu collar? —repitió lentamente—. ¿Es el collar que perdió tu madre?

Ella asintió, sin confiar en su voz.

—Qué extraordinario…

Extendió la mano, tomó el collar y examinó el colgante de diamantes.

—¿Y este es tu collar? —dijo—. Bueno, eso sí que es una coincidencia notable.

—¿Dónde lo conseguiste? —preguntó ella.

Él no respondió de inmediato. La observaba con una mirada pétrea, una mirada sin expresión alguna y que no invitaba a especular.

—¿Dónde lo conseguí? —repitió serenamente—. ¿Quién te dijo que yo lo tenía?

—Lo encontré en tu bolsillo —dijo ella sin aliento—. Oh, Gilbert, no sirve de nada negar que lo tenías o que sabías que estaba allí. ¿Dónde lo conseguiste?

Otra pausa, y luego llegó la respuesta:

—Lo encontré.

Era una explicación débil y poco convincente, y él mismo lo sabía.

Ella repitió la pregunta.

—No estoy dispuesto a decírtelo —respondió con calma—. Supongo que piensas que lo robé. Probablemente imaginas que soy un ladrón.

Sonrió, pero los labios que se curvaron parecían duros.

—Lo veo en tus ojos —continuó—. Explicas mis ausencias de casa y mi renuncia al Foreign Office pensando que he adoptado una profesión más lucrativa.

Soltó una carcajada.

—Bueno, en cierto modo sí lo he hecho —dijo—. Aunque no exactamente el robo. Te aseguro —continuó con solemne ironía— que jamás he forzado una caja fuerte en mi vida. Te doy mi palabra de honor de que jamás he robado un solo objeto de…

Se interrumpió a sí mismo. Estuvo a punto de decir demasiado.

Pero Edith se aferró desesperadamente a la oportunidad que él le ofrecía.

—Oh, ¿de verdad quieres decir eso? —preguntó con ansiedad, apoyando ambas manos sobre el pecho de él—. ¿De verdad lo dices? Sé que es estúpido, absurdo y terriblemente desleal por mi parte sospechar algo tan horrible de ti… vulgar de mi parte, todo lo que quieras… pero realmente parecía… parecía, ¿no?

—Sí —admitió él gravemente—, lo parecía.

—¿No me dirás cómo llegó a tus manos? —suplicó ella.

—Te digo que lo encontré… y eso es verdad. No tenía intención… —se interrumpió otra vez—. Estaba… lo recogí en el camino, en una carretera rural.

—¿Pero no te sorprendió muchísimo encontrarlo? ¿Y no se lo dijiste a la policía?

Él negó con la cabeza.

—No —dijo—. No me sorprendió, y no avisé a la policía. Pensaba devolverlo, porque, después de todo, las joyas no tienen ningún valor para mí, ¿verdad?

—No te entiendo, Gilbert. —Ella movió la cabeza, confundida—. Nada tiene utilidad salvo aquello que te pertenece, ¿no es así?

—Eso depende —dijo tranquilamente—. Pero en este caso concreto te aseguro que traje esto esta noche con la intención de guardarlo en una

pequeña caja y enviarlo al Jefe de Policía. Puedes creerlo o no. Por eso me pareció tan extraordinario, durante la cena, que tu madre hubiera perdido un collar… y que yo hubiera encontrado uno.

Permanecieron mirándose. Él sostenía el collar en la palma de la mano, haciéndolo subir y bajar mecánicamente.

—¿Y qué vamos a hacer ahora con él? —preguntó ella. Estaba perpleja—. Realmente no sé qué aconsejar. —Vaciló—. Supongo que deberías cumplir tu intención y enviarlo a la policía.

—¡Oh! —recordó de pronto con gesto de alarma—. Prácticamente he robado trescientas libras.

—¿Trescientas libras?

Él observó la joya.

—Vale más que eso.

Ella le explicó brevemente cómo se había perdido el collar y cómo había terminado depositado en manos de la firma Warrell.

—Me alegra saber que la culpable fue tu madre. Temía que hubieras estado apostando.

—¿Eso te preocuparía? —preguntó ella rápidamente.

—Un poco —dijo él—. Basta con que un miembro de la familia juegue.

—¿Juegas mucho, Gilbert? —preguntó seriamente.

—Un poco —respondió.

—No “un poco” —lo corrigió ella—. Los negocios en la Bolsa son apuestas.

—Estoy tratando de ganar dinero para ti —dijo bruscamente.

Fue lo más cruel que le había dicho durante su corto matrimonio, y él advirtió inmediatamente que la había herido.

—Lo siento —dijo con suavidad—. Sé que soy un bruto, pero no quise lastimarte. Sólo estaba protestando en mi interior contra la injusticia de las cosas. ¿Te quedarás tú con esto o lo haré yo?

—Me lo quedaré yo —respondió ella—. Pero ¿no le dirás a la policía dónde lo encontraste? Tal vez podrían hallar también el producto de otros robos cerca de allí.

—Creo que no —contestó con una leve sonrisa—. No deseo atraer sobre mí la ira de esta banda en particular. Estoy convencido de que es una de las más poderosas y despiadadas que existen. Son casi las diez y media —dijo —; debo irme.

Le tendió la mano y ella la tomó. La sostuvo un momento más de lo habitual.

—Adiós —dijo—. Buena suerte, sea cual sea tu negocio.

—Gracias —respondió él.

Ella regresó lentamente junto a sus invitados. La situación no resultaba más fácil de comprender. Creía a su marido y, sin embargo, había una reserva en lo que él le había contado, una reserva que decía con tanta claridad como sus cautelosas palabras que podía haber revelado mucho más, de haber querido hacerlo.

No dudaba de su palabra cuando él aseguró que jamás había robado a nadie… ¿a quién iba a decir? Estaba más decidida que nunca a resolver aquel misterio, y después de que sus invitados se marcharon permaneció ocupada escribiendo cartas.

Apenas llevaba acostada un rato aquella noche cuando oyó sus pasos en la escalera y permaneció escuchando.

Él llamó suavemente a su puerta al pasar.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —respondió ella.

Oyó cerrarse con cuidado la puerta de su habitación y esperó media hora, hasta escuchar el clic del interruptor eléctrico que le indicó que ya estaba en la cama y había apagado la luz.

Entonces se levantó silenciosamente, se envolvió en su bata y bajó despacio las escaleras. Quizá su abrigo seguía colgado en el vestíbulo.

Era una idea salvaje y fantasiosa pensar que quizá hubiera traído alguna nueva prueba que pudiera ayudarla en su búsqueda de la verdad, pero los bolsillos estaban vacíos.

Sintió algo húmedo en la manga y dedujo que debía de estar lloviendo. Regresó a su habitación, cerró la puerta sin hacer ruido y se acercó a la ventana para mirar la calle.

La mañana era clara y las calles estaban secas.

Miró entonces sus manos.

¡Estaban manchadas de sangre!

Corrió de nuevo escaleras abajo y encendió la luz del vestíbulo.

Sí, allí estaba, en la manga del abrigo. Había pequeñas gotas de sangre sobre la alfombra de la escalera. Podía seguir su rastro hasta arriba.

Fue directamente a su habitación y llamó a la puerta.

Él respondió de inmediato.

—¿Quién es?

—Soy yo. Quiero verte.

—Estoy bastante cansado —dijo él.

—Por favor, déjame entrar. Quiero verte.

Probó la puerta, pero estaba cerrada con llave. Luego oyó crujir la cama cuando él se movió. Un instante después corrió el cerrojo y la luz apareció a través del tragaluz sobre la puerta.

Observó que estaba casi completamente vestido.

—¿Qué le pasó a tu brazo? —preguntó.

Estaba cuidadosamente vendado.

—Me lastimé. No es nada grave.

—¿Cómo te lastimaste? —preguntó ella con impaciencia.

Estaba agotando sus recursos. Deseaba que él dijera que había sido un accidente de taxi o uno de esos percances callejeros tan comunes en la ciudad, pero él no dio explicación alguna.

Pidió ver la herida. Él se mostró reacio, pero ella insistió. Finalmente desenrolló la venda y dejó ver un feo corte en el antebrazo. Era demasiado irregular para haber sido causado limpiamente por un cuchillo o por vidrio roto.

Había una segunda herida, del tamaño de una moneda, cerca del codo.

—Eso parece una herida de bala —dijo ella señalándola—. La bala rozó tu brazo y volvió a alcanzarte cerca del codo.

Él no respondió.

Ella trajo agua caliente del baño, limpió la herida, buscó en su habitación un ungüento calmante y la vendó lo mejor que pudo.

No volvió a mencionar las circunstancias en que había sido herido. Aquel no era el momento ni el lugar para discutirlo.

—Hay en ti una excelente enfermera desperdiciada —dijo él cuando terminó.

—Me temo que hay en ti un excelente hombre echado a perder —respondió ella en voz baja—, y me inclino bastante a pensar que yo he contribuido a arruinarlo.

—Sácate eso de la cabeza de una vez —dijo él casi con brusquedad—. Un hombre es lo que él mismo se hace. Ya conoces el dicho: el mal que haces entre dos, lo pagas tú solo; y aunque tú hubieras influido de algún modo en mi vida para mal, el responsable último y primero sigo siendo yo.

—No estoy tan segura de eso —dijo ella.

Le había improvisado un cabestrillo para sostenerle el brazo.

—Te casaste conmigo porque me amabas, porque me ofreciste todo aquello que una mujer sensata considera precioso y sagrado, y porque esperabas recibir algo a cambio. Yo no te he dado nada. Te humillé desde el principio al decirte por qué me había casado contigo. Tienes la dudosa satisfacción de

saber que llevo tu apellido. Tal vez sospechas a medias que vives con alguien que critica constantemente tus actos y tus intenciones. ¿No tengo entonces ninguna responsabilidad?

Hubo un largo silencio. Luego ella dijo:

—Haré siempre lo que tú quieras que haga.

—Sólo quiero que seas feliz —respondió él.

Su voz tenía aquel mismo tono duro y metálico que ella ya había notado antes.

Ella se ruborizó ligeramente. Le había costado mucho decir lo que había dicho, y él la había rechazado. Estaba en su derecho, pensó.

Lo dejó y no volvió a verlo hasta la mañana siguiente, cuando se encontraron en el desayuno. Intercambiaron unas pocas palabras de saludo y ambos dirigieron la atención a sus periódicos.

Edith leyó el suyo en silencio. Leyó dos veces, de principio a fin, la columna que significaba tanto para ella; luego dejó el periódico.

—Veo —dijo— que nuestros ladrones saquearon anoche el Banco de las Provincias del Norte.

—Eso leo —respondió él sin levantar la vista del periódico.

—Y que uno de ellos fue abatido por el guardia armado del banco.

—Eso también lo he leído —dijo su marido.

—Abatido —repitió ella, mirando el brazo vendado de Gilbert.

Él asintió.

—Creo que mi periódico es una edición más reciente que el tuyo —dijo suavemente—. El hombre al que dispararon murió. Encontraron su cuerpo dentro de un taxi. No mencionan su nombre, pero casualmente sé que se trataba de un caballero muy agradable y sonrosado llamado Persh. Pobre hombre —reflexionó—, fue justicia poética.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque él hizo esto —dijo Gilbert Standerton señalando su brazo con una sonrisa sombría.

CAPÍTULO XI

EL CUARTO HOMBRE

La noche de la pequeña cena ofrecida por Gilbert Standerton, el taxista de barba negra que había acudido a la casa cercana a Charing Cross Road en busca de instrucciones llegó a la puerta del número 43 y fue debidamente observado por el detective de guardia. Entró en la casa, permaneció ausente cinco minutos y volvió a salir conduciendo sin pasajero.

Diez minutos después, siguiendo una señal del detective, la casa fue visitada por tres agentes del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, y el misterio del taxista quedó resuelto para siempre.

Porque, en lugar de George Wallis, descubrieron sentado cómodamente en el salón del piso superior y leyendo una novela con evidente deleite, al mismo chófer barbudo.

—Es muy sencillo —dijo el inspector Goldberg—. El conductor llega y George Wallis está esperando dentro disfrazado exactamente igual que él. En cuanto entra y cierra la puerta, Wallis la abre, sale hacia el coche y se marcha conduciendo. Ustedes, vigilando desde fuera, pensaron que era el mismo conductor que regresaba.

Miró a su prisionero.

—Bien, ¿y qué piensa hacer? —preguntó el hombre barbudo.

—Me temo que no podemos hacer nada contra usted —dijo Goldberg con pesar—. ¿Tiene licencia?

—Claro que sí —respondió alegremente el conductor, sacándola.

—Podría acusarlo de asociación con criminales.

—Una acusación difícil de probar —dijo el barbudo—, más difícil todavía de conseguir una condena, y además quizá arruinaría por completo sus posibilidades de atrapar a George al final.

—Eso es cierto —admitió Goldberg—. De todos modos voy a buscar su taxi. Al menos puedo detener a George por conducir sin licencia.

El hombre negó con la cabeza.

—Lamento decepcionarlo —dijo con fingido pesar—, pero George también tiene licencia.

—¡El demonio que la tiene! —exclamó el desconcertado inspector.

—Curioso, ¿verdad? —dijo el barbudo—. George es terriblemente minucioso.

—Vamos, Smith —dijo el detective cordialmente—, ¿cuál es el juego? ¿Hasta dónde está metido en esto?

—¿En qué? —preguntó el hombre con expresión desconcertada.

Goldberg renunció a sacarle nada. Sabía que Wallis había escogido a sus asociados con sumo cuidado.

—De todos modos iré tras George —dijo—. Probablemente me está engañando con lo de la licencia. Una vez que lo tenga entre rejas quizá descubra algunas cosillas interesantes.

—Hágalo —dijo el conductor con sinceridad—. Lo encontrará en la parada de Haymarket hacia las diez y media de esta noche.

—Sí, ya lo sé —respondió el inspector con sarcasmo.

No tenía cargos ni orden de arresto, salvo la orden de registro que le daba derecho a entrar en la casa.

Smith, el conductor, fue dejado en libertad y se asignó un detective para seguirlo.

El éxito de aquella vigilancia puede juzgarse por el hecho de que a las diez y media de aquella noche el inspector Goldberg encontró el taxi que buscaba y, para su asombro, exactamente en el lugar donde Smith le había dicho que estaría. Y allí estaba sentado el conductor barbudo, con toda la aplomada tranquilidad de quien se aproxima al final de una jornada virtuosa y provechosa.

—Ahora, George —dijo jovialmente el inspector—, bájese de ahí y déjeme ver su licencia; si no está a su nombre voy a detenerlo.

El hombre no descendió, pero metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña cartera de cuero.

El inspector la abrió y leyó.

—¡Ah! —dijo triunfalmente—. Tal como pensaba, está expedida a nombre de Smith.

—Yo soy Smith —dijo serenamente el conductor.

—Bájese —ordenó el inspector.

El hombre obedeció. No cabía duda respecto a su identidad.

—Verá —explicó—, cuando puso a sus torpes sabuesos a seguirme, no tenía intención de molestar a George. Él es perfectamente capaz de cuidarse solo, y, por cierto, su licencia está expedida a su verdadero nombre, así que no hace falta que se preocupe por eso.

—Pero en cuanto vi que no confiaba en mí —dijo con aire de reproche—, pues me entró amor propio. Perdí a su ocupado hombre en Oxford Street y vine a recuperar mi taxi del desesperado criminal al que anda persiguiendo.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Goldberg.

—En su apartamento y, espero, en la cama a estas horas —respondió virtuosamente el barbudo.

Con eso tuvo que conformarse el inspector. Para asegurarse del todo regresó a la casa cercana a Charing Cross Road y encontró, tal como temía, al señor George Wallis, si no acostado, sí al menos vestido con bata, mientras el extremo de su pijama de seda sobresalía sobre unas enormes pantuflas de lana.

—Mi querido amigo —protestó cansadamente—, ¿nunca se me permitirá vivir tranquilo? ¿Debe seguir persiguiéndome el desafortunado pasado que arrastro, aun cuando me arrepiento y me esfuerzo por llevar la vida inofensiva que el Estado exige de sus ciudadanos?

—No dramatice, George —gruñó Goldberg—. Me ha tenido ocupado toda la noche siguiéndolo. ¿Dónde estuvo?

—He estado en un cine —dijo tranquilamente—, observando con interés comprensivo las luchas de un pobre pero honrado empleado bancario por conquistar a la hija de su rico y malvado patrón. He visto vaqueros

disparando sus revólveres y sheriffs cabalgando locamente por las llanuras. He recorrido, en fin, toda la gama de emociones que despierta el saludable cinematógrafo.

—Habla demasiado —dijo el inspector.

No perdió más tiempo y dejó a Wallis sofocando un bostezo soñoliento. Pero apenas se cerró la puerta tras el detective, Wallis se quitó la bata, arrojó el pijama y las pantuflas y, en pocos segundos, estuvo completamente vestido.

Desde la ventana delantera vio al pequeño grupo de detectives discutiendo el asunto y los observó avanzar lentamente hacia el final de la calle. Allí continuarían deliberando, y luego uno de ellos regresaría a vigilar; pero antes de que hubieran llegado al extremo de la calle, él ya había salido de la casa y caminaba rápidamente en dirección opuesta.

Había dejado una luz encendida para animar al vigilante. Tendría que arriesgarse a volver sin ser visto.

Se dirigió rápidamente hacia la estación del metro y, un cuarto de hora después, tras hacer prudentes transbordos, se encontraba en las inmediaciones de Hampstead. Bajó la colina hacia Belsize Park y tomó un taxi. Se había detenido en la estación para telefonear y había hecho tres llamadas distintas.

Poco después de las once se reunió con sus dos cómplices en la estación de Chalk Farm. Después de eso, se perdió todo rastro de ellos.

Hasta entonces, de manera vaga e insatisfactoria, el inspector Goldberg había logrado reconstruir los movimientos de Wallis aquella noche.

Tuvo que adivinar muchas cosas y aceptar otras por confianza, porque la presa había cubierto sus huellas con gran habilidad.

A medianoche, el guardia del Banco de las Provincias del Norte realizaba su ronda y subía los escalones de piedra que conducían desde la bóveda inferior cuando tres hombres se lanzaron sobre él, lo amordazaron y lo ataron con increíble rapidez.

No intentaron herirlo, pero con meticulosa eficacia lo dejaron en una posición que le impedía por completo ofrecer resistencia o pedir ayuda. Lo encerraron en una pequeña habitación normalmente ocupada por el subdirector del banco y procedieron a trabajar abajo.

—Este trabajo va a ser duro —dijo Wallis mientras dirigía la luz eléctrica hacia la reja de acero que protegía la entrada de la cámara acorazada.

Persh, el hombre corpulento que lo acompañaba, asintió.

—La reja no es nada —dijo—. Puedo abrirla.

—Busca las alarmas, Callidino —ordenó Wallis.

El pequeño italiano era un experto en sistemas de alarma y examinó científicamente la puerta.

—Aquí no hay nada —dijo con firmeza.

Persh, que era el mejor especialista en cerraduras del mundo, se puso a trabajar y en un cuarto de hora la verja se abrió.

Más allá, al final del pasillo, había una sencilla puerta verde que no ofrecía punto alguno donde hacer palanca con las herramientas que habían llevado. Además, la cerradura era extraordinaria, porque no estaba en la superficie de la puerta, sino dentro de una pequeña caja de acero situada en la habitación superior.

Pero el soplete comenzó a trabajar rápidamente. Wallis tenía un plano de la puerta cuidadosamente dibujado a escala y sabía exactamente dónde se encontraba el punto vital del enorme revestimiento de acero.

Trabajaron durante hora y media. Entonces Persh se detuvo bruscamente.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

Sin decir una palabra más, los tres hombres corrieron por el pasillo, subieron las escaleras hasta la gran oficina de la planta baja, con Persh a la cabeza.

Apenas apareció desde la escalera sonó un disparo y él se tambaleó. Creyó ver una figura moviéndose entre las sombras de la pared y disparó en esa dirección.

—¡Idiota! —dijo Wallis—. ¡Vas a hacer que rodeen todo el lugar!

Sonó otro disparo y esta vez no hubo duda sobre quién era el atacante. Wallis dirigió el potente haz de su linterna hacia la oficina. Con una mano libre y la otra sosteniendo un revólver, estaba agazapado cerca de la puerta el guardia que habían dejado inmovilizado.

Wallis apagó la luz cuando el hombre disparó de nuevo.

—¡Fuera de aquí, rápido! —gritó.

Huyeron por la parte trasera, subieron la pequeña escalera, atravesaron el tragaluz por donde habían entrado, recorrieron la estrecha cornisa y cruzaron la mercería que les había servido de acceso.

Persh estaba mortalmente herido, aunque realizó el esfuerzo supremo y final de su vida.

Vieron gente corriendo hacia el banco y oyeron el silbato de un policía; pero salieron juntos de la tienda del mercero, tranquilos y sin llamar la atención: tres respetables caballeros, uno de ellos aparentemente un poco ebrio.

Wallis detuvo un taxi y dio instrucciones detalladas. No hizo el menor intento de apresurarse mientras Callidino ayudaba al corpulento hombre a entrar en el vehículo; luego partieron lentamente.

En cuanto el taxi se puso en marcha, Persh se desplomó en un rincón.

—¿Te dieron? —preguntó Wallis ansiosamente.

—Estoy acabado, George… eso creo —susurró el hombre.

George examinó cuidadosamente la herida con su linterna y soltó una exclamación ahogada. Sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué haces? —preguntó débilmente Persh.

—Voy a llevarte al hospital —dijo Wallis.

—No harás nada semejante —dijo el otro con voz ronca—. Por Dios, no pongas en peligro a toda la banda por mí. Te digo que estoy acabado. Yo puedo…

No dijo una sola palabra más. Todos los músculos de su cuerpo parecieron relajarse de pronto y se desplomó pesadamente sobre el suelo.

Lo levantaron.

—¡Dios mío! —exclamó Wallis—. Está muerto.

Y muerto estaba, en efecto, Persh, aquel hombre afable y sonrosado.

* * * *

“La audaz tentativa de robo en el Banco de las Provincias del Norte continúa provocando gran comentario en los círculos financieros”, escribió el corresponsal del *Daily Monitor.*

“La policía ha realizado varios descubrimientos interesantes. No cabe ya ninguna duda de que los malhechores escaparon por medio de…” (seguía aquí una descripción bastante exacta del método utilizado para huir). “Lo que más interesa a la policía, sin embargo, es la evidencia obtenida acerca de la presencia de un cuarto hombre en el banco, cuya identidad todavía no ha sido aclarada. Este cuarto individuo parece no haber tomado parte en el robo y haber estado presente sin el conocimiento o sin el consentimiento de los ladrones.

“El guardia del banco, entrevistado esta mañana por nuestro representante, se mostró naturalmente reservado en interés de sus empleadores, pero confirmó el rumor de que el cuarto hombre, quienquiera que fuese, no se mostró hostil hacia él.

“Ahora se sabe que el guardia había sido atado y amordazado apresuradamente por los ladrones, quienes probablemente, sin proponérselo, dejaron a su víctima en grave peligro, pues la mordaza había sido colocada de tal manera que el desgraciado estuvo a punto de morir.

“Entonces, cuando se hallaba casi agonizante, apareció en escena el cuarto individuo, quien aflojó la mordaza y procuró ponerlo más cómodo. Era evidente que no pertenecía a la banda original de ladrones.

“Se ha sugerido la teoría de que aquella noche dos grupos independientes de delincuentes actuaban simultáneamente contra el banco. Sea cierta o no dicha hipótesis, debe rendirse homenaje a la humanidad del número cuatro.”

* * * *

—Así que eso era.

Wallis leyó aquella mañana el relato en su periódico sin resentimiento alguno. Aunque la noche había terminado desastrosamente para él, tenía motivos para sentirse satisfecho.

—Nunca me habría perdonado si hubiéramos matado a ese guardia —dijo a su compañero.

Tenía los ojos cansados y el rostro inusualmente pálido. Había pasado una noche agotadora. Ahora estaba sentado en su oficina de corredor clandestino, y su único acompañante era Callidino.

—Supongo que el pobre viejo Persh acabará por atraparnos —dijo.

—¿Por qué Persh? —preguntó el otro.

—El taxista podrá identificarnos como sus acompañantes. Me sorprende que no hayan venido ya. No sirve de nada huir. ¿Sabes? —preguntó de pronto—. Ningún hombre escapa jamás de la policía inglesa cuando ya lo conocen. Ahorra muchos problemas esperar a ver cómo se desarrollan las cosas.

—Creí que habías ido a la estación —dijo Callidino sorprendido.

—Y fui —respondió Wallis—. Fui allí a primera hora; de hecho, en cuanto tuve una excusa… para identificar a Persh. No tiene sentido fingir que no lo conocíamos. Lo único que podemos hacer es demostrar las coartadas necesarias. En cuanto a mí, estaba en la cama y dormido.

—¿Alguien te vio regresar? —preguntó Callidino.

Wallis negó con la cabeza.

—No. Dejaron a un hombre vigilándome, e hizo una cosa muy natural: caminar arriba y abajo por la calle. No hubo nada más fácil que avanzar detrás de él, en la misma dirección que llevaba, y colarme dentro justo cuando quise hacerlo.

Vigilar a alguien es un trabajo agotador, y muy pocos comprenden el esfuerzo físico que supone permanecer en una sola posición, con la atención fija en un único objetivo. Incluso la policía entrenada puede ser sorprendida de la manera más simple y, como dijo Wallis, no había tenido dificultad alguna para volver a la casa sin ser observado. El único peligro era que alguien hubiera llamado durante su ausencia.

—¿Y tú? —preguntó.

Callidino sonrió.

—Mi coartada es más compleja —dijo— y, al mismo tiempo, más sencilla. Mis excelentes compatriotas jurarán por mí. Estos napolitanos mienten con mucha facilidad.

—¿No eres napolitano?

—Siciliano —sonrió el otro—. ¡Napolitano!

El desprecio de su tono divirtió a Wallis.

—¿Quién es el cuarto hombre? —preguntó de pronto Callidino.

—Nuestro misterioso desconocido, estoy seguro de ello —dijo George Wallis sombríamente—. Pero ¿quién demonios es? Nunca he matado a un hombre en mi vida, hasta ahora, pero tendré que tomar medidas extraordinarias para satisfacer mi curiosidad respecto a él.

Permaneció un momento en silencio y luego añadió:

—Habrá que repartir el botín. Me ocuparé hoy mismo de ello. Persh tiene parientes en alguna parte del mundo, una hija o una hermana; deberá recibir su parte. Hay un falso abogado en Southwark que hará el trabajo por nosotros. Tendremos que inventar un tío que murió.

Callidino asintió.

—En cuanto a mí —dijo, levantándose y estirándose—, ya me llaman los viñedos del Sur. Me construiré una villa en Montecatini y beberé sus vinos, y otra junto al lago Maggiore para bañarme en sus aguas. No haré nada el resto de mi vida salvo comer, beber y bañarme.

—¡Una idea perfectamente espantosa! —dijo Wallis.

La cuestión del cuarto hombre lo inquietaba más de lo que admitía. Le estaba destrozando los nervios. A la policía la comprendía y estaba preparado para ella; incluso podía combatirla. Pero allí estaba el cuarto hombre, tan astuto como ellos, conocedor de sus planes, siguiéndolos y manteniéndolos bajo vigilancia. ¿Por qué? ¿Qué propósito tenía?

No dudaba de que el cuarto hombre era el mismo que los había observado en Hatton Garden.

Si aquello era un pasatiempo, se trataba de un pasatiempo extraordinario, y el hombre debía de estar loco. Si tenía un objetivo, ¿por qué no salía a la luz y lo admitía?

—Me pregunto cómo podré echarle mano —dijo medio en voz alta.

—Pon un anuncio buscándolo —dijo Callidino.

Una respuesta mordaz acudió a los labios del otro, pero se contuvo. Después de todo, había algo de razón en aquello. Podían hacerse muchas cosas a través de las columnas de la prensa diaria.

CAPÍTULO XII
EL LUGAR DONDE SE GUARDABA EL BOTÍN

“Que el intruso de Hatton Garden se comunique con el hombre que yacía en el suelo y acuerde una reunión. El hombre que yacía en el suelo tiene una propuesta que hacer y promete no causarle daño al intruso.”

Gilbert Standerton leyó el anuncio mientras desayunaba, y una leve sonrisa apareció en las comisuras de sus labios.

Edith advirtió aquella sonrisa.

—¿Qué te divierte, Gilbert? —preguntó.

—Un pensamiento —dijo él—. Creo que estos anuncios son muy graciosos.

Ella había visto la dirección de su mirada, anotó cuidadosamente la página del periódico y esperó una oportunidad para examinar por sí misma la causa de su diversión.

—Por cierto —dijo él descuidadamente—, hoy voy a ingresar dinero en tu cuenta bancaria.

—¿En la mía? —preguntó ella.

Él asintió.

—Sí. Últimamente he tenido bastante suerte en la Bolsa; gané doce mil libras con acciones ferroviarias americanas.

Ella lo miró fijamente.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—¿Qué otra cosa podría querer decir? —replicó él—. Verás, las acciones ferroviarias americanas han estado bastante inestables últimamente… y yo también. —Volvió a sonreír—. Entré cuando estaban bajas y salí cuando estaban altas. Aquí está el estado del corredor.

Lo sacó del bolsillo y se lo pasó por encima de la mesa.

—Siento —dijo, fingiendo humor— que deberías saber que no obtengo todos mis ingresos de mi nefasta profesión.

Ella no respondió. Sabía quién había sido el cuarto hombre. ¿Por qué había ido allí? ¿Cuál había sido su propósito?

Si hubiese sido detective, o si hubiese estado al servicio del Gobierno, lo habría confesado. El corazón se le había encogido cuando leyó la interesante teoría planteada por el periódico.

Él era el segundo ladrón.

Pensaba todo esto mientras el documento que él le había entregado reposaba sobre la mesa frente a ella.

El estado del corredor era bastante claro. Allí estaban las cantidades, columnas perfectamente trazadas y sumadas.

—Observarás que no lo he ingresado todo en tu cuenta —bromeó él—; una parte ha ido a la mía.

—Gilbert —preguntó ella—, ¿por qué me ocultas cosas?

—¿Qué te oculto? —preguntó él.

—¿Por qué me ocultas el hecho de que estuviste en el banco anteanoche, cuando ocurrió esa horrible tragedia?

No respondió inmediatamente.

—No te lo he ocultado —dijo—. Prácticamente lo admití… en un momento de descuido, lo confieso, pero lo admití.

—¿Qué hacías allí? —preguntó ella.

—Haciendo mi fortuna —dijo solemnemente.

Pero ella no se dejó desviar por su ligereza.

—¿Qué hacías allí? —repitió.

—Estaba observando trabajar a tres interesantes ladrones —dijo él—, igual que los he observado no una, sino muchas veces. Verás, estoy especialmente dotado en un aspecto. La naturaleza pretendía que yo fuese ladrón, pero la educación, la crianza y cierto sentido de la legalidad me lo impidieron. Soy un diletante: no cometo delitos, pero me interesan monstruosamente. Busco —dijo lentamente— descubrir qué fascinación ejerce el crimen sobre la

mente normal; además, tengo una razón especial para limitar la cantidad que esos hombres consiguen reunir.

El gesto confundido de ella le dolió. No quería inquietarla, pero ahora sabía demasiado y debía contarle más.

Había pensado que podría ocultárselo todo, pero las personas no pueden vivir juntas en una misma casa, interesarse por las entradas y salidas del otro, sin que algunos de sus secretos más preciados terminen revelándose.

—Lo que no puedo comprender… —dijo ella lentamente, sin encontrar cómo introducir un asunto tan delicado.

—¿Qué es lo que no puedes comprender? —preguntó él.

—No puedo comprender por qué abandonaste de pronto todos tus placeres habituales, por qué dejaste el Foreign Office, por qué renunciaste a la música y, sobre todo, por qué ese cambio en tu vida ocurrió inmediatamente después de que tocaran la “Melody in F”.

Él guardó silencio un momento y, cuando habló, su voz sonaba baja y turbada.

—No estás del todo en lo cierto —dijo—. Yo ya había comenzado mis observaciones sobre los métodos de los criminales antes de que tocaran esa melodía. —Hizo una pausa—. Admito que tenía cierto temor de que tarde o temprano la “Melody in F” sonara bajo mi ventana, y estaba haciendo una preparación a medias para afrontar ese mal día. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Dime esto —preguntó ella mientras él se levantaba—: si yo te hubiera amado y hubiera sido todo lo que deseabas… ¿habrías seguido este camino?

Él reflexionó un instante.

—No puedo decírtelo —respondió al fin—; posiblemente sí, quizá no. Sí —dijo, asintiendo lentamente—, habría hecho lo que hago ahora, sólo que me habría resultado más difícil si me hubieras amado. Tal como están las cosas… —se encogió de hombros.

Salió poco después, y ella encontró el periódico que había estado leyendo y descubrió sin dificultad el anuncio.

Entonces él era el intruso de Hatton Garden, y lo que había dicho era cierto. Había observado a aquellas personas, y ellas sabían que estaban siendo observadas.

Con la mente agitada, se sentó a unir los hilos del misterio. Cuando terminó, agotada, no estaba más cerca de resolverlo que al principio.

* * * *

Gilbert no tenía intención de pasar la noche fuera de su casa. Comprendía que su esposa se preocuparía y que tendría una queja legítima; aparte de eso, en cierto sentido se había domesticado, y aunque la vida que llevaba era inusual, tenía su encanto y su atractivo.

La idea de verla cada mañana, hablar con ella durante el día y saber que en ella tenía una amistad cada vez más cercana le resultaba particularmente grata.

Había ido a una pequeña oficina que alquilaba sobre una tienda en Cheapside, una oficina que su trabajo en la City había hecho necesaria.

Descerró la puerta del diminuto cuarto, situado en el tercer piso, y entró cerrando tras de sí. Había una o dos cartas que le habían llegado en calidad de arrendatario de la oficina. Eran principalmente comunicaciones de negocios y requerían poca o ninguna atención.

Se sentó en su escritorio para escribir una nota; pensó que quizá llegaría tarde aquella noche y quería explicar su ausencia. Su esposa ocupaba un lugar definido en su vida y, aunque no ejercía ningún derecho sobre sus movimientos, podía esperar razonablemente ser informada de sus planes inmediatos.

Apenas había puesto la pluma sobre el papel cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Gilbert con cierta sorpresa.

No era habitual que la gente fuera a visitarlo allí. Esperaba ver a algún vendedor ambulante buscando un pedido, pero el hombre que entró no era nada tan vulgar. Gilbert lo conocía como el señor Wallis, un hombre afable y agradable.

—Tome asiento, ¿quiere? —dijo, sin alterar un músculo del rostro.

—Quiero verlo, señor Standerton —dijo Wallis, sin hacer ademán de sentarse—. ¿Le importaría venir a mi oficina?

—Creo que puedo atenderlo aquí —dijo Gilbert con calma.

—Prefiero verlo en mi oficina —respondió el hombre—. Allí es menos probable que nos interrumpan. Supongo que no tendrá miedo de venir —añadió con un amago de sonrisa.

—No me dejaré provocar para que vaya, desde luego —sonrió Gilbert—; pero puesto que esta oficina no es precisamente amplia ni propicia para pensamientos expansivos, iré con usted. Supongo que piensa hacerme partícipe de sus confidencias.

Miró extrañamente al otro hombre y Wallis asintió.

Los dos abandonaron juntos la oficina y Gilbert se preguntó exactamente qué propuesta pensaba hacerle el otro.

Diez minutos después estaban en el almacén de St. Bride Street, aquella excelente Agencia de Cajas Fuertes cuyo negocio, al parecer, crecía a pasos agigantados.

Gilbert Standerton miró alrededor. El gerente estaba allí, modelo de respetabilidad. Saludó cortésmente a Wallis y quizá se mostró algo sorprendido de verlo, pues el propietario de la Agencia de Cajas Fuertes St. Bride era un visitante poco frecuente.

—¿Mi oficina, quizá? —sugirió Wallis.

Cerró la puerta tras ellos.

—Ahora bien, ¿qué es exactamente lo que quiere? —preguntó Gilbert.

—¿Quiere un cigarro? —El señor Wallis le acercó la caja.

Gilbert sonrió.

—No tiene que temerles —dijo Wallis con un destello divertido en los ojos —. No tienen nada raro ni sospechoso; son de mi marca especial.

—No fumo cigarros —dijo Gilbert.

—Mentira número uno —replicó Wallis alegremente—. Este es un comienzo prometedor para un intercambio de confidencias. Ahora bien, señor Standerton, vamos a hablar con absoluta franqueza el uno con el otro; al menos yo voy a ser completamente franco con usted. Espero que corresponda, porque creo merecer algo. Usted sabe muchísimo sobre mí y yo sé muy poco sobre usted; sería justo equilibrar las cosas.

—Lo escucho —dijo Gilbert—, y si veo alguna ventaja en ello puede estar seguro de que actuaré conforme a su sugerencia.

—Hace algunos meses —dijo el señor Wallis, dando lentas bocanadas a su cigarro y observando atentamente el techo—, uno de mis amigos y yo estábamos ocupados en un trabajo científico.

Gilbert asintió.

—En mitad de aquel trabajo fuimos interrumpidos por un caballero que, por razones que solo él conoce, ocultó modestamente su rostro tras una máscara. —Se encogió de hombros—. Lamento el melodrama, pero aplaudo la discreción. Desde entonces —continuó—, los esfuerzos de mis amigos en su científica búsqueda de riqueza han sido obstaculizados y entorpecidos por ese mismo caballero. A veces lo hemos visto y otras veces solo hemos descubierto su presencia después de retirarnos del escenario de nuestro trabajo. Ahora bien, señor Standerton, este joven puede tener excelentes razones para todo lo que hace, pero está poniendo seriamente en peligro nuestra seguridad.

—¿Quién es ese joven? —preguntó Gilbert Standerton.

—Ese joven —dijo el señor Wallis, sin apartar los ojos del techo— es usted.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Gilbert con tranquilidad.

—Lo sé —dijo el otro con una sonrisa—, y asunto concluido. Curiosamente puedo demostrarlo sin haber visto jamás su rostro. —Sacó una almohadilla de tinta del extremo del escritorio—. ¿Quiere dejar una pequeña huella digital sobre esta hoja de papel? —preguntó, ofreciéndole una hoja.

Gilbert negó con la cabeza, sonriendo.

—No veo razón alguna para hacerlo —dijo fríamente.

—Exactamente. Si lo hiciera, encontraríamos una huella muy interesante con la cual compararla. Aquí, en la oficina —continuó el señor Wallis—, tenemos una gran caja fuerte que lleva algunos meses en nuestro poder.

Gilbert asintió.

—Propiedad de un cliente que posee las llaves —dijo.

—Exactamente —dijo Wallis—. Recuerda mi mentira al respecto. Hay tres juegos de llaves para esa caja fuerte y una combinación. Dije tres —se corrigió cuidadosamente—; en realidad son cuatro. Por un acto de enorme descuido de mi parte, dejé las llaves de la caja fuerte en el bolsillo de mi abrigo, aquí mismo, en esta oficina, hace tres semanas.

—Debo confesar —dijo con una sonrisa— que no sospechaba que usted tuviera un conocimiento tan completo de mis actividades y de mis muchos secretos. Recordé mi torpeza a las once de aquella noche y regresé a buscar lo que había olvidado. Encontré las llaves exactamente donde las había dejado, pero alguien más también las había encontrado, y ese alguien había tomado una impresión en cera de ellas. Además —se inclinó hacia Gilbert, bajando la voz—, desde entonces ese mismo individuo ha adquirido la costumbre de venir a este lugar todas las noches por razones propias. ¿Sabe usted cuáles son esas razones, señor Standerton?

—¿Elegir una caja fuerte? —sugirió Gilbert irónicamente.

—Viene a robarnos el fruto de nuestro trabajo —dijo Wallis.

Sonrió al decir aquellas palabras porque poseía sentido del humor.

—Algún individuo que tiene conciencia o cierto sentido de rectitud que le impide convertirse en ladrón profesional se dedica a la fascinante ocupación de robar al ladrón. En otras palabras, unos veinte mil libras en efectivo han desaparecido de mi caja fuerte.

—Prestadas, no me cabe duda —dijo Gilbert Standerton, reclinándose en la silla con las manos hundidas en los bolsillos y una expresión dura en el rostro.

—¿Qué quiere decir con “prestadas”? —preguntó Wallis sorprendido.

—Prestadas por alguien que necesita desesperadamente dinero; alguien que entiende la Bolsa mucho mejor que muchos de los hombres que la estudian profesionalmente; alguien cuyo conocimiento le permitiría especular grandes sumas con mínimas probabilidades de pérdida y que, aun así, teme perjudicar a algún corredor desafortunado en caso de fracasar.

Se inclinó hacia Wallis, apoyando el codo sobre el escritorio, el rostro medio apartado del otro. Había oído cerrarse con estrépito la puerta exterior y sabía que ahora estaban solos y que Wallis lo había dispuesto así.

—Necesitaba dinero desesperadamente —dijo—. Podría haberlo robado fácilmente. Tenía intención de robarlo. Lo observé durante un mes. Llevo años observando criminales. Conozco tantos trucos del oficio como usted. Recuerde que trabajé en el Foreign Office, en ese departamento que se ocupaba principalmente de delincuentes extranjeros, y que prácticamente era un oficial de policía, aunque sin autoridad alguna.

—Ya sabía todo eso —dijo Wallis.

Sentía curiosidad; deseaba información para su uso inmediato y también deseaba ampliar su conocimiento sobre la naturaleza humana.

—Soy un ladrón… en efecto. La razón no le concierne.

—¿Tuvo algo que ver la “Melodía en Fa”? —preguntó secamente el otro.

Gilbert Standerton se puso en pie de un salto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Exactamente lo que digo —respondió el otro, observándolo atentamente —. Tengo entendido que tenía un deseo excéntrico de escuchar esa melodía. ¿Por qué? Debo confesar que siento curiosidad.

—Reserve su curiosidad para asuntos que le conciernan —dijo el otro bruscamente—. ¿Dónde lo averiguó? —añadió, y Wallis soltó una carcajada.

—Tenemos fuentes de información… —comenzó pomposamente.

—Oh, sí —asintió Gilbert—, claro, su amigo Smith se hospeda con los Wing. Lo había olvidado.

—¿Mi amigo Smith? Supongo que se refiere a mi chófer.

—Me refiero a su cómplice, el cuarto miembro de su banda, el hombre que nunca aparece en ninguno de sus golpes y que, bajo diversos disfraces, está sentando las bases para futuros robos. Oh, conozco perfectamente este lugar —dijo, haciendo un gesto alrededor de la tienda—. Conozco este plan de Agencia de Cajas Fuertes; es ingenioso, pero no original. Creo que se hizo hace algunos años en Italia. Ustedes venden cajas fuertes a mansiones campestres, las ofrecen a precios ridículos, y el resto es sencillo. Tienen las llaves y, en cualquier momento, pueden entrar en una casa donde hayan vendido una de esas cajas con la certeza de que todas las joyas y bienes portátiles estarán reunidos en un solo lugar y al alcance de la mano.

Wallis asintió.

—Muy bien, amigo mío —dijo—. No necesito información sobre mí mismo. ¿Quiere explicarme exactamente qué papel desempeña usted? ¿Está bajo la impresión de que figura entre los honestos?

—No lo estoy —dijo secamente el otro—. La moralidad de mis acciones no tiene absolutamente nada que ver con este asunto. No me hago ilusiones.

—Es usted un hombre afortunado —dijo George Wallis con aprobación—. Pero dígame, por favor, qué papel está desempeñando y cómo justifica su acción de retirar periódicamente grandes sumas de dinero de nuestra posesión para guardarlas en algún depósito secreto suyo.

—No la justifico —dijo Gilbert.

Se levantó y comenzó a pasearse por la pequeña oficina mientras el otro lo observaba atentamente.

—Le digo que sé perfectamente que, en intención, soy un ladrón, pero estoy siguiendo un plan.

Se volvió hacia el otro.

—¿Sabe que no hay un solo robo cometido por ustedes cuyos efectos exactos yo desconozca? ¿Que no hay una sola joya robada cuyo propietario y valor exacto yo ignore? Sí —asintió—, sé que no han “reducido” —ese es el término, ¿no?— ni una sola pieza y que las guardan todas almacenadas

en su escondite seguro. Espero, con un poco de fortuna, no solo compensarlos por lo que les he tomado, sino devolver cada penique de lo que ustedes han robado.

Wallis se sobresaltó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—A sus legítimos dueños —continuó Gilbert serenamente—. He tratado de ponerme en posición de decirle: “Aquí tiene un collar perteneciente a Lady Dynshird; vale cuatro mil libras. Le daré un precio justo por él, digamos mil —más de lo que podría obtener vendiéndolo—, y lo devolveremos a su propietaria.” Quiero decirle: “He tomado diez mil soberanos en lingotes y billetes franceses de su depósito; aquí está esa suma para usted y aquí otra igual que será devuelta a las personas a quienes se la quitaron.” He llevado una cuenta minuciosa de cada penique que han robado desde que me uní a su banda como miembro no oficial.

Sonrió sombríamente.

—Mi querido Quijote —dijo George Wallis arrastrando las palabras con tono de protesta—, se está imponiendo una tarea imposible.

Gilbert Standerton negó con la cabeza.

—De ningún modo —dijo—. He ganado mucho más dinero en la Bolsa del que jamás pensé poseer en mi vida.

—¿Me dirá esto? —preguntó el otro—. ¿Cuál es la explicación de este repentino deseo suyo de riqueza? Porque deduzco que fue un deseo repentino.

—Eso no puedo explicarlo —dijo Gilbert, y su tono no admitía discusión.

Hubo una breve pausa y luego George Wallis se levantó.

—Creo que será mejor que ahora nos entendamos —dijo—. Nos ha quitado cerca de veinte mil libras… veinte mil libras de nuestro dinero borradas de la existencia.

Gilbert negó con la cabeza.

—No, no se ha perdido ni un penique. Le digo que lo utilicé como reserva por si llegaba a necesitarlo. De hecho, ya no lo necesitaré ahora —sonrió—. Podría devolvérselo esta misma noche.

—Me obligaría mucho si lo hiciera —dijo el otro.

Gilbert lo miró.

—Me cae bastante bien, Wallis —dijo—. Hay algo admirable en usted, bribón como es.

—Bribones como somos —corrigió Wallis—. Usted, que no se hace ilusiones, no empiece a fabricarse una ahora.

—Supongo que tiene razón —dijo el otro sombríamente.

—¿Y cómo va a terminar todo esto? —preguntó Wallis—. ¿Cuándo repartimos, y está dispuesto a continuar indefinidamente con este arreglo de alma noble mientras exista mi firma?

Standerton negó con la cabeza.

—No —dijo—. Su negocio termina esta noche.

—¿Mi negocio? —preguntó Wallis, sorprendido.

—Su negocio —repitió el otro—. Ya ha ganado suficiente dinero para retirarse. Salga de esto. Yo he ganado suficiente dinero para comprar toda su mercancía al precio correspondiente —sonrió otra vez— y para devolver hasta el último penique de lo que usted ha robado. Pensaba venir a hacerle esa propuesta dentro de unos días.

—¿Y entonces terminamos esta noche? —meditó Wallis—. Mi querido amigo —dijo alegremente—, esta noche voy tras el golpe más maravilloso de todos. Se reiría si supiera quién es mi víctima prevista.

—Últimamente no me río con facilidad —dijo Gilbert—. ¿Quién es?

—Se lo diré en otra ocasión —contestó Wallis.

Caminó hacia la puerta de la oficina con las manos en los bolsillos. Se detuvo un momento admirando una enorme caja fuerte y silbando una melodía.

—¿No le parece una excelente idea la mía? —preguntó con el aire despreocupado de un propietario suburbano mostrando un nuevo invernadero de pepinos—. ¿Esta caja fuerte?

—Me parece excelente.

—El negocio va bien —dijo Wallis con pesar—. Es una lástima abandonarlo después de tanto trabajo. Verá, quizá no vendamos media docena de cajas fuertes al año a la clase adecuada de personas, pero si vendemos una sola… ¡ya cubrimos gastos! Es tan simple —dijo.

—Por cierto, ¿echó de menos un collar que fue devuelto a la policía? No se disculpe.

Levantó la mano.

—Entiendo que es un asunto familiar. Lamento haberle ocasionado molestias.

La cortesía irónica del hombre divirtió al otro.

—No era una cuestión familiar —dijo—. No tenía idea de quién era el propietario; simplemente alguien había sido muy descuidado. Encontré el collar fuera de la caja fuerte. Evidentemente habían escondido unas pertenencias con prisa y aquello se cayó.

—Le estoy muy agradecido —dijo Wallis—. Retiró lo que podría haber sido una gran tentación para el honrado señor Timmings.

Sacó una llave del bolsillo, giró la combinación y abrió la caja fuerte. A primera vista no había nada que sugiriera que aquel era el almacén del ladrón más famoso de Londres. Cada objeto estaba cuidadosamente envuelto y empaquetado. Cerró la puerta otra vez.

—Eso es solo la mitad del tesoro —dijo.

—¿Solo la mitad? ¿Qué quiere decir?

Gilbert estaba genuinamente sorprendido, y una leve sonrisa burlona apareció en la boca del otro.

—Pensé que eso lo inquietaría —dijo—. Eso es solo la mitad. Voy a mostrarle algo. Ya que sabe tanto, ¿por qué no habría de saberlo todo?

Regresó a la oficina. Una puerta conducía a otra habitación. La abrió y pasó al interior, seguido por Gilbert. Dentro había un pequeño cuarto iluminado por un tragaluz. El centro de la habitación estaba ocupado por lo que parecía una gran jaula. En realidad era una reja de acero, de las que algunas firmas francesas venden para rodear cajas fuertes.

—Una jaula muy bonita —dijo admirativamente el señor Wallis.

Abrió la pequeña puerta de acero y entró; Gilbert entró detrás de él.

—¿Cómo la hicieron entrar? —preguntó Gilbert con curiosidad.

—La trajeron por piezas y acaba de montarse para mostrársela a un cliente. Es muy fácil desmontarla, y dos o tres mecánicos podrían retirarla en un día.

—¿Este es su otro departamento? —preguntó Gilbert secamente.

—En cierto sentido lo es —dijo Wallis—, y voy a mostrarle por qué. Si va hasta la esquina y baja la primera barra verá algo que quizá nunca haya visto antes.

Gilbert iba ya a mitad de camino hacia la esquina cuando comprendió la transparencia de la trampa. Se volvió rápidamente, pero un revólver apuntaba directamente a su corazón.

—Levante las manos, señor Gilbert Standerton —dijo George—. Puede que sus intenciones de repartir honestamente sean sinceras, pero pensaba que preferiría terminar el trabajo de esta noche antes de retirarme del negocio. Verá, será justicia poética. Su tío…

—¡¿Mi tío?! —dijo Gilbert.

—Su tío —asintió el otro—, un admirable aunque irritable caballero anciano que ha depositado en una de nuestras mejores cajas fuertes joyas por valor de casi un cuarto de millón de libras: los famosos diamantes Standerton, que supongo heredará algún día.

—¿No es justicia poética? —preguntó mientras retrocedía hacia la salida, sin dejar de apuntar a su prisionero—. ¿Robarle un poco a usted? Tal vez —continuó con humor sombrío— yo también tenga conciencia e intente devolverle la propiedad que esta noche voy a robar.

Cerró la reja con estrépito, la aseguró con doble cerradura y caminó hacia la puerta que conducía a la oficina.

—Permanecerá aquí cuarenta y ocho horas —dijo—. Al final de ese tiempo será liberado… tiene mi palabra. Puede resultar incómodo para usted, pero en esta vida ocurren muchas cosas incómodas que debemos soportar. Lo encomiendo a la Providencia.

Salió y estuvo ausente un cuarto de hora.

Gilbert pensó que se había marchado, pero regresó cargando una gran jarra de café, dos termos nuevos de un cuarto y dos paquetes que resultaron ser emparedados.

—No puedo dejarlo morir de hambre —dijo—. Será mejor que mantenga el café caliente. Va a esperar mucho tiempo y, como podría tener frío, le he traído esto.

Regresó a la oficina y sacó dos pesados abrigos, que empujó entre las barras.

—Eso es muy decente de su parte —dijo Gilbert.

—En absoluto —respondió el cortés señor Wallis.

Gilbert estaba desarmado y, aun si hubiera tenido un arma, no le habría servido de nada.

La pistola no había abandonado la mano de Wallis, y aun mientras le pasaba la comida por entre la reja, la culata de la Colt automática seguía firmemente sujeta en su palma.

—Le deseo muy buenas noches. Si quiere enviarle una nota perfectamente inocua a su esposa diciendo que está demasiado ocupado para regresar, estaré encantado de asegurarme de que se entregue.

Le pasó entre las barras una hoja de papel y una pluma estilográfica. Era un gesto considerado, y Gilbert lo apreció.

Aquel hombre, bribón como era, poseía instintos más nobles que muchos que jamás habían cruzado los límites de la ley.

Escribió apresuradamente una nota disculpándose, dobló la hoja y la metió en el sobre, sellándolo antes de darse cuenta de que su captor querría leerla.

—Lo siento mucho —dijo—, pero puede abrirlo; el pegamento todavía está húmedo.

Wallis negó con la cabeza.

—Si me asegura que no ha escrito nada más de lo que le pedí o de lo que esperaba que escribiera, eso es suficiente —dijo.

Y así dejó a Gilbert solo y con mucho en qué pensar.

CAPÍTULO XIII.
EL HOMBRE QUE HACÍA TESTAMENTOS

El general sir John Standerton era un hombre de temperamento odioso e irascible. Se alegaba en su favor que había pasado la mayor parte de su vida en la India, país calculado para arruinar hasta la disposición más dulce. Era soltero y vivía solo, salvo por un pequeño ejército de sirvientes. Había rebautizado la mansión campestre que compró veinte años antes: ahora era conocida de un extremo al otro del país como *La Residencia*, y allí mantenía una existencia casi feudal.

Sus enemigos decían que mantenía completo su batallón de criados para tener siempre a alguien a mano a quien insultar, pero aquello era claramente malicia. También se decía que cada año una nueva firma de abogados trabajaba para él, y era cierto que cambiaba de banco con extraordinaria rapidez.

Leslie Frankfort desayunaba con su hermano una mañana en su pequeña casa de Mayfair. Jack Frankfort era un joven abogado en ascenso y miembro de la firma que, en ese momento, representaba a sir John Standerton.

—Por cierto —dijo Jack Frankfort—, esta tarde voy a ver a un viejo amigo tuyo.

—¿Quién es mi viejo amigo?

—El viejo Standerton.

—¿Gilbert?

Jack Frankfort sonrió.

—No, el terrible tío de Gilbert; estamos trabajando para él por ahora.

—¿Y cuál es el motivo de la visita?

—Un testamento, muchacho; vamos a redactar un testamento.

—Me pregunto cuántos testamentos habrá hecho el viejo —reflexionó Leslie—. ¡Pobre Gilbert!

—¿Por qué pobre Gilbert? —preguntó el otro, sirviéndose mermelada.

—Porque fue heredero de su tío durante unos diez minutos.

Jack soltó una carcajada.

—Todo el mundo es heredero del viejo Standerton durante diez minutos —dijo.

—Creo sinceramente que ha dejado dinero a todos los hospitales, refugios para perros, refugios para gatos y toda institución extravagante que el mundo haya conocido en los últimos veinte años, y hoy está haciendo otro testamento.

—Habla bien de Gilbert —dijo Leslie sonriendo.

El otro gruñó.

—No hay posibilidad de hablar bien de nadie. El viejo Tomlins, que trabajó para él la última vez, decía que la mayor dificultad al redactarle un testamento al viejo mendigo era terminar uno antes de que al anciano se le ocurriera otro. De todos modos, ahora está obsesionado con hacer un testamento y voy a verlo. ¿Vienes?

—¿Conoces al viejo caballero?

—¡Ni hablar! —dijo el otro apresuradamente—. ¡Claro que lo conozco, y él me conoce a mí! Sabe que soy amigo de Gilbert. Una vez me alojé con él unos dos días. Por el amor de Dios, no confieses que eres mi hermano o buscará otra firma de abogados.

—No suelo presumir de mi parentesco contigo —dijo Jack.

—Eres un demonio ofensivo —dijo el otro admirativamente—. Pero supongo que tienes que serlo, siendo abogado.

Jack Frankfort viajó aquella tarde a Huntingdon en compañía de un hombre agradable con quien entabló conversación sin ninguna de esas incómodas formalidades que vuelven tan insoportable al pasajero inglés promedio.

Aquel caballero parecía haber estado en todas partes del mundo y conocía a muchas personas conocidas de Jack. Conversó durante una hora sobre

lugares extraños de la tierra, y cuando el tren se detuvo en la pequeña estación donde el señor Frankfort debía bajar, el otro lo acompañó.

—Qué coincidencia tan extraordinaria —dijo cordialmente el desconocido —. Yo también bajo aquí. Este es un pueblo bastante raro, ¿no le parece?

Podía describirse como “raro”, pero era muy agradable y poseía una de las posadas más cómodas de Inglaterra.

Los compañeros de viaje terminaron alojados en habitaciones contiguas.

Jack Frankfort había esperado concluir sus asuntos antes de la noche y regresar a Londres en un tren tardío, pero sabía que sería imprudente confiar en la rapidez del anciano.

De hecho, apenas llevaba un cuarto de hora en el hotel cuando recibió aviso desde *La Residencia* de que sir John no podría recibirlo hasta las diez de aquella noche.

—Eso acaba con toda idea de volver a Londres —dijo Jack desesperadamente.

Se encontró con su compañero de viaje durante la cena.

Aunque no conocía especialmente bien las costumbres de sir John, sabía que una de sus manías era cenar tarde y, como no deseaba pasar una noche hambrienta, adelantó media hora el horario habitual de cena del pequeño hotel.

Explicó aquello disculpándose ante el hombre afable sentado frente a él, mientras discutían sobre un capón perfectamente asado.

—A mí me viene muy bien —dijo el otro—. Tengo mucho trabajo que hacer por los alrededores. Verá —explicó—, soy el propietario de la Agencia de Cajas Fuertes.

—¿Agencia de cajas fuertes? —repitió el otro con sorpresa.

El hombre asintió.

—Parece un negocio extraño, pero es bastante amplio —dijo—. Nos dedicamos principalmente a cajas fuertes y cámaras de seguridad, nuevas o de segunda mano. Tenemos un establecimiento bastante grande en Londres;

pero no voy a exceder los límites de la cortesía —sonrió— intentando venderle parte de mi mercancía.

Frankfort se divirtió.

—Agencia de cajas fuertes —dijo—. Uno nunca imagina que haya dinero en algo así.

—Uno no imagina que haya dinero en ninguna rama del comercio —dijo el otro—. Los negocios lucrativos que resultan atractivos son aquellos donde uno ve cómo la inteligencia se convierte directamente en dinero.

—¿Como cuáles?

—Como el negocio de un abogado —sonrió el otro—. Oh, sí, sé que usted es abogado; tiene el tipo. Y lo habría sabido aunque no hubiese visto su cartera y luego su nombre.

Jack Frankfort rio.

—Es usted lo bastante agudo como para ser abogado —sugirió.

—Se está haciendo un cumplido a sí mismo —dijo el otro.

Más tarde, en la calle principal, cuando llamaba un coche para ir a *La Residencia*, Jack notó un gran camión cubierto que llevaba solo una sencilla inscripción en el costado: “Compañía de Cajas Fuertes St. Bride”.

También vio a su agradable compañero hablando con intensidad con el chófer barbudo.

Poco después el camión avanzó por las estrechas calles del pueblo y tomó la carretera de Londres.

Jack Frankfort no tuvo tiempo de especular sobre las oportunidades de vender cajas fuertes que ofrecía el pequeño pueblo porque, cinco minutos después, ya se encontraba en el estudio de sir John Standerton.

El viejo general era del tipo frecuentemente caricaturizado en las revistas humorísticas. Era corpulento y de rostro rojo, y llevaba una estrecha franja de patillas blancas recortadas que terminaban abruptamente debajo de las orejas y continuaban en un salvaje bigote blanco atravesándole el rostro. Era calvo, salvo por un pequeño borde de cabello blanco que iba de sien a

sien pasando por la nuca, y su conversación podía describirse como una sucesión de explosiones.

Miró desde debajo de sus feroces cejas cuando el joven entró al estudio y lo examinó.

Estaba acostumbrado a los abogados. Había tratado toda clase de ellos y los había dividido en dos categorías bien definidas: bribones o idiotas. No existía término medio para aquel anciano, y no tenía duda de que Jack Frankfort, un joven de aspecto astuto, pertenecía a la primera categoría. Lo intimidó hasta hacerlo sentarse.

—Quiero verlo acerca de mi testamento —dijo—. Últimamente he estado pensando seriamente en reorganizar la distribución de mi propiedad.

Aquella era su fórmula invariable. Pretendía transmitir la impresión de que había llegado a aquel estado mental tras una larga y cuidadosa reflexión y que hacer testamentos era un asunto serio e importante, quizá para realizarse una o dos veces en la vida de un hombre.

Jack asintió.

—Muy bien, general —dijo—. ¿Tiene un borrador?

—No tengo ningún borrador —espetó el otro—. Tengo un testamento ya preparado, y aquí hay una copia.

Lo lanzó hacia su abogado.

—No sé si ya lo ha visto.

—Creo que tengo uno en mi maletín —dijo Jack.

—¿Qué demonios quiere decir con llevar mi testamento en su maletín? —gruñó el otro.

—Fue el único lugar que se me ocurrió —dijo tranquilamente el joven—. No querría que lo llevara en el bolsillo del pantalón, ¿verdad?

El general lo miró fijamente.

—No sea insolente, joven —dijo ominosamente.

No era un buen comienzo, pero Jack sabía que ya se habían probado todos los métodos, desde el servil hasta el pomposo, y ninguno había funcionado. El resultado final de todos los intentos, por parte de los abogados, había sido el rompimiento de su relación con la fortuna del general.

Era un cliente bastante valioso… si se lograba conservarlo. Ningún abogado humano había descubierto el método para lograrlo.

—Muy bien —dijo finalmente el general—. Ahora anote exactamente cuáles son mis deseos y redacte el testamento en consecuencia. En primer lugar, revoco todos los testamentos anteriores.

Jack, con una hoja de papel y un lápiz, asintió y tomó nota.

—En segundo lugar, quiero que se asegure absolutamente de que ni un penique de mi dinero vaya al Refugio para Perros del doctor Sundle. Ese hombre ha sido insolente conmigo y, además, odio a los perros. Ni un penique de mi dinero debe ir a ningún hospital ni a ninguna institución benéfica.

El viejo pecador proclamó aquello con evidente deleite.

—Tenía intención de dejar una suma muy grande a un fondo hospitalario —explicó—, pero después del comportamiento de este infernal Gobierno…

Jack podría haber preguntado de qué manera esperaba vengarse del ofensivo Gobierno negando ayuda a instituciones destinadas a socorrer a los pobres, pero prudentemente guardó silencio.

—Ninguna institución benéfica.

El anciano habló despacio, con énfasis, golpeando la mesa cada dos palabras.

—Cien libras para la Asociación de Templanza del Ejército, aunque creo que es una institución para imbéciles. Cien libras para el Hogar de Soldados de Aldershot y mil libras si lo convierten en no sectario. —Sonrió burlonamente y añadió—: Seguirá siendo anglicano hasta el día del juicio final, ¡así que ese dinero está seguro! Y —añadió— nada de dinero para el hospital rural de aquí; no permita que esa cláusula se cuele. Ese médico maniático y estúpido… olvido su maldito nombre… encabezó la campaña

para abrir un derecho de paso a través de mi propiedad. ¡Yo le daré “derecho de paso”! —dijo con ferocidad.

Pasó media hora especificando quiénes no debían beneficiarse de su testamento, y la suma total de sus reacias donaciones durante aquel tiempo no excedió las mil libras.

Cuando terminó, miró desesperanzadamente al joven abogado y un fugaz destello de humor apareció en sus duros ojos azules.

—Creo que ya hemos dispuesto de todo el mundo —dijo— sin disponer de nada. ¿Conoce a mi sobrino? —preguntó súbitamente.

—Conozco a un amigo de su sobrino.

—¿Es usted pariente de ese idiota sonriente de Leslie Frankfort? —rugió el anciano.

—Es mi hermano —dijo tranquilamente el otro.

—Humph —gruñó el general—. Creí reconocer la cara. ¿Ha conocido a Gilbert Standerton? —preguntó repentinamente.

—Lo he visto una o dos veces —dijo Jack Frankfort despreocupadamente —, como uno conoce gente, solo para decir “¿cómo está usted?” y cosas así.

—Yo jamás he conocido gente para decir “¿cómo está usted?” y cosas así —protestó el viejo con un resoplido—. ¿Qué clase de hombre cree que es? —preguntó tras una pausa.

La recomendación de Leslie de “hablar bien de Gilbert” vino a la mente del joven.

—Creo que es un hombre bastante decente —dijo—, aunque algo reservado y un poco distante.

El anciano le lanzó una mirada feroz.

—¿Mi sobrino distante? —espetó—. ¡Por supuesto que es distante! ¿Cree usted que un Standerton es propiedad pública? No hay nada de familiaridades ni de “Tom, Dick o Harry” en nuestra familia, señor. Todos somos distantes, ¡gracias a Dios! Soy el hombre más distante que haya conocido en su vida.

“Eso puedo creerlo perfectamente”, pensó Jack, aunque no expresó el pensamiento en voz alta.

En cambio, continuó el tema a su manera astuta.

—Es el tipo de hombre —dijo inocentemente— en quien yo pensaría que el dinero estaría más bien desperdiciado.

—¿Por qué? —preguntó el general con creciente indignación.

Jack se encogió de hombros.

—Bueno, no hace gran ostentación, no intenta ocupar ningún lugar especial en la sociedad londinense. De hecho, trata a la sociedad como si estuviera por encima de ella.

—¡Y lo está! —gruñó el general—. Todos nosotros estamos por encima de la sociedad. ¿Cree usted, señor, que me importa un comino cualquiera de las personas de este condado? ¿Cree que me impresionan lord High Towers, lady Grange y toda esa aristocracia advenediza que pulula por este país como… como… ratones de campo? ¡No, señor! Y espero que mi sobrino piense igual. La sociedad, tal como está constituida actualmente, no vale esto.

Chasqueó los dedos delante del rostro impasible de Jack.

—Eso lo decide todo —dijo el general con determinación.

Señaló con el dedo las notas que el otro estaba tomando.

—El resto de mi propiedad se lo dejo a Gilbert Standerton. Tome nota de eso.

Dos veces había pronunciado aquellas mismas palabras en su vida, y dos veces había cambiado de opinión. Bien podía suceder que volviera a cambiarla. Si la reputación que tenía estaba justificada, la mañana lo encontraría en otro estado de ánimo.

—Quédese hasta mañana —dijo al despedirse—. Tráigame el borrador a la hora del desayuno.

—¿A qué hora? —preguntó Jack cortésmente.

—A la hora del desayuno —rugió el anciano.

—¿Y cuál es su hora de desayuno?

—La misma hora que cualquier ser humano civilizado —espetó el general —: a las doce y treinta y cinco. ¡Por el amor de Dios, a qué hora desayuna usted!

—A las doce y cuarenta —dijo Jack dulcemente, y se sintió satisfecho de sí mismo todo el camino de regreso al hotel.

No vio a su compañero de tren aquella noche, pero se encontró con él en el desayuno a la cristiana hora de las ocho y media de la mañana.

Algo había ocurrido entretanto para cambiar el carácter afable y alegre del otro. Estaba sombrío y silencioso, y Jack pensó que se veía preocupado, casi enfermo. Posiblemente atravesaba un mal momento para vender cajas fuertes, como sucedía en todas las demás ramas del comercio.

Pensando eso, evitó hablar de negocios, y apenas intercambiaron media docena de frases durante la comida.

Cuando regresó a *La Residencia,* Jack Frankfort descubrió con sorpresa que el anciano no había cambiado de opinión durante la noche. Seguía pensando lo mismo; incluso parecía más decidido todavía. De hecho, Jack tuvo enormes dificultades para impedirle eliminar una miserable donación de cien libras que había dejado a un dispensario del norte.

—Todo el dinero debe quedarse en la familia —dijo secamente el general —. Es absurdo desperdiciar pequeños cientos de libras así; eso perjudica a un hombre. No supongo que él vaya a manejar el dinero durante muchos años todavía, pero la “previsión”, señor, es el lema de nuestra familia.

Todo resultó ventajoso para Gilbert gracias a que el abogado insistió en restablecer la donación al dispensario. Al final, el general eliminó todas las demás disposiciones del testamento y, en el documento más breve que había firmado jamás, legó toda su propiedad, mueble e inmueble, “a mi querido sobrino”, de manera absoluta.

—Está casado, ¿verdad? —preguntó.

—Creo que sí —dijo Jack Frankfort.

—¡Cree! ¿Y de qué sirve que usted crea? —protestó el anciano—. Usted es mi abogado y su trabajo consiste en saberlo todo. Averigüe si está casado, quién es su esposa, de dónde viene y tráigalos a cenar.

—¿Cuándo? —preguntó el sorprendido abogado.

—Esta noche —dijo el anciano—. Va a venir un hombre desde Yorkshire para verme, mi médico, y formaremos una alegre reunión. ¿Es bonita?

—Creo que sí.

Jack vaciló, porque honestamente no lo sabía. Conocía muy poco sobre Gilbert Standerton y sus asuntos.

—Si es bonita, y además es una dama —dijo lentamente el viejo general—, también haré una disposición aparte para ella.

El corazón de Jack se hundió. ¿Significaba eso otro testamento? Para bien o para mal, los telegramas fueron enviados.

Edith recibió el suyo y lo leyó con asombro.

El de Gilbert permaneció sobre la mesa del vestíbulo, porque él no había vuelto a casa la noche anterior ni tampoco durante aquel día.

Los ojos enrojecidos por el llanto de la muchacha ofrecían un elocuente testimonio del interés que mostraba por los movimientos de él.

CAPÍTULO XIV

LOS DIAMANTES STANDERTON

Edith Standerton hizo rápidos preparativos para su viaje. Llevaría a su doncella hasta Huntingdon e iría sin Gilbert. Resultaba incómodo tener que ir sola, pero se había impuesto una tarea, y si podía ayudar a su esposo asistiendo a la cena de su irritable pariente, lo haría.

Mandó preparar su ropa de noche y tomó el tren de las cuatro hacia la ciudad de Tinley.

El anciano le hizo el excepcional honor de recibirla personalmente en la estación.

—¿Dónde está Gilbert? —preguntó cuando ambos terminaron de presentarse.

—Lo han llamado inesperadamente fuera de la ciudad —dijo ella—. Se disgustará muchísimo cuando lo sepa.

—No lo creo —dijo secamente el viejo general—. Hace falta mucho para alterar a Gilbert; ciertamente más que la oportunidad de reconciliarse con un anciano gruñón. En realidad —continuó—, no hay necesidad de reconciliación alguna; pero siempre considero que cualquiera a quien saco de mi testamento me toma por enemigo mortal.

—Por favor, nunca me incluya en su testamento.

Sonrió.

—No estoy tan seguro de eso —dijo él, y añadió galantemente—, aunque creo que la Naturaleza la ha dotado suficientemente como para poder prescindir de regalos tan mundanos como el dinero.

Ella hizo una pequeña mueca ante aquello.

El anciano estaba encantado con ella y la encontraba una compañera encantadora. Edith Standerton se esforzó por agradarle. Tenía una manera de tratar a las personas mayores que ella que sugería que era tan joven como

ellas. No conozco otra frase que exprese mejor lo que quiero decir. Poseía un encanto que atraía a aquel viejo caprichoso.

Edith no conocía la causa del cambio en la fortuna de su marido. Sabía muy poco, en realidad, de sus asuntos; lo suficiente para entender que, por una razón u otra, había sido desheredado sin culpa alguna de su parte. Ni siquiera sabía que aquello era resultado de un capricho de aquel anciano.

—Debe volver y traer a Gilbert —dijo el general antes de separarse para vestirse para la cena—. Estaré encantado de hospedarles a ambos.

Afortunadamente se evitó la incomodidad de responder, porque el general se puso en pie de repente.

—¡Ya sé lo que le gustaría ver! —dijo—. ¡Le gustaría ver los diamantes Standerton, y los verá!

Ella no tenía ningún deseo especial de ver los diamantes Standerton; de hecho, ni siquiera sabía que existiera semejante joya familiar. Pero él estaba encantado ante la perspectiva de mostrárselos, y ella, siendo mujer, no era indiferente a contemplar aquellas piedras preciosas, aunque no estuviera destinada a llevarlas.

Él condujo al grupo hacia la biblioteca, y Jack Frankfort los siguió.

—Ahí están —dijo el anciano orgullosamente, señalando una gran caja fuerte en una esquina; una caja fuerte grande y ornamentada.

—Esto es algo nuevo —dijo con orgullo—. Se la compré a un hombre que quería sesenta guineas por ella… ¡un condenado viajante estafador! La conseguí por treinta. ¿Qué les parece esta caja fuerte?

—Creo que es muy bonita —dijo Jack. No se le ocurrió nada más apropiado.

El anciano lo fulminó con la mirada.

—¿Bonita? —gruñó—. ¿Qué cree que quiero hacer yo con cosas “bonitas” en mi biblioteca?

Sacó un manojo de llaves del bolsillo, abrió la puerta de la caja fuerte, deslizó un cajón y extrajo un gran estuche de cuero marroquí.

—¡Ahí están! —dijo con orgullo, y ciertamente podía estar orgulloso de tan magnífica colección.

Con todo el amor femenino por las cosas hermosas, Edith tomó las deslumbrantes joyas con entusiasmo. El engaste era anticuado, pero precisamente del estilo antiguo que en aquel momento volvía a copiarse. Las piedras brillaban y centelleaban como si cada faceta contuviera una diminuta lámpara eléctrica que emitiera destellos verdes, azules y rosados.

Incluso Jack Frankfort, que no era gran amante de las joyas, quedó fascinado ante el espectáculo.

—¡Pero, señor! —dijo—. Ahí hay casi cien mil libras en gemas.

—Más —dijo el anciano—. Aquí tengo un collar de perlas —y abrió otro cajón—. Mírelo. Hay casi doscientas mil libras en joyas dentro de esa caja fuerte.

—En una caja fuerte de treinta guineas —dijo imprudentemente Jack.

El anciano se volvió hacia él.

—¡En una caja fuerte de sesenta guineas! —corrigió violentamente—. ¿No le dije que regateé como un demonio? Perdóneme, querida.

Soltó una carcajada al recordar aquello, guardó de nuevo las joyas y cerró la caja fuerte.

—Sesenta guineas quería el hombre. Vino aquí con todos sus aires de hombre importante de la City de Londres: levita, sombrero de copa y botas de charol, querida. La forma en que se arregla esta gente es escandalosa. Uno habría pensado que era un caballero por los humos que se daba.

Jack observó la caja fuerte. Tenía cierta idea de los valores comerciales.

—No entiendo cómo pudo venderla —dijo—. Esta caja fuerte vale doscientas libras.

—¿Qué?

El viejo general se volvió hacia su abogado con asombro.

Jack asintió.

—Ahora que lo pienso, tengo una igual en mi despacho —dijo—. Me costó doscientas veinte libras y es de la misma marca.

—A mí solo me pidió sesenta guineas.

—Eso es extraño. ¿Le importa abrirla otra vez? Me gustaría ver los cerrojos.

El general, muy dispuesto, giró la llave y abrió la enorme puerta. Jack examinó los gruesos pernos de acero: estaban completamente nuevos.

—No comprendo cómo pudo ofrecerla por sesenta. Realmente consiguió una ganga por treinta, señor —dijo.

—Eso creo —dijo el general complacido—. Por cierto, esta noche espero a un hombre para cenar —continuó mientras regresaban al salón—; un médico de Yorkshire… Barclay-Seymour. ¿Lo conoce?

Jack no lo conocía, pero la muchacha intervino:

—Oh, sí, es un viejo amigo mío.

—Es bastante tonto —dijo el general, recurriendo a su sencillo método de clasificación.

Edith sonrió.

—Ayer me dijo que solo existían dos clases de personas, general: bribones y tontos. Me pregunto —añadió modestamente— en cuál de las dos me coloca a mí.

El anciano frunció el ceño. Observó el hermoso rostro juvenil con excelente humor.

—Tendré que crear una nueva categoría para usted —dijo—. No; usted formará una clase aparte. Aunque, dado que la mayoría de las mujeres son tontas…

—¡Oh, vamos! —protestó ella riendo.

—Lo son —afirmó él—. Míreme a mí. Si las mujeres no fueran tontas, ¿cree que yo habría permanecido soltero? Si alguna dama brillante e ingeniosa, dotada de suficiente determinación, me hubiera perseguido y cultivado, yo no sería un solterón que deja su dinero a personas a las que no

les importa un… —se apresuró a sustituir la expresión más fuerte que iba a usar— …un alfiler si estoy vivo o muerto. A propósito, ¿su marido conoce al doctor?

La muchacha negó con la cabeza.

—No lo creo —dijo—. Casi coincidieron una noche en una cena, pero Gilbert tenía otro compromiso.

—Pero Gilbert lo conoce —insistió el anciano—. A menudo le he hablado de Barclay-Seymour, quien, por cierto, quizá no sea tan tonto como la mayoría de los médicos. Antes era más entusiasta con él de lo que he sido últimamente —admitió—, y temo haberle metido al viejo Barclay-Seymour por la garganta al pobre Gilbert más de lo que justificaban sus habilidades o su genio. ¿Nunca ha hablado de él?

La muchacha volvió a negar con la cabeza.

—¡Desagradecido del demonio! —gruñó inconsecuentemente el viejo general.

Uno de sus numerosos lacayos entró en aquel momento al salón llevando un telegrama sobre una bandeja.

—¿Eh, eh? —preguntó sir John, colocándose los lentes en la punta de la nariz y fulminando con la mirada al sirviente—. ¿Qué es esto?

—Un telegrama, sir John —respondió el lacayo.

—¡Ya veo que es un telegrama, imbécil! ¿Cuándo llegó?

—Hace unos minutos, señor.

—¿Quién lo trajo?

—Un chico del telégrafo, sir John —dijo imperturbable el criado.

—¿Y por qué no lo dijo desde el principio? —replicó secamente sir John Standerton con tono de alivio.

Y Edith apenas pudo contener una carcajada ante aquella pequeña escena.

El anciano abrió el telegrama, lo extendió, lo leyó lentamente y frunció el ceño. Luego volvió a leerlo.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó, entregándole el telegrama a la muchacha.

Ella leyó:

“Saque esta noche sin falta las joyas Standerton de su caja fuerte y deposítelas en el banco. Si es demasiado tarde para enviarlas al banco, póngalas bajo guardia armada.”

Estaba firmado: “Gilbert Standerton.”

CAPÍTULO XV

EL RELATO QUE CONTÓ EL DOCTOR

El General volvió a leer el telegrama. A pesar de su temperamento errático, era un hombre astuto e inteligente.

—¿Qué significa esto? —preguntó con una calma poco habitual en él—. ¿Dónde está Gilbert? ¿Y desde dónde envía este telegrama?

Tomó el mensaje y lo examinó. Había sido despachado desde la Oficina Central de Correos de Londres a las 6:35 de la tarde.

La hora de la cena del General estaba en consonancia con la de su desayuno, y eran las nueve y cuarto cuando el gong anunció a Edith Standerton que debía bajar de su habitación.

Estaba preocupada; no lograba entender la referencia a las joyas. ¿Qué había impulsado a Gilbert a enviar aquel mensaje? Si hubiera sabido más acerca de los acontecimientos de la tarde anterior, se habría preguntado más bien cómo había logrado enviarlo.

El General tomó la advertencia en serio, aunque no tan en serio como para decidir trasladar las joyas a otro lugar. De hecho, la compra de la caja fuerte había sido necesaria porque, aparte del cuarto fuerte del mayordomo —fuerte solo en sentido etimológico—, no existía ninguna seguridad para objetos de valor.

Había inspeccionado personalmente las joyas guardadas en la caja fuerte y había vuelto a cerrarla, dejando a un criado en la biblioteca con órdenes estrictas de no salir hasta que él mismo le indicara que podía hacerlo.

Edith bajó y encontró que había llegado otro invitado; un invitado que la saludó con una sonrisa alegre y familiar.

—¿Cómo está, doctor? —dijo ella—. No hace tanto que lo vi en casa de mamá. ¿Me recuerda?

—La recuerdo perfectamente —dijo el doctor Barclay-Seymour.

Era un hombre alto y delgado, con una barba gris acerada y descuidada y una frente amplia.

Tenía un aire distraído que transmitía la impresión —nunca muy halagadora — de que tenía asuntos más importantes en qué pensar que la conversación que se le dirigía. Era, quizá, el más notable de los médicos de provincia. Salió lo suficiente de su ensimismamiento como para reconocerla y recordar a su madre. La señora Cathcart había sido gran amiga de Barclay; habían crecido juntos.

—Su madre es una mujer extraordinaria —dijo el doctor Barclay-Seymour mientras acompañaba a la joven al comedor—, una mujer verdaderamente notable.

Edith sintió una tentación casi irresistible de preguntar por qué. Habría sido imperdonable hacerlo, pero pocas veces una palabra tembló tanto en labios humanos como aquella en los suyos.

La cena transcurrió de manera algo incómoda debido a que el general sir John Standerton estaba indudablemente nervioso. Dos veces durante la comida envió a uno de los tres lacayos que servían la mesa a inspeccionar lo que él llamaba el puesto avanzado. En ninguna de las ocasiones ocurrió nada anormal.

—No sé qué hacer con estas joyas. Espero que Gilbert no esté haciendo el tonto —dijo.

Se volvió hacia Edith con un ceño amistoso.

—¿Ha desarrollado últimamente maneras gatunas?

Ella sonrió.

—No hay palabra que describa menos a Gilbert que “gatuno” —respondió.

—¿No es extraordinario que haya enviado ese mensaje? —continuó el General con irritación—. Realmente no sé qué hacer. Podría hacer venir a un policía, pero la policía de aquí está formada por los idiotas más espantosos y lamentables. Estoy pensando seriamente en mandar poner mi cama en la biblioteca y dormir allí yo mismo.

La idea pareció animarlo.

Había llegado a esa etapa de la vida en que dormir en una habitación distinta a la habitual representaba una forma de heroísmo. Cuando terminó la cena, se dirigieron al salón.

El General estaba inquieto y, aunque Edith tocó el piano y cantó una pequeña canción francesa de amor sin mostrar señales de agitación, estaba tan nerviosa como él.

—Les diré lo que haremos —dijo sir John de pronto—. Nos instalaremos todos en la biblioteca. Es una habitación muy agradable, si no les molesta que fumemos.

Era una excelente sugerencia, y ella la aceptó con gusto. Era la única mujer del grupo y comentó el hecho mientras subía las escaleras junto a sir John.

Él miró rápidamente a su alrededor.

—Siempre considero que un médico es un acompañante apropiado para cualquier dama —dijo soltando una carcajada; aquello le divertía.

Más tarde encontró el remate de la broma y comenzó a despotricar en voz alta sobre las ancianas de todas las profesiones, discurso que se interrumpió con la llegada del Doctor y de Jack Frankfort.

La biblioteca era una habitación grande y destacaba principalmente porque no contenía más prueba del gusto literario de sir John que varios tomos de la *Encyclopædia Britannica* y un estante lleno de la *Ruff's Guide to the Turf*. Sin embargo, era una estancia deliciosa, revestida de viejo roble y con ventanas con parteluces hundidas en profundos nichos. Estas, explicó sir John, daban a una terraza; razón más que suficiente para sus temores.

—Corre la cortina, William —ordenó sir John al lacayo que esperaba—, y luego puedes retirarte. Que traigan aquí el café.

El hombre corrió las pesadas cortinas de terciopelo sobre los grandes ventanales, acercó una silla para la muchacha y se retiró.

—Discúlpenme —dijo sir John.

Cruzó la habitación hacia la caja fuerte y volvió a abrirla. Inspeccionó el estuche. Nada había sido alterado.

—¡Ah! —exhaló.

Era un suspiro de infinito alivio.

—Este telegrama de Gilbert me está poniendo nervioso —se excusó irritado —. ¿Para qué demonios lo habrá enviado? ¿Es acaso de esos hombres que mandan telegramas para evitarse la molestia de pegar un sello en un sobre?

Edith negó con la cabeza.

—Estoy tan desconcertada como usted —dijo—, pero le aseguro que Gilbert no es alarmista.

—¿Cómo se llevan ustedes? —le preguntó.

La muchacha se ruborizó un poco.

—Nos llevamos muy bien —respondió, intentando desviar la conversación.

Pero era bien sabido que nadie lograba apartar a sir John del curso inquisitorial que se proponía seguir.

—¿Felices y todo eso? —preguntó.

Edith asintió, manteniendo la vista fija en la pared detrás de la cabeza del General.

—Supongo que lo ama, ¿eh?

Edith se sintió incómoda, y no menos incómodos estaban los otros dos hombres; pero sir John no era el único en pensar que los médicos poseen poco sentido del decoro y los abogados ninguna idea de la propiedad. Se salvaron de continuar la conversación gracias a la llegada del café, y la joven se sintió agradecida.

—Voy a retenerla aquí hasta que Gilbert venga a buscarla —dijo de pronto el anciano—. Supongo que lo sabe, aunque probablemente no, pero usted es la primera mujer a la que he tolerado en mi casa.

Ella rio.

—Es un hecho —dijo él seriamente—. Sabe usted que no me llevo bien con las mujeres. No comprenden que, aunque soy un viejo irritable, en realidad no hago daño a nadie; y soy un viejo irritable —confesó—. No es que sean

impertinentes o groseras, sino que no soporto su resignada mansedumbre. Si una dama me manda al diablo, sé a qué atenerme. Quiero la verdad clara y directa, sin adornos. Prefiero mi medicina sin azúcar.

El doctor rio.

—Es usted diferente de la mayoría de la gente, sir John. Conozco hombres muy sensibles respecto a la verdad brutal.

—¡Más tontos ellos! —dijo sir John.

—No lo sé —dijo el doctor pensativamente—. Simpatizo con el hombre que no desea que le arrojen toda la amargura de la realidad a la cabeza como si fuera medio ladrillo honesto, aunque a veces conocer la verdad tiene ventajas: evita mucha infelicidad innecesaria —añadió con cierta tristeza.

Parecía haber despertado en sí mismo algún pensamiento desagradable.

—Les contaré un caso extraordinario —continuó con su habitual lentitud.

—¿Cuál? —preguntó de pronto el General.

—Creo que fue un ruido en el vestíbulo —dijo Edith.

—Yo pensé que era una ventana —gruñó el General, algo avergonzado de que hubieran notado su sobresalto—. Continúe con su historia, doctor.

—Hace unos meses —recordó el doctor Seymour— vino a verme un joven. Era un caballero y evidentemente no era de Leeds; al menos yo no lo conocía. Después descubrí que había venido desde Londres para consultarme. Tenía un pequeño problema dental, un molar irregular, algo muy común, y se había hecho una ligera incisión en el interior de la boca. Al parecer aquello le preocupaba, especialmente cuando descubrió que el pequeño rasguño no cicatrizaba. Como la mayoría de nosotros, tenía un miedo terrible al cáncer.

Bajó la voz, como suelen hacer los médicos al hablar de aquella espantosa enfermedad.

—No quería acudir a su propio médico; de hecho, creo que ni siquiera tenía uno. Vino a verme y lo examiné. Dudaba que hubiese algo grave, pero

extraje una diminuta sección de la membrana para examinarla al microscopio.

La muchacha se estremeció.

—Lo siento —dijo apresuradamente el Doctor—; eso es todo lo que hay de macabro en la historia, a menos que usted piense… En fin —continuó—, le prometí enviarle el resultado de mi examen, y necesitaba una dirección para hacérselo llegar. Pero él se negó a dármela. Estaba muy, muy nervioso. “Sé que soy un cobarde moral”, me dijo, “pero de algún modo no quiero conocer la verdad desnuda expresada crudamente; pero si es como temo, me gustaría recibir la noticia de la manera menos brusca posible.”

—¿Y cuál era esa manera? —preguntó sir John, interesado a pesar suyo.

El Doctor respiró hondo.

—Parece —dijo— que era algo músico…

Edith se incorporó rígidamente, entrelazando las manos, el rostro inmóvil, los ojos fijos en el Doctor.

—…algo músico; es decir, tenía una gran pasión por la música, y el método que ideó para darse la noticia a sí mismo era único. Nunca había oído nada semejante en mi vida. Me entregó dos tarjetas y un sobre ya dirigido a un viejo músico de Londres a quien protegía.

Edith sintió que la habitación giraba a su alrededor, pero logró dominarse con un esfuerzo. Su rostro estaba blanco, y las manos con que se aferraba a la silla estaban tan tensas que los huesos resaltaban pálidos bajo la piel.

—Las tarjetas iban dirigidas a un viejo amigo suyo, como digo, y estaban redactadas exactamente igual, salvo por una diferencia. Una de ellas decía, en efecto, que debía ir a cierto lugar y tocar la “Melody in F”, y la otra daba la misma instrucción, pero indicando que debía tocar la “Spring Song”. Y aquí viene la tragedia.

Levantó un dedo.

—Me entregó la “Melody in F” como señal de que tenía cáncer.

Hubo un largo silencio, roto únicamente por la respiración acelerada de la muchacha.

—¿Y… y…? —susurró Edith.

—Y… —el Doctor la miró con sus ojos ausentes— envié la tarjeta equivocada —dijo—. La envié y destruí la otra antes de darme cuenta de mi error.

—Entonces… ¿no tiene cáncer? —susurró la joven.

—No; y no conozco su dirección, ni puedo encontrarlo —dijo Barclay-Seymour—. Fue trágico en muchos sentidos. Creo que estaba a punto de casarse, porque me dijo esto: “Si esto es verdad, y estoy casado, dejaré a mi esposa en la miseria”; y me hizo una pregunta curiosa —añadió el Doctor —. Dijo: “¿No cree usted que un hombre condenado a morir está justificado para tomar cualquier medida, cometer cualquier crimen, con tal de proteger a los seres queridos que deja atrás?”

—Ya veo —dijo Edith.

Su voz sonó hueca y lejana para ella misma.

—¿Qué es eso? —exclamó el General, levantándose de un salto.

Esta vez no había duda. Jack Frankfort corrió hacia la cortina que cubría el ventanal y la descorrió bruscamente. Allí estaba Gilbert Standerton, blanco como un fantasma, con los ojos fijos en el vacío y la mano temblorosa apoyada sobre la boca.

—¡La tarjeta equivocada! —dijo—. ¡Dios mío!

CAPÍTULO XVI

BRADSHAW

Un mes después, Gilbert Standerton regresó del Foreign Office a su pequeña casa de St. John’s Wood.

—Hay un hombre que desea verlo, Gilbert —dijo su esposa.

—Creo saber quién es; es el director de mi banco —respondió él.

Saludó con una sonrisa cordial al hombre alto que se levantó para recibirlo.

—Bien, señor Brown —dijo—, tengo que explicarle exactamente lo que quiero que se haga. Hay un hombre en América, donde ha estado una o dos semanas, a quien le debo una gran suma de dinero: ochenta mil libras, para ser exactos; y quiero que se asegure de que dispongo de suficiente capital líquido para pagarla.

—Tiene más que suficiente, señor Standerton —dijo el director—, incluso ahora, sin necesidad de vender ninguno de sus valores.

—Eso está bien. Aquí tiene todos los detalles —dijo Gilbert, sacando un papel doblado del bolsillo—. En realidad es una especie de fideicomiso, en el sentido de que debe transferirse a dos hombres: Thomas Black y George Smith. Puede que ellos lo subdividan de nuevo, porque creo —sonrió— que tienen otros socios comerciales que también tienen derecho a participar.

—No tuve oportunidad de felicitarlo, señor Standerton —dijo el director del banco—, por el extraordinario servicio que prestó a la ciudad. Dicen que gracias a usted se recuperó hasta el último penique robado por la famosa banda de Wallis.

—Creo que eso describe bastante bien la situación —respondió Gilbert tranquilamente.

—El otro día leí un relato del asunto en un periódico —continuó el director —. Fue muy providencial que hubiera una alarma de incendio junto a la sede de la banda.

—Fue providencial que el fuego fuera descubierto antes de alcanzar las instalaciones de la Safe Company —dijo Gilbert—. Por suerte, los bomberos me vieron a través del tragaluz. Eso facilitó bastante las cosas, aunque tardaron un buen rato en sacarme, como probablemente sabrá.

—¿Llegó usted a ver alguna vez a ese hombre, Wallis? —preguntó el director con curiosidad.

—¿Acaso los periódicos no se lo dijeron? —bromeó Gilbert con una sonrisa seca.

—Dicen que usted supo de algún modo que iba a cometerse un robo en casa de su tío, y que fue hasta allí, donde vio al señor Wallis justo bajo la ventana de la biblioteca, sobre el pretil o algo parecido.

—En la terraza —corrigió Gilbert tranquilamente.

—¿Y que huyó al verlo a usted?

—Eso no es exactamente cierto —dijo Gilbert—. Más bien persuadí al hombre para que se marchara. No estaba seguro de que no hubiese conseguido ya el collar, y entré por la ventana sin darme cuenta de que había alguien en la habitación. Verá, las cortinas pesadas ocultaban la luz. Mientras yo estaba allí, él escapó; eso es todo.

Hizo una o dos sugerencias respecto a la transferencia del dinero y acompañó al director hasta la puerta; luego se reunió con Edith en el salón.

Ella se acercó a él con una leve sonrisa.

—¿Te resulta muy extraño volver al Foreign Office? —preguntó.

—Sí, me resultó bastante extraño después de mis otras aventuras.

Rio suavemente.

—Nunca pensé que sir John tuviera suficiente influencia para conseguir que te readmitieran.

—Creo que tiene más influencia de la que imaginas —dijo él—; aunque también hubo otras consideraciones. Verás, durante mi carrera nefasta pude prestar uno o dos pequeños servicios al Foreign Office, y han sido muy generosos conmigo.

Ella lo miró con cierta melancolía.

—¿Y ahora volvemos al punto donde empezamos? —preguntó.

—¿Dónde empezamos? —replicó él.

—No sé si alguna vez empezamos en algún sitio —dijo pensativamente.

Había estado mirando un horario ferroviario cuando él entró en la habitación, y ahora volvió a tomarlo y a pasar las páginas distraídamente.

—¿Te interesa tanto ese Bradshaw?

—Muchísimo —respondió ella—. Estoy decidiendo.

—¿Decidiendo qué? —preguntó él.

—Dónde… dónde pasaremos nuestra luna de miel —dijo ella vacilante.